





Tumba a la vista

El testigo silencioso está en todas partes, pasando de una forma a otra, convirtiéndose gradualmente de algo irreconocible hacia tu ser querido y apreciado. Sus cuerpos están llenos de surcos, encerrados en los maleteros de coches abandonados, recubiertos por cemento y tirados al fondo de los lagos. Los más crudamente descartados son los que se tiran al borde de las carreteras – para que la vida, una vez después de haber sido sesgada, pueda pasar junto a ellos sin mirarlos.

Algunas veces sueño con que soy un águila. Vuelo sobre ellos, viendo su despojos, llevando su testimonio. Espío al hombre que fue a cazar con su enemigo – ahí, bajo ese árbol, en ese matorral. Miro los huesos de la camarera que sirvió al hombre incorrecto – ahí, bajo el techo destrozado de una vieja cabaña. Detecto el último destino de un adolescente quien bebió demasiado con la compañía incorrecta – una tumba oscura a los pies de un bosque de pinos. A menudo, sus espíritus deambulan, quedándose sobre sus posesiones mortales. Sus espíritus no se convierten en ángeles. No fueron creyentes en vida, ¿Porqué deberían ser ángeles ahora? Incluso la gente normal, la gente que piensas que son –buenos- , pueden ser completamente estúpidos o celosos.

Mi hermana Cameron está entre ellos. Dentro de alguna tubería de drenaje, bajo algún edificio, dentro del corroído maletero de algún coche o en mitad de un bosque. Cameron Molders. Quizás su espíritu se aferre a lo que queda de su cuerpo, mientras espera a ser descubierta, mientras espera a que su historia sea contada.

Quizás todos desean eso, los testigos silenciosos.

Capítulo 1



El sheriff no me quería ahí. Eso me hizo preguntarme quién había iniciado el proceso de buscarme y pedirme que fuera a Sarne. Tenía que ser uno de los civiles que estaban en la oficina – todos ellos iban bien vestidos, obviamente gente acostumbrada a tener autoridades cerca. Les miré de uno en uno. El sheriff, Harvey Branscom, con una cara fina atravesada por un bigote blanco. Tenía al menos cincuenta años, quizás más. Vestido con un informe caqui ajustado, Branscom se sentaba en una silla con ruedas detrás de su mesa. Parecía molesto. El hombre que estaba a su derecha era unos diez años más joven, y tenía la piel más oscura, y era mucho más delgado, y su cara estaba bien afeitada. Su nombre era Paul Edwards, y era abogado.

La mujer con la que discutía, una mujer joven con un carísimo pelo teñido de rubio, era Sybil Teague. Era viuda, y la investigación de mi hermano había mostrado que había heredado una gran parte de la ciudad de Sarne. Junto a ella había otro hombre, Terence Vale, quién tenía la cara redondeada, llevaba gafas de montura redonda y una de esas etiquetas con el nombre. Venía del ayuntamiento, dijo cuando entró. Su pegatina decía -¡Hola! Soy TERRY, el ALCALDE.

Como el Alcalde Vale y el sheriff Branscom me ignoraban completamente, supuse que había sido llamada por Edwards o Teague. Les miré a ambos. Teague, decidí. Crucé las piernas y me acomodé en la incómoda silla. Agité mi pie libre en el aire, viendo como la punta de mi bota de cuero se acercaba más y más a la mesa del sheriff. Se estaban lanzando acusaciones uno al otro, como si no estuviera en la habitación. Me preguntaba si Tolliver podía escucharlo desde la sala de espera.

-¿Queréis ocuparos de esto mientras volvemos al hotel?- Pregunté, interrumpiendo sus protestas.

Todos se callaron y me miraron.

-Creo que has venido bajo una impresión incorrecta.- Dijo Branscom. Su voz sonaba como si tratara de ser cortés, pero su cara parecía querer mandarme al infierno. Sus manos estaban sobre la mesa.

-¿Y cuál es esa impresión...?- Me froté los ojos. Venía desde otro lugar, y estaba cansada.

-Terry estaba desencaminado en cuanto a tus credenciales.

-Vale, vosotros decidís, mientras yo iré a dormir un rato.- Dije, dejándolo estar. Me puse de pie, sintiéndome tan vieja como las montañas, o al menos mucho más mayor que mi verdadera edad, veinticuatro. -Hay otro trabajo esperándome en Ashdown. Me marcharé mañana por la mañana. Me debéis el dinero del viaje, por lo menos. He venido desde Tulsa hasta aquí. Preguntadle a mi hermano cuánto será.

Sin esperar a que dijeran algo, abandoné la oficina de Branscom y fui hacia el pasillo y atravesé la puerta que iba hacia la recepción. Ignoré la secretaria detrás de la mesa, aunque mi mirada con curiosidad. Sin dudas era la misma curiosidad que sentía por Tolliver hasta que le llamé la atención.

Tolliver dejó una vieja revista que había estado leyendo. Se levantó de la silla de cuero falso. Tolliver tenía veintisiete años. Su bigote era rojizo; pero por lo demás, su pelo era tan negro como el mío.

-¿Lista?- Preguntó. Podía notar que estaba molesto. Me miró, con las cejas levantadas de forma interrogativa. Tolliver mide varios centímetros más que yo, que mido uno setenta. Sacudí mi cabeza para mostrarle que hablaríamos más tarde. Abrió la puerta de cristal para mí. Salimos hacia la fría noche. Sentí el frío en mis huesos. El asiento del Malibu estaba ajustado para mis piernas, ya que había conducido la última, y me deslicé de nuevo ante el volante.

El departamento de policía estaba a un lado de la plaza del pueblo, frente al juzgado, que estaba en el centro. El juzgado era un edificio enorme construido durante el siglo veinte, el tipo de edificio que tendría columnas de mármol y altos techos; imposible de calentar o de enfriar, pero impresionante de todas formas. El jardín que rodeaba al edificio estaba bien cuidado, incluso ahora que las hojas se estaban muriendo. Todavía quedaban coches de turistas en las plazas de aparcamiento. En esta época del año, los visitantes de Sarne eran de mediana edad hasta ancianos, con zapatillas de goma y chubasqueros. Andaban lenta y cuidadosamente, y les costaba mucho subir los bordillos. Tendían a conducir de la misma manera.

Tuvimos que darle dos vueltas a la plaza antes de que supiera coger la calle correcta para ir al motel. Tenía la impresión de que todas las calles de Sarne iban a la plaza. Las tiendas de la plaza y las que estaban cerca parecían exageradamente decoradas, la parte dedicada a la consumición del público. Incluso las farolas eran pintorescas – curvos y delgados trozos de metal pintados de verde y decorados con hojas y ramas. Las aceras eran suaves y accesibles para las sillas de ruedas, y había muchas papeleras camufladas como pequeñas casitas. Todos los portales de la plaza habían sido remodelados para ser parecidos, todas tenían fachadas de madera con carteles en letra antigua: Heladería de la Tía Hattie, Jeb’s-Sit-a-Spell. Banco Dry Goods y Tienda General de Annie. Había un banco pesado de madera delante de cada una de ellas. A

través de las ventanas de la tienda pude ver uno o dos compradores; iban todos bien vestidos, con trajes del siglo nuevo.

Eran pasadas las cinco de la tarde cuando salimos de la plaza. A finales de Octubre, en este momento del día, el cielo estaba completamente oscuro.

Sarne era una ciudad fea una vez abandonabas la zona turística que rodeaba la plaza. Cuanto más nos alejábamos de la plaza, más notaba tiendas vacías, una o dos con ventanas rotas. El tráfico era casi inexistente. Esta era una zona privada de Sarne, para los locales solamente. La temporada de turistas se terminaría pronto, me había dicho el alcalde, cuando las hojas se caen; Sarne estaba a punto de recoger sus alfombras – y su hospitalidad – para los meses de invierno.

Estaba irritada por nuestra pérdida de tiempo. Pero no lo había dado por perdido todavía, y cuando sentí el tirón en un cruce cinco manzanas al este de la plaza, casi me alegré. Vino desde mi derecha, a unos seis metros de mí.

-¿Reciente?- Preguntó Tolliver, viendo como movía la cabeza. Siempre miro, aunque no pueda ver nada con los ojos.

-Mucho.- No estábamos pasando cerca de un cementerio, y no sentía el cuerpo recién embalsamado, cosa que indicaría una funeraria. Esta impresión era demasiado fresca, demasiado fuerte.

Quieren ser encontrados.

En vez de seguir recto, lo que nos hubiera llevado hasta el motel, giré a la izquierda, siguiendo el –olor- mental. Aparqué en una gasolinera pequeña. Mi cabeza se giró de nuevo y escuché la –voz- que me llamaba al otro lado de la calle. Digo –Olor- y –voz-, pero lo que me atrae no es algo tan claro como esas palabras indican.

A unos tres metros estaba la fachada de un edificio. Por lo que podía leer en el cartel, ahora mismo había allí una lavandería. A juzgar por el estado del edificio, se había quemado hace varios años.

-En las ruinas, allí.- Le dije a Tolliver.

-¿Quieres que vaya a ver?

-No. Llamaré a Branscom cuando vayamos a la habitación.- Nos dedicamos una débil sonrisa. No hay nada como un ejemplo concreto para mostrar mi buena suerte. Tolliver asintió aprobadoramente.

Arranqué de nuevo el coche. Esta vez llegamos al motel y nos fuimos a nuestras respectivas habitaciones sin interrupciones. Necesitábamos descansar uno del otro

después de pasar juntos todo el día; por eso cogimos habitaciones separadas. No creo que ninguno de nosotros sea excesivamente modesto.

Mi habitación era como las otras en las que he dormido en los últimos años. La colcha de la cama era verde y pesada, en el cuadro de encima de la cama había un puente de algún país de Europa, parecía eso. Si no fuera por eso, podría haber estado en cualquier motel de América. Al menos olía a limpio. Saqué mi maquillaje y el botiquín y lo puse en el pequeño cuarto de baño. Entonces fui a sentarme sobre la cama, mirando las instrucciones del viejo teléfono. Después de buscar el número de teléfono correcto, llamé al edificio y pregunté por el sheriff. La voz de Branscom apareció en menos de un minuto, y estaba claramente poco contento de hablar conmigo una segunda vez. Empezó a decir cómo les había malinterpretado – como si yo tuviera algo que ver con eso – y que le estaba interrumpiendo.

-Pensé que le gustaría saber que un hombre llamado Chess, o Chestre, está en la lavandería quemada de la calle Florida, a unas cinco manzanas de la plaza.-

-¿Qué?- Hubo un largo momento de silencio mientras Harvey Branscom lo asimilaba. -¿Darryl Chesswood? Está en la casa de su hija. Añadieron una habitación para él el año pasado cuando empezó a olvidarse de donde vivía. ¿Cómo te atreves a decir eso?- Sonaba, honesta y furiosamente ofendido.

-Eso es lo que hago.- Dije y dejé el teléfono cuidadosamente sobre la base.

La ciudad de Sarne acababa de tener una premonición.

Me tumbé sobre la colcha verde y crucé mis brazos sobre mis costillas. No necesitaba ser psíquica para saber lo que pasaría ahora. El sheriff llamaría a la hija de Chesswood. Iría a ver a su padre, y descubriría que no estaba. El sheriff iría a inspeccionar el lugar en persona, ya que le daría vergüenza enviar a otro a revisar semejante tontería. Encontraría el cuerpo de Darryl Chesswood.

El viejo hombre había muerto de causas naturales – una hemorragia cerebral, pensé. Siempre era refrescante encontrar a alguien que no había sido asesinado.

A la mañana siguiente, cuando Tolliver y yo entramos en la cafetería había una convención en el hotel, el grupo entero estaba allí, encerrado en una habitación privada. Las puertas de la habitación estaban abiertas, así que no pudimos no notar nuestra entrada. Los platos sucios de la mesa que había frente a ellos, las dos sillas vacías, y la jarra de café indicaba que nos esperaban. Tolliver me dio un golpe con el codo, e intercambiamos una mirada.

Me alegraba de haberme maquillado ya. Normalmente, no lo hago hasta después de haber tomado café.

Hubiera sido demasiado raro sentarse en otra mesa, así que fuimos hacia las puertas abiertas de la habitación, con el periódico que había sacado de una máquina expendedora bajo el brazo. La habitación estaba casi llena con una gran mesa redonda. Todos los peces gordos de Sarne estaban ahí, mirándonos. Traté de recordar si me había peinado aquella mañana. Tolliver me lo hubiera dicho, me dije a mi misma. Mantengo mi pelo corto. Tiene mucho cuerpo, y es rizado, así que si lo dejo crecer, tendría que ocuparme de un gran arbusto de pelo negro. Tolliver tiene suerte, el suyo es liso, y se lo deja crecer hasta que lo puede sujetar con una coleta. Entonces se cansa de él y se lo corta. Ahora mismo, lo llevaba corto.

-Sheriff- Dije, asintiendo. -Sr. Edwards, Sra. Teague, Sr. Vale. ¿Cómo están esta mañana?- Tolliver me acercó una silla y me senté. Eso era un extra, que él mostrara algo de cortesía. Suponía que cuanto más publicidad me diera, más público tendría. A veces funciona así.

La camarera había llenado mi taza de café y ya había dado el primer trago antes de que el sheriff hablara. Recorrí con mi mirada el periódico, todavía doblado. Realmente me gusta mucho leer el periódico mientras tomo el café.

-Estaba ahí.- Dijo Branscom pesadamente. La cara del hombre parecía diez años más viejo que la noche anterior, y tenía barba de tres días en las mejillas.

-El Sr. Chesswood, quieres decir- Pedí un plato de fruta y un yogur cosa que la camarera pensó que era una extraña elección. Tolliver se pidió tostadas y beicon y obtuvo una mirada interesada. Se le daban bien las camareras.

-Sí.- Dijo el sheriff. -El Sr. Chesswood. Darryl Chesswood. Era un buen amigo de mi padre.- Dijo eso con énfasis, como si el hecho de que le hubiera dicho donde estaba el cuerpo del hombre me hubiera hecho responsable de su muerte.

-Siento su pérdida.- Dijo Tolliver, más por pura formalidad. Asentí. Después de eso, dejé que se extendiera el silencio. Con un gesto, Tolliver se ofreció a llenarme la taza de nuevo, pero levanté la mano para decirle que ya era suficiente por hoy. Bebí otro trago y aparté la taza. Toqué la taza de Tolliver para preguntar si quería más, pero sacudí negativamente la cabeza.

Bajo el escrutinio de todos esos ojos no fui capaz de abrir el periódico. Lo tenía doblado delante de mí. Tenía que esperar a que esos palurdos decidieran hacer lo que habían acordado hacer. Me sentí optimista cuando les vi esperándonos, pero ese optimismo estaba deteriorándose rápidamente.

Se hicieron muchas señas con los ojos. Paul Edwards se inclinó hacia delante para decir el veredicto de su charla. Era un hombre bello y estaba acostumbrado a ser el centro de atención.

-¿Cómo murió el Sr Chesswood?- Preguntó, como si fuera la pregunta extra.

-Hemorragia cerebral.- Dios, esta gente... Miré al periódico aburrída.

Edwards se inclinó de nuevo mientras le miraba en la boca. Se hicieron más señales con los ojos. Mi fruta llegó – melón duro y seco cortado en rodajas, piña de bote, plátano y algunas uvas. Bueno, después de todo, era otoño. A Tolliver le habían puesto huevos fritos y tostadas, empezamos a comer.

-Sentimos las dudas de la otra noche.- Dijo Sybil Teague. -Especialmente ya que, interpretó que habíamos anulado el acuerdo.

-Sí, lo interpreté así. ¿Tolliver?

-Yo también lo hice.- Dijo solemne. Tolliver tiene marcas de acné en las mejillas, ojos oscuros, y una voz profunda. Lo que dice siempre suena importante.

-Supongo que me acobardé.- Trató de disculparse, pero no funcionó. -Cuando Terry me dijo lo que había escuchado sobre usted, Harvey aceptó contactarla, no teníamos ni idea de donde nos estábamos metiendo. Nunca hemos contratado a alguien como usted.-

-No hay nadie como Harper.- Dijo Tolliver secamente. Había levantando la mirada de su plato, y les miraba a ellos.

Había dejado sin habla a Sylvia Teague. Tuvo que detenerse y centrarse. -Seguro que es cierto.- Dijo con poca sinceridad.-Ahora, Señora Connelly, volvamos al trabajo que queríamos que hiciera.

-Primero que todo.- Dijo Tolliver, limpiándose el bigote con la servilleta. -¿Quién le va a pagar a Harper?

Le miraron como si fuera un concepto extraño.

-Obviamente sois los oficiales a cargo de la ciudad, aunque no estoy seguro de que el Sr. Edwards lo sea. Sra. Teague, ¿Va a pagarle a Harper en privado o será algo oficial?

-Voy a pagarle yo- Dijo Sybil Teague. Su voz era mucho más pesada ahora que había salido a relucir el tema del dinero. -Paul está aquí como mi abogado. Harvey es mi hermano.- Evidentemente, Terry Vale no era nada suyo.

-Ahora, déjeme decirle lo que quiero que haga.- Sybil la miró a los ojos.

Miré de nuevo a mi plato mientras cogía las uvas del racimo. -Quiere que busque una persona desaparecida.- Dije secamente. -Como siempre.- Les gusta más cuando se dice persona desaparecida mejor que cadáver desaparecido.

-Sí, pero ella era una chica salvaje. Quizás se escapó. No estamos totalmente seguros de... no todos estamos seguros... de que esté muerta.

Como si no hubiera escuchado eso antes. -Entonces tenemos un problema.

-¿Y cuál es?- Se estaba impacientando – no estaría muy acostumbrada a las reuniones supuse.

-Solo puedo encontrar a gente muerta.

-Sabían eso.- Le dije a Tolliver en voz baja, mientras volvíamos a la habitación. -Lo sabían. No puedo encontrar a los vivos. No puedo.

Me estaba empezando a enfadar, y eso era estúpido.

-Claro, que lo saben.- Dijo tranquilamente. -Quizás no quieren admitir que está muerta. La gente es así de rara. Es como – fingen que todavía hay esperanza.-

-Es hacerme perder el tiempo – esperanza...- Dije.

-Sé que lo es.- Dijo Tolliver. -Pero no pueden evitarlo.

Tercera Ronda.

Paul Edwards, el abogado de Sybil Teague, había sacado la pajita más corta. Así que estaba en mi habitación. Los demás, supuse, habían regresado a su rutina.

Tolliver y yo nos habíamos sentado en dos sillas estándar del motel. Finalmente pude leer el periódico. Tolliver estaba trabajando en un guión de ciencia ficción que encontró en el último motel. Nos miramos mutuamente cuando escuchamos el golpe en la puerta.

-Apuesto por Edwards.- Dije.

-Branscom.- Dijo Tolliver.

Sonreí detrás del abogado mientras cerraba la puerta.

-Si lo aceptan, después de la discusión de antes.- Dijo el abogado a modo de disculpa -Me han pedido que les lleve al lugar.- Miré el reloj. Eran las nueve. Les había costado cuarenta y cinco minutos llegar a una conclusión común.

-¿Y ese lugar es...?- Dejé mis palabras colgando en el aire.

-Donde se produjo el asesinato de Teenie – Monteen – Hopkins. También hubo un asesinato, o suicidio, de Dell Teague, el hijo de Sybil.-

-¿Tengo que buscar un cuerpo o dos?- Dos les costaría más dinero.

-Sabemos dónde está Dell.- Dijo Edward asombrado. -Está en el cementerio. Solo tenemos que encontrar a Teenie.

-¿Hablamos de un bosque? ¿Qué tipo de terreno es?- Tolliver preguntó.

-Bosque. En algunas zonas hay un gran desnivel.

Sabiendo que íbamos hacia Ozarks, habíamos traído el equipo necesario. Me puse mis botas de escalar, un abrigo azul y metí unas velas, una brújula, una botella de agua pequeña y un teléfono móvil completamente cargado en mis bolsillos. Tolliver fue a su habitación, y cuando volvió llevaba un material similar. Paul Edwards nos miró fascinado. Estaba suficientemente interesado como para olvidar lo hermoso que era, por unos minutos.

-Supongo que hacéis esto todo el tiempo.- Dijo.

Me até los cordones fuertemente. Hice un doble nudo. Cogí un par de guantes. -Sí.- Dije. -Eso es lo que hago.- Puse una bufanda roja sobre mi cuello. Me la pondría bien cuando sintiera frío. La bufanda no solo era caliente, sino muy visible. Me miré al espejo. Suficientemente bien.

-¿No crees que es deprimente?- Preguntó Edward, como si no pudiera evitarlo. Había un calor sutil bajo su mirada que no había visto antes. Sabía que era hermoso, pero yo era una mujer joven.

Casi dije -No, es muy lucrativo.- Pero se como le disgusta a la gente mi forma de ganar dinero, y eso solo hubiera sido una verdad a medias.

-Es un servicio que hago para los muertos.- Dije finalmente, y eso era igualmente cierto.

Edwards asintió, como si hubiera dicho algo profundo. Quería que fuéramos los tres en su todoterreno, pero cogimos nuestro propio coche. Siempre lo hacemos (Desde que un cliente nos dejó abandonados en el bosque a más de cien kilómetros de una ciudad, decepcionado por no haber encontrado el cuerpo de su hermano. Estaba

segura de que el cuerpo estaba en algún lugar hacia el este, pero no quería pagarnos para seguir buscando. No era mi culpa que su hermano hubiera vivido lo suficiente como para tirarse al río. De todas formas, había sido una vuelta muy, muy larga a casa).

Dejé que mi mente se pusiera en blanco mientras seguíamos a Edwards hacia el noreste, hacia Ozarks. El follaje era hermoso en esta época del año, y esa hermosura atraía a muchos turistas. La retorcida y ascendiente carretera estaba llena de puestos que vendían rocas y cristales – arte Ozarko genuino – y todo tipo de joyería hecha a mano. Todos los puestos gritaban las mismas habilidades, con una estrategia que encontraba incomprensible. -¡Éramos ignorantes y pintorescos! ¡Vengan a ver si todavía lo somos!

Miré el bosque mientras conducía, hacia las frías y brillantes profundidades. Todo el camino, obtuve -señales- de intensidad variables.

Hay gente muerta por todas partes, por supuesto. Cuanto más viejo son, menos señal emiten.

Es difícil describir la sensación – pero por supuesto, eso es lo que todo el mundo quiere saber, que se siente sentir una persona muerta. Es algo así como escuchar una abeja dentro de tu cabeza, o quizás el sonido de un contador Geiger - un sonido persistente y regular, que aumenta según me acerco al cuerpo. A veces también hay electricidad; puedo sentir la corriente atravesar mi cuerpo. Supongo que no es muy sorprendente.

Pasamos por tres cementerios (uno pequeño y antiguo) y un enterramiento Indio escondido, uno que había sido tan remodelado y erosionado que parecía una colina. El lugar emitía señales débiles, era como escuchar un mosquito, algo muy lejano.

Estaba inmersa en bosque y en la tierra cuando Edwards aparcó a un lado de la carretera. El bosque la invadía tanto que era complicado encontrar un lugar para aparcar el coche y dejar que pasaran otros por la carretera. Supuse que Tolliver se preocuparía de que alguien pasara demasiado cerca del Malibu y lo rayara. Pero no dijo nada.

-Dime lo que sucedió.- Dije al hombre de pelo oscuro.

-¿No puedes ir a mirar? ¿Porqué tienes que saberlo?- Tenía sospechas.

-Si se algo sobre las circunstancias, puedo buscar de manera más inteligente.- Dije.

-Vale. Bueno, el pasado verano, Teenie vino aquí con el hijo de la Sra. Teague, quién era también el sobrino del sheriff Branscom – Sybil y Harvey son hermanos. El hijo de Sybil se llamaba Dell. Dell era el novio de Teenie, lo había sido por dos años. Ambos

tenían diecisiete años. Un cazador encontró el cuerpo de Dell. Había sido disparado, o se había pegado él mismo un tiro. Nunca encontraron a Teenie.

-¿Cómo descubrieron el lugar?- Tolliver preguntó, apuntando hacia el aparcamiento en el que estábamos.

-había un coche aparcado donde estamos ahora. ¿Ves ese árbol medio caído? ¿Sujeto por los dos árboles? Es un buen marcador para saber donde fue. Dell llevaba menos de cuatro horas desaparecido cuando una de las familias que vive por aquí llamó a Sybil para decirle lo del coche. Vino gente buscando por esta zona poco después, pero como he dicho, pasaron varias horas hasta que encontraron a Dell. Después de eso, empezó a llover, y llovió durante horas. Limpiando los posibles rastros, así que los sabuesos ya no sirvieron de nada.

-¿Porqué nadie buscaba a Teenie?

-Nadie sabía que Teenie estaba con Dell. Su madre no lo notó hasta que llevaba más de veinticuatro horas, quizás más. No sabía lo de Dell, y tardó mucho en llamar a la policía.-

-¿Hace cuanto pasó esto?

-Hace unos seis meses.

Hmm. Algo huele raro. -¿Cómo es que me llaman ahora?

-Porque la mitad de la ciudad piensa que Teenie fue asesinada y enterrada por Dell, y que después se suicidó. Sybil se está volviendo loca. Incluso aunque hubiera pensado en llamarte, no podía permitírselo. Sybil decidió hacer esto, después de oír hablar de ti a través de Terry, quién fue a una conferencia y habló con un oficial de una ciudad de Arklatex.- Miré a Tolliver. -El Dorado- Murmuró, y asentí después de un segundo, recordándolo todo. Paul Edwards dijo -Sybil no podía seguir con la vergüenza de las sospechas. Le gustaba Teenie, sin importar lo salvaje que fuera la chica. Sybil había asumido que ella llegaría a ser parte de la familia.

-¿Y no hay Sr. Teague?- Pregunté. -¿Es viuda, verdad?

-Sí, Sybil es viuda desde hace poco. Tiene también una hija, Mary Nell, tiene diecisiete.

-¿Y porqué estaban aquí Dell y Teenie?

Se encogió de hombros, medio sonriendo. -Esa es una pregunta a la que nadie nunca respondió; quiero decir, con diecisiete, en el bosque, en verano... supongo que todos pensamos que era evidente.

-Pero aparcaron en la carretera.- Eso era lo obvio, pero no para Paul Edwards. -Los chicos que quieren tener sexo, esconden su coche mejor que eso. Es una ciudad pequeña y saben lo fácil que es ser vistos.

Edwards pareció sorprendido, su cara oscura ante los desagradables pensamientos. -no hay mucho tráfico en esta carretera.- Dijo, pero sin mucha convicción.

Me puse las gafas de sol. Edwards me miró de nuevo interrogante. Era un día nublado. Asentí hacia Tolliver.

-Adelante, Macduff.- Dijo Tolliver, ante la confusa expresión de Paul Edwards. En la escuela de Edwards debían de haber interpretado Julio Cesar en vez de Macbeth. Tolliver señaló hacia los bosques, y Edwards, se vio aliviado al comprender su misión, empezó a llevarnos por un camino.

Iba hacia arriba. Tolliver se mantuvo a mi lado, como siempre hacía; yo estaba distraída, y él sabía que podría caerme. Ya había pasado antes.

Después de veinte minutos de cuidadoso y lento ascenso, resbaladizo por las hojas que recubrían el camino, llegamos a un gran árbol caído con hojas, ramas y otros restos por encima. Era fácil ver que la lluvia había arrastrado los detritos hacia abajo, y que se habían quedado atascados sobre el árbol.

-Aquí es donde encontraron a Dell.- Dijo Paul Edwards. Señaló la loma que había junto al árbol caído. No me sorprendía que hubieran tardado dos días en encontrar el cuerpo de Dell Teague, incluso en verano; pero me extrañó la posición del cuerpo. Me alegré de haberme puesto las gafas negras.

-¿En aquel lado?- Pregunté, señalando para asegurarme de que estaba en lo correcto.

-Sí.- Dijo Edward.

-¿Y tenía una pistola? ¿Y estaba con su cuerpo?

-Bueno, no.

-¿Pero la teoría era que se disparó a sí mismo?

-Sí, eso fue lo que dijo el sheriff.

-El sheriff pensó que quizás la pistola hubiera sido cogida por un cazador que no dijo lo que había encontrado. O quizás uno de los tipos que le encontró moviera la pistola. Después de todo, las pistolas son caras y casi todo el mundo aquí utiliza algún tipo de arma de fuego.- Edwards se encogió de hombros. -O, si Dell se disparó en la loma y se cayó, la pistola podría haberse deslizado a una gran distancia, y esconderse.

-Así que las heridas... ¿Cuántas había?

-Dos. Una, a un lado de su cabeza, que dijeron que podría ser... bueno un fallo al disparar. Después, otro en el ojo.

-Así que las heridas cuentan como suicidio, un intento fallido y otro no, y no había pistola. Y él estaba en aquel lado de la loma.

-Sí, señora.- El abogado se quitó el sombrero, lo golpeó contra su pierna.

Esto estaba todo mal. Bueno, quizás... -¿Cómo estaba tumbado? ¿En qué posición?

-Qué, ¿Quiere que se lo muestre?

-Sí. ¿Le viste?

-Sí, señora, se lo aseguro. Vine para identificarle. No quería que su madre lo viera así. Sybil y yo hemos sido amigos durante años.

-Entonces solo muéstreme en qué posición estaba Dell, ¿Vale?

Edwards pareció desear estar en otro lugar. Se arrodilló en el suelo, cada parte de su cuerpo lleno de renuencia. Estaba de cara al árbol caído. Poniendo una mano para sujetarse, se tumbó en el suelo. Sus piernas estaban dobladas a la altura de las rodillas y estaba tumbado sobre el lado derecho.

Tolliver se movió detrás de mí. -Esto no está bien.- Me susurró en la oreja.

Asentí. -Vale, gracias- Dijo en voz alta. Paul Edwards volvió a ponerse de pie.

-No veo porque tiene que ver donde estaba Dell, de todas formas.- Dijo, tratado de no sonar acusador. -Estamos buscando a Teenie.

-¿Cuál es su apellido?- No es que importara para la búsqueda, pero lo había olvidado; y eso indicaba respeto, saber el apellido.

-Teenie Hopkins. Monteen Hopkins.

Todavía estaba junto al árbol caído, y empecé a moverme hacia la derecha. Se sentía apropiado, y era un lugar tan bueno como cualquier otro para empezar.

-Quizás quiera regresar a su todoterreno.- Escuché como Tolliver le decía a nuestro escolta.

-Quizás necesiten ayuda.- Dijo Edwards.

-Si se da el caso, iremos a buscarle.

No me preocupaba perderme. El trabajo de Tolliver era evitar eso, y nunca había fallado; excepto una vez, en un desierto, y le había recriminado tanto por eso que casi se había vuelto loco. Por supuesto, como casi morimos aquella vez, fue una lección importante.

Era mejor andar con los ojos cerrados, pero en este terreno sería peligroso. Las gafas oscuras ayudaban, bloqueando parte de los colores que me rodeaban.

Los primeros treinta minutos que estuvimos subiendo por la ladera, todo lo que pude sentir eran muertes antiguas. El mundo está lleno de gente muerta.

Cuando me convencí de que no importaba lo atlético que fuera Edwards que no nos hubiera podido seguir, me detuve en un borde rocoso y me quité las gafas. Miré a Tolliver.

-Tonterías.- Dijo él.

-Pues sí.-

-la pistola no está, ¿Pero es un suicidio? Dos disparos, ¿Y es suicidio? Podría tragármelo si fuera uno, pero no dos. Y si alguien quiere suicidarse, se lo pensaría dos veces. No se quedaría en la parte baja de la colina, se iría hasta arriba.- Lo habíamos experimentado ya.

-Además.- Dije. -Se cayó sobre la mano que hubiera sostenido la pistola. Si por casualidad eso hubiera pasado, estoy casi segura de que nadie se acercaría al cuerpo para robar la pistola.-

-Solo alguien con un estómago de hierro.

-¡Y a través del ojo! ¿Has escuchado alguna vez un caso de suicidio así?-

Tolliver sacudió negativamente la cabeza.

-Alguien mató a ese pobre chico.- Dijo. Algunas veces Tolliver es más sentimental que otros.

-Cierto.- Dije.

Lo pensamos unos minutos. -pero será mejor que sigamos buscando a la chica.- Dije. Tolliver esperaba que tomara una decisión al respecto.

Asintió. -Está también por aquí.- Dijo, con una pregunta en su tono de voz.

-Seguramente.- Incliné mi cabeza hacia un lado mientras lo pensaba. -A no ser que el chico fuera asesinado al evitar que se le llevaran.- Empezamos a andar de nuevo, y el suelo empezó a ser más plano; no totalmente plano, pero al menos no tan inclinado.

Hay formas peores de pasar un día que andar a través del bosque mientras las hojas brillan, el sol se reflejaba en el suelo a veces cuando las nubes se lo permitían. Me dejé llevar por mis sentidos. Seguimos un ping que, pasado un rato, resultó ser una década demasiado vieja para ser la chica. Cuando estuve a unos metros de la escena, supe que era el cuerpo de un hombre negro que había muerto de frío. Había sido cubierto por las hojas, ramas y la mugre durante la pasada década. Lo que se podía ver de sus blancas costillas estaba mezclado con trozos de ropa colgando.

Cogí una de las cintas rojas que tenía en mi chaqueta, y Tolliver cogió un cable que llevaba en el bolsillo de sus pantalones. Até una cinta a uno de los extremos del cable mientras Tolliver ponía el otro sobre el suelo. Habíamos andado más de doscientos metros al sureste desde el árbol caído, y lo apunté.

-Accidente de caza- Sugirió Tolliver. Asentí. No puedo saberlo siempre, pero el momento de la muerte tenía ese sentimiento: pánico, soledad. Largo sufrimiento. Estaba segura de que había caído en su propia trampa para ciervos, rompiéndose la columna. Se había quedado tumbado bajo los elementos. Había unos trozos de madera clavados en un tronco. ¿Se llamaba Bright? ¿Mark Bright? Algo así.

Bueno, no formaba parte de mi paga. Este hombre era mi segundo gesto gratis en Sarne. Era el momento de empezar a ganarse el dinero.

Empezamos a andar de nuevo. Empecé a ir hacia el este, pero me sentí incómoda. Después de habernos alejado unos veinte metros de los huesos del cazador, obtuve un zumbido de la zona norte. Colina arriba, cosa que era ligeramente extraña. Pero entonces noté que teníamos que ir hacia arriba para volver a la carretera. Cuanto más nos acercábamos a la carretera, más me acercaba a los restos de Teenie Hopkins – o una chica joven blanca. El zumbido se convirtió en un sonido continuo, y sentí caerme de rodillas sobre las hojas. Estaba ahí. No entera, eso sí. Había algunas ramas grandes tapándolo, pero ahora estaban secas y muertas. Teenie Hopkins había pasado un largo y caluroso verano bajo esas ramas. Pero todavía quedaba más de ella que del cazador, a pesar de los insectos, animales y varios meses a la intemperie.

Tolliver se inclinó a mi lado, rodeándome con un brazo.

-¿Malo?- Preguntó. Aunque mis ojos estaban cerrados, podía sentir los movimientos de su cuerpo mientras giró la cabeza, revisando en todas las direcciones. Una vez nos habíamos visto sorprendidos por el asesino que volvía a tirar otro cuerpo en su escondite. Hablando de ironía.

Esta era la parte complicada. Esta era la peor parte. Normalmente, encontrar un cuerpo que está bien indicado es sencillo. La forma en que estaba el cuerpo no me afectaba. Este era mi trabajo. Todo el mundo tenía que morir de una forma o de otra. Pero la marca de las hojas... había estado corriendo, corriendo, con la respiración

agitada, se había convertido en un organismo aterrado, y entonces una bala la había atravesado la espalda y luego otra...

Me desmayé.

Tolliver me estaba sujetando sobre su regazo. Estábamos entre las hojas – de roble, pino y de arce – de colores dorados marrones y rojos. Tenía la espalda apoyada sobre un gran árbol, y estaba segura de que estaba incómodo con todas las raíces bajo su culo.

-Venga, cielo, despierta.- Me estaba diciendo, y por el sonido de su voz, no era la primera vez que lo decía.

-Estoy despierta.- Dije, odiando lo débil que había sonado mi voz.

-Dios, Harper. No me hagas estas cosas.

-Lo siento.-

Incliné mi cabeza sobre su pecho un minuto más, suspiré, y traté de ponerme de pie. Me movía en todas las direcciones hasta que conseguí estabilizarme.

-¿Qué la mató?- Preguntó

-Disparo en la espalda. Dos.

Esperó para ver si añadía algo más.

-Estaba corriendo.- Expliqué. Para que comprendiera el terror y su desesperación, en los últimos momentos de su vida.

Los últimos momentos rara vez eran tan malos.

Por supuesto, mi estándar probablemente no sea el de todo el mundo.

Paul Edwards estaba esperando junto a su brillante todoterreno gris cuando salimos del bosque. Su cara entera era una pregunta, pero nuestro primer informe tenía que ser para nuestra clienta. Tolliver le pidió al abogado que organizara una reunión, si eso era lo que quería la Sra. Teague. Condujimos en silencio hasta Sarne, parándonos en una tienda de comida. Tolliver entró para cogerme una coca-cola, una con azúcar de verdad dentro. Siempre necesito azúcar después de encontrar un cuerpo.

-Tienes que beberte unas cuatro, para recuperarte.- Murmuró Tolliver, como siempre.

Le ignoré, como siempre, y me bebí la coca-cola. Me sentí mejor después de diez minutos. Hasta que descubrí el remedio del azúcar, había tenido que irme a dormir algunas veces para recuperarme.

El mismo grupo estaría reunido en la oficina del sheriff, me senté en el coche y miré los cristales de la puerta por unos segundos, molesta por empezar el trabajo.

-¿Quieres que espere en la sala?

-No, quiero que entres conmigo- Dije, y Tolliver asintió. Me detuve, con una mano sobre la puerta del coche. -No les va a gustar esto.- Dije.

Asintió de nuevo.

Esta vez, estaban en la sala de conferencias. Estaban Branscom, Edwards, Teague y Vale, y después Tolliver y yo.

-El mapa.- Le dije a Tolliver. Lo abrió. Pensé en lo que tenía que decir, para poder alcanzar mi objetivo, que era salir de esta oficina y de la ciudad con un cheque en la mano.

-Antes de hablar de lo principal- Dije, -Dejadme decir que encontré también el cuerpo de un hombre negro, muerto hace unos diez años, en este lugar.- Indiqué la marca roja que habíamos hecho al principio. -Murió de frío.

El sheriff pareció pensar. -Ese quizás fuera Marcus Allbright.- Dijo lentamente. -era ayudante del sheriff por aquel entonces. Su mujer pensaba que se había fugado. Dios mío. Cogemos lo que quede de él.

Me encogí de hombros. No tenía nada que ver conmigo. -Ahora, en cuanto a Teenie Hopkins.- Todos se tensaron y Paul Edwards incluso se acercó un poco. -Le dispararon dos veces en la espalda, y sus restos están aquí.-Toqué el punto con la punta de un dedo.

Hubo un gemido audible de toda la gente sentada en la mesa.

-¿La viste?- Hola soy TERRY, el ALCALDE preguntó. Sus ojos abiertos bajo sus gafas redondeadas. El Sr. Alcalde estaba a punto de llorar.

-Vi lo que quedaba de ella.- Dije, y entonces deduje que un asentimiento con la cabeza hubiera sido suficiente.

-Quieres decir.- Dijo Teague incrédula -¿Qué la dejaste ahí?- Harvey Branscom la miró asombrado.

La miré con la misma expresión. -Es una escena del crimen.- Dije. -y no me ocupo de recuperar los cuerpos. Eso se lo dejo a gente cualificada. Ve tú a por ella, si no quieres

que el sheriff lo investigue.- Entonces respiré profundamente. Este era el cliente. -Dos disparos en la espalda, así que todavía no sabemos lo que pasó. Primero dispararon a su hijo, después Teenie fue asesinada por la misma persona. Por supuesto, si fue su hijo quién le disparó, después se suicidó. Pero dudo mucho que se suicidara.

Eso la dejó en silencio, al menos temporalmente. Tenía la atención total y completa de todas las personas de la habitación. -Oh Dios mío.- Murmuró Sybil.

-¿Así que como lo sabías?- preguntó el sheriff.

-¿Cómo encuentro los cuerpos? Solo lo hago. Los encuentro, sé lo que les mató. Creedme, o no lo hagáis. Eso es cosa vuestra. Querías encontrar a Teenie, y he encontrado lo que queda de ella. Quizás falte un hueso o dos. Animales.

Sybil me miró con una extraordinaria expresión sobre su rostro. No sabía si felicitarme o asquearse. Pero al menos creía que su hijo no se había suicidado. Se pasó las manos sobre sus pantalones marrones, una y otra vez, estirando la parte delantera de la chaqueta, después otra vez las piernas.

-Llama a Hollis.- Dijo el sheriff mientras tanto, y nos sentamos en silencio hasta que vino el ayudante del sheriff. Tenía casi treinta años, era robusto con los ojos azules y tenía mucha curiosidad por lo que sucedía en el despacho del sheriff. Nos dedicó a Tolliver ya mi una mirada completa. Nos había reconocido. Se veía muy bien en uniforme.

-Sra. Connelly.- Dijo El sheriff. -Vaya con Hollis, muéstrele donde está el cuerpo.-

Hollis pareció sorprendido mientras notó que era más una orden que una petición.

-¿Cuál de ellos?- Pregunté, y sus ojos se ampliaron.

-Yo iré.- Dijo Tolliver. – Harper tiene que descansar.

-No, la Sra. Connelly es la que lo encontró, tiene que ir.

Tolliver miró al sheriff y después me miró. Estaba segura de que el sheriff quería que me ganara cada céntimo de la paga. Me tensé. -Yo iré.- Dije. Puse una mano sobre el brazo de Tolliver. -Estaré bien.- Mis dedos se curvaron sobre su chaqueta, sujetándole un largo momento. Entonces me fui. Sacudí mi cabeza ante el diputado. -me traerá de vuelta.- Dije sobre mi hombro, porque quería que Tolliver se quedara allí mientras yo estaba fuera. Asintió, y la puerta se cerró detrás de mí, y le perdí de vista.

El ayudante del sheriff me llevó hasta su coche patrulla. -Mi nombre es Hollis Boxleitner.- Dijo, para presentarse.

-Harper Connelly- Dije.

-¿Era su marido?

-Mi hermano. Tolliver Lang.

-Apellidos diferentes.

-Sí.

-¿A dónde vamos?-

-Vaya por la carretera 19, hacia el noreste.-

-En donde...-

-Dispararon al chico.- Dije.

-Se suicidó.- Me corrigió Hollis Boxleitner, pero con poca convicción.

-Hmmmph.- Dije despectivamente.

-¿Cómo les encuentra?- Preguntó.

-¿El sheriff le dijo que iba a venir?

-Le escuché por teléfono. Pensó que Sybil estaba loca por decirle que viniera. Estaba enfadado con Terry Vale por contarle lo que sabía de usted.

-Me alcanzó un rayo.- Dije. -Cuando tenía quince años.

Parecía estar escogiendo preguntas para hacerme. -¿Estabas en tu casa?

-Sí- Dije. -Tolliver, Yo, y mi hermana Cameron... estábamos solos en casa. Mis dos hermanastras más jóvenes estaban cantando en una obra. Mi madre se fue a verlas.- Según el estado en el que estaba mi madre en aquel momento, fue increíble que recordara que tenía hijos. -Y vino la tormenta, a las cuatro de la tarde. Yo estaba en el baño. El lavabo estaba junto a la ventana, y la ventana estaba abierta. Yo estaba junto al lavabo para poder mirarme al espejo mientras me secaba el pelo. Entró por la ventana. Lo siguiente que supe, era que estaba en el suelo mirando al techo, y que de mi pelo salía humo, y mis zapatos estaban fuera de mis pies. Tolliver me hizo la reanimación cardiopulmonar. Después llegó la ambulancia.

Esto era demasiada charla para mí. Decidí callarme.

Hollis Boxleitner no parecía tener más preguntas, cosa que era maravillosa y asombrosa. Para la mayoría de la gente, eso hubiera solo rasgado la superficie de todo lo que querían saber. Sujeté la chaqueta contra mi pecho, imaginando lo bueno que sería cuando pudiera meterme en la cama del motel. Pondría varias mantas. Me

tomaría una sopa caliente. Cerré los ojos unos minutos. Cuando los abrí, me sentí mejor. Estábamos cerca del sitio.

Le di instrucciones cuando calculé, por el zumbido, que estábamos cerca del cuerpo. Ahora que sabía dónde estaba, el cuerpo era más fácil de localizar mentalmente. Bajamos por la colina, mucho más sencillo que cuando habíamos ido a ver donde estaba el cuerpo del chico. La bajada fue fácil, Boxleitner dijo -Entonces ahora busca a gente muerta para vivir.

-Sí.- Dije. -Eso es lo que hago.- También tengo dolores de cabeza terribles, manos temblorosas y manchas con forma de tela de araña en mi pierna derecha, que es más débil que la izquierda. Aunque corro con regularidad para mantener los músculos fuertes, para poder bajar y subir colinas como ahora sin que me doliera. Me incliné sobre un árbol mientras señalaba el montón de restos que era el cuerpo de Teenie Hopkins.

Después de mirar bajo las ramas, Boxleitner vomitó. Pareció avergonzarse de ello, pero no pensé nada. Tienes que ver esas cosas a menudo para que no te impresione lo mucho que la naturaleza puede empeorar un cuerpo. Tenía el sentimiento de que un oficial de una pequeña ciudad no veía cadáveres muy a menudo. Y probablemente conocía a la chica.

-Es peor cuando están a medias.- Dije.

Comprendió lo que quería decir, y asintió. Empecé a regresar hacia el coche patrulla, dejándole solo para que pudiera coger evidencias e hiciera lo que hacían los policías.

Estaba inclinada sobre la puerta del coche cuando Hollis Boxleitner subió por la colina, secándose la boca con el dorso de la mano. Para marcar el lugar, ató una tira de plástico naranja a un árbol cercano de la carretera. Hizo un gesto hacia la puerta del coche, diciendo que podía entrar, y condujo de nuevo hacia la ciudad en silencio. -Teenie Hopkins era mi cuñada.- Dijo cuando aparcó.

No había nada que pudiera decir.

Dejé que pasara delante de mí para entrar en la comisaría. Habíamos estado fuera unos cuarenta y cinco minutos, así que todavía seguían reunidos. La tensión de la mandíbula de Tolliver me indicó que habían estado preguntando sobre mí – quizás sobre mi tasa de sucesos – y que tenía que haber dado explicaciones. Odiaba eso.

Todas las caras se giraron hacia nosotros, interrogantes: el alcalde parecía solo curioso; el abogado cauteloso; el sheriff molesto. Tolliver estaba aliviado. Sybil Teague estaba tensa y miserable.

-El cuerpo está allí.- Dijo Hollis brevemente.

-¿Estás seguro de que es Teenie?- La Sra. Teague sonaba... entre apenada y aturdida.

-No, señora.- Dijo Boxleitner. -No, señora, no estoy seguro. El dentista tendrá que decirlo. Llamaré al Dr. Kerry. Servirá para una identificación informal. Tendremos que enviar los restos a Little Rock.-

Yo estaba segura de que el cuerpo era de Teenie Hopkins, por supuesto, pero Sybil Teague no me iba a dar las gracias por ello. De hecho, me miraba con desprecio. Era una actitud con la que me había cruzado muchas veces. Me había contratado, me pagaría una gran cantidad de dinero, pero no quería creerme. Estaría muy feliz si yo me equivocaba. Y seguramente no era su persona preferida, aunque le había llevado la información que me había pedido... la información por la que le había costado tanto traerme a Sarne.

Quizás, cuando empecé con mi trabajo, era capaz de sentir empatía por ella: pero ya no. Solo me hacía sentirme cansada.

Capítulo 2



Nadie quería hablar con nosotros, ni lo necesitaban, ya no. De hecho, cada vez que me veía el alcalde Terry Vale tenía escalofríos. Era el menos involucrado en el caso, y de hecho no comprendía su presencia continua, pero los demás parecían estar demasiado preocupados por su paz mental, así que Tolliver y yo nos marchamos.

Una serie de llamadas de teléfono reveló que el dentista de Teenie, Dr. Kerry, estaba fuera de la ciudad hasta dentro de cuatro días. El cuerpo solo podía ser identificado en Little Rock. El sheriff Branscom había llamado al centro criminalístico estatal, y les habían dicho que en cuanto tuvieran el cuerpo lo primero que harían sería la identificación, antes de hacer el resto de los análisis. Ya que el laboratorio criminalístico de Arkansas estaba cerca, fue una buena elección. Branscom tenía una copia del registro dental de Teenie y les envió los datos junto con el cuerpo.

No obtendríamos un cheque por parte de Sybil hasta que confirmaran que el cuerpo era de Teenie Hopkins, así que parecía que íbamos a estar tratados en Sarne al menos veinticuatro horas más. Veinticuatro horas sin nada que hacer. Pasamos mucho tiempo esperando, pero no es fácil.

-El motel tiene satélite.- Dijo Tolliver. -Quizás pongan una película que no hayamos visto.

Pero después de revisar la lista de películas y descubrir que ya las habíamos visto todas, Tolliver se marchó para perseguir a la camarera de la noche. NO es que tuviera que delectarme, pero me lo supuse.

Yo estaba demasiado intranquila para leer, y demasiado despierta para acurrucarme en la caliente cama. Me puse a hacerme las uñas, para entretenerme. Así que saqué mi kit de manicura, y estaba pintándome las uñas de rojo cuando Hollis Boxleitner llamó a mi puerta.

-¿Puedo pasar?- Preguntó. Me incliné hacia un lado para mirar detrás de él, asegurándome de que no llevaba el coche patrulla. No. Aunque todavía llevaba puesto el uniforme, conducía su propio coche, un Ford pickup azul eléctrico.

-Supongo que sí.- Dije. Dejé la puerta abierta y el ayudante del sheriff no se quejó. Hollis Boxleitner se sentó en una de las dos sillas. Yo me puse en la otra, y le ofrecí una

lata de Fresca que estaba fría y mojada del frigorífico. Quitó la anilla y dio un trago. Puse mi pie sobre el borde de la mesa y continué con mi manicura.

-¿Quiere ir a un restaurante y tomar pollo frito?- Preguntó.

-No, gracias.- Era pasada la una, así que debería comer algo, pero no tenía mucha hambre.

-No será por las calorías, ¿Verdad? Podría ponerse algo más de carne sobre sus huesos.-

-No, no es por eso.- Pasé el pincel cuidadosamente sobre la uña del dedo gordo del pie.

-Su hermano ya está abajo. Está hablando con Janine.

Me encogí de hombros.

-¿Y qué le parece ir al Sonic?- Me atreví a mirarle, pero solo parecía estar esperando una respuesta.

-¿Qué es lo que quiere?- Pregunté. No me gusta que me manipulen.

Me miró, y dejó la lata sobre la mesa. -Solo quiero hablarte un poco sobre Monteen Hopkins. Mi cuñada. La chica que cree que encontramos hoy.

-No necesito saber nada más sobre ella.- Era mejor que no. Sabía suficiente. Sabía cómo habían sido sus últimos momentos sobre la tierra. Eso era lo más íntimo que se podía saber. -Y le garantizo- añadí, ya que tengo algo de orgullo profesional, -Que el cuerpo que encontramos es el de Monteen Hopkins.

Miró sus vacías manos, grandes manos con pelo dorado en el dorso. -Tenía miedo de que dijera eso.- Dijo, quedándose en silencio unos minutos. -Venga, vayamos a tomar algo. Yo fui el que vomitó en la escena, y hasta mi estómago ruge mostrando que tengo hambre. Así que supongo que el suyo también.

Le miré un largo momento, tratando de pensar qué quería. Pero era una puerta cerrada para mí, ya que estaba vivo. Finalmente, asentí.

Las uñas de mis pies no estaban totalmente secas, así que a pesar del frío aire otoñal, me subí a su coche con los pies descalzos. Pareció encontrar eso divertido. Hollis Boxleitner era un hombre brusco con una nariz curvada, una cara ancha, una sonrisa llena de blancos y brillantes dientes, aunque en aquel momento no sonreía. Su rubio y claro pelo era como el cristal.

-¿Siempre ha vivido en Sarne?- Pregunté, después de haber aparcado ante el Sonic y que hubiera pedido dos batidos de chocolate a la máquina.

-Desde hace diez años.- Dijo. -Me mudé aquí en mis dos últimos años de instituto, y me quedé. Estuve en un par de residencias universitarias, pero dejé las clases al cabo de un año.

-¿Ha estado casado? ¿Por eso Teenie era su cuñada?

-Sí.

Asentí. -¿Hijos?

-No.

Quizás sabía que el matrimonio no iba a durar.

-Mi mujer era la hermana mayor de Monteen.- Dijo. -Mi mujer está muerta.

Eso fue toda una sorpresa. Suspiré. Mientras Hollis pagaba los batidos, noté que iba a aprender cosas nuevas sobre Teenie Hopkins, quisiera o no.

-Conocí a Monteen cuando tenía trece años. La recogí en una carretera que pasa cerca del pueblo, mientras estaba de patrulla. Era muy obvio que era menor de edad y que no tenía motivos para estar allí. Hizo señales al coche patrulla. Estaba totalmente ida. Conocí a Sally cuando llevé a Monteen a casa aquella noche.- Se quedó en silencio un rato, recordando. -Me gustó mucho Sally, la primera vez que la vi. Era una chica normal, con mucha dulzura en ella. Teenie era demasiado salvaje.

-Así que los Teague no podían haberse alegrado más de que usted saliera con su hija.

-Se podría decir así. Teenie lo sacó de su madre. En aquel momento, Helen bebía mucho, y llegaba a casa cuando quería. Pero Helen consiguió cambiar, dejó de beber. Cuando la madre de Teenie se reformó, Teenie lo hizo también.

No era así como Sybil me lo había presentado, en nuestro segundo encuentro. Anoté eso para más tarde.

-¿Cómo la contrataron?- Preguntó.

Chupé la pajita, pensando en cómo abordar el tema. Era un buen batido, pero había sido un error tomar una bebida fría en un día de otoño y encima descalza. Tuve un escalofrío.

-Va de boca en boca. Así es como me contrataron aquí; Terry Vale escuchó algo sobre mí en una conferencia del ayuntamiento. Los agentes de la ley hablan entre ellos, en las convenciones, por email. Y algunas veces he salido en revistas.-

Asintió. -Supongo que no puede poner anuncios.

-A veces, lo hacemos. Es complicado escoger las palabras correctas.

-Puedo imaginármelo.- Sonrió. Entonces volvió a ponerse tenso. -¿Usted solo... los siente?

Asentí. -Veo sus últimos momentos. Como un video. ¿Puede encender la calefacción?

-Sí, ahora mismo.- Un minuto más tarde, dejamos el Sonic y estábamos cruzando Sarne.

-¿Cuántos agentes trabajan aquí?- Trataba de ser educada. Había un río bajo nosotros, y el agua se movía rápidamente.

-A tiempo completo, ¿Además de mí? El sheriff, y dos ayudantes más.

-No es mucho.

-No durante esta época. Ahora, solo vienen turistas para ver el cambio de estación. Vienen a ver los colores. Son muy tranquilos.- Hollis sacudió su cabeza para mirar las hojas. -En verano, somos seis personas. Controles y tráfico y cosas así.

Los ingresos de Hollis Boxleitner debían de ser escasos. Era un hombre joven, y parecía inteligente y muy capaz. ¿Qué hacía atrapado en Sarne? Vale, no era asunto mío: pero tenía curiosidad.

-Heredé la casa de mis padres aquí.- Dijo, como si respondiera a una pregunta no formulada. -Murieron cuando un camión golpeó el coche en el que iban.- Asintió agradecido cuando dije que lo sentía. No quería hablar de sus muertes, y eso era algo bueno. -Me gusta cazar e ir de pesca, y la gente. En verano, trabajo un poco ayudando a mi cuñado; tiene una tienda de rafting, alquila canoas a los turistas. Trabajo unos tres meses, pero me ayuda a aumentar mis ingresos. ¿Qué hace su hermano, cuando no le ayuda?-

-Siempre está conmigo.

Hollis pareció estar meditando como decirlo amablemente. -¿Eso es todo lo que hace?

-Es suficiente.- El pensamiento de que trabajara por su cuenta me hizo estremecer.

-Entonces, ¿Cuánto cobra por sus servicios?- Preguntó, con la mirada puesta en la carretera.

Esperaba que eso no fuera a tener implicaciones ocultas. Me quedé en silencio.

Pasó un rato hasta que Hollis se sintió incómodo, mucho más de lo que le cuesta a la gente normal.

-Quiero contratarla.- Dijo, como explicación.

No me esperaba eso. -Cobro quinientos dólares.- Dije. -Cobro cuando identifico el cuerpo.

-¿Y si se conoce la localización del cuerpo? ¿También puede determinar la causa de la muerte, verdad?

-Sí. Por supuesto, cobro menos si no tengo que buscar el cuerpo.- Algunas veces la familia quiere saber de otra forma la causa de la muerte.

-¿Se ha equivocado alguna vez?

-No que yo sepa.- Miré por la ventana hacia la ciudad. -Cuando puedo encontrar el cuerpo, claro está. No siempre lo hago. A veces, no hay suficiente información disponible para indicarme dónde buscar. Como la chica de Morgenstern.- Me refería a un caso que había salido en los periódicos el año pasado. Tabitha Morgenstern había sido raptada en una carretera comarcal en Nashville, y nunca la habían vuelto a ver. - Saber donde ha desaparecido la persona no suele ser suficiente. Quizás fue tirada en cualquier lugar, en Tennessee, Mississippi o en Kentucky. No había suficiente información. Tuve que decirles a los padres que no podían.

Aunque el cementerio todavía no era visible, sabía que nos acercábamos a uno. Podía notarlo por los zumbidos en mi piel. -¿Qué edad tiene el cementerio?- Pregunté. -Supongo que es el más nuevo.

Aparcó a un lado de la carretera tan bruscamente que casi solté mi batido. Me miró, sorprendido. Le había asustado.

-¿Cómo demonios...? ¿Pasaste con tu hermano por aquí antes?

-No.- Estábamos bastante lejos de las calles por las que los turistas merodeaban, cerca del límite y lejos de los reclamos turísticos. -Es lo que hago.

-Es el nuevo cementerio.- Dijo Hollis. -Los viejos...

Giré mi cabeza hacia un lado, estimando.-Están al sureste de aquí. A unos cuatro kilómetros.

-Dios, mujer, es usted aterradora.

Me encogí de hombros. A mí no me aterraba.

Dijo. -Puedo darle trescientos. ¿Hará algo por mí?

-Si, lo haré. Ya que no hemos investigado sus cuentas, necesitaré el dinero por adelantado.

-Es usted una mujer de negocios.- Su tono no era de admiración.

-No, no lo soy. Por eso Tolliver se ocupa normalmente de estas cosas.- Terminé mi batido, haciendo un gran ruido al sorber las últimas gotas.

Hollis giró en redondo hacia la ciudad. Fue a un cajero. El banquero trató de no parecer sorprendido cuando él le entregó la petición, y también trató de no mirarme. Quise decirle a Hollis que si fuera a hacer cualquier otro trabajo, no le molestaría tanto; si limpiase casas, no me pediría que limpiara la suya gratis ¿Verdad? Mis labios se abrieron, pero los cerré. Me negaba a tener que justificar mis acciones.

Me puso el dinero, todavía dentro del sobre del banco, en la mano. Deslicé el sobre en el bolsillo de mi chaqueta sin comentarios. Fuimos de nuevo hacia el cementerio. Aparcamos ante un camino que llevaba a las tumbas, y apagó el motor. -Vamos.- Dijo. - La tumba está allí.- El día se había despejado, ahora brillaba el sol, y vi como unas grandes hojas rodaban empujadas por la brisa.

-El embalsamado anula el efecto.- Le avisé.

Abrió los ojos. Estaba pensando que había falseado mis resultados antes, de alguna manera, y que ahora me había puesto al descubierto. Y que recuperaría su dinero. Tenía una tonelada de ambición sobre los hombros.

Me acerqué a la tumba más cercana, el suelo frió bajo mis pies desnudos. Como un cementerio está lleno de muertos, es complicado obtener una lectura clara. Cuando añades las emanaciones de los cuerpos y el embalsamado, tienes que acercarte lo máximo posible. -Edad de mediana edad, murió de... ataque al corazón.- Dije, con los ojos cerrados. El nombre era Matthews, algo así.

Hubo un silencio mientras Hollis leía la tumba. Entonces gruñó, -Sí.- Respiró profundamente. -Vamos a andar ahora. Mantenga los ojos cerrados.- Sentí como me tomaba de la mano, me llevó hasta otra tumba. Me agaché para poder sentir mejor mi instinto que nunca me había fallado. -Hombre mayor.- Sacudí la cabeza. -Creo que se cayó.- Me llevó a otra tumba, esta estaba más lejos. -Mujer, sesenta, accidente de coche. Llamada Turner, ¿Turnage? Un borracho, creo.

Regresamos hacia el camino principal, y supe por la tensión de su cuerpo que estábamos ante la tumba que quería que revisara. Cuando me puso sobre la tumba, lo supe. Esta muerte era violenta, lo supe a la primera. Respiré profundamente y me agaché. -Oh.- Dije secamente. Noté que como Hollis estaba pensando tanto en esa persona me ayudaba a sentirla mejor. Podía escuchar el agua corriendo en la bañera. La casa estaba caliente, la ventana abierta. La brisa entraba por la ventana. De

pronto... -¡Suéltame!- dijo ella, pero era como si yo fuera la mujer, diciéndolo también. De pronto su/mi cabeza estaba bajo el agua, y estábamos mirando al techo, y no podíamos respirar, y nos ahogamos.

-Alguien le sujetó de los tobillos.- Dije, y era de nuevo yo, mi piel, y estaba viva. -Alguien la mantuvo bajo el agua.

Después de un largo momento abrí los ojos, miré hacia abajo para ver la tumba. Sally Boxleitner, decía. Amada esposa de Hollis.

El policía dijo que no lo podía saber. Le hicieron la autopsia.- Dijo el ayudante del sheriff. -Los resultados no fueron concluyentes. Podía haberse desmayado y deslizado bajo el agua, quedarse dormida en la bañera o algo así. No pude comprender por qué no trató de salvarse. Pero tampoco había pruebas.

Solo le miré. La gente apenada puede tener reacciones impredecibles.

-Estado de shock.- Murmuré. -O quizás no se diga así. La gente ni siquiera es capaz de defenderse, si es muy brusco.

-¿Ha visto esto antes?- había lágrimas en sus ojos, lágrimas de rabia.

-He visto de todo.

-Alguien la asesinó.

-Sí.

-No puede ver quién.

-No. No veo quién lo hizo. Solo el cómo, cuándo encuentro el cuerpo. Si usted fuera el asesino, y estuviera junto a la víctima, quizás fuera capaz de notarlo.- No pretendía decir eso: por eso necesitaba que Tolliver hablara en mi lugar. Empezaba a echarle de menos, cosa que era ridícula. -¿Puede llevarme de regreso al motel, por favor?

Asintió, perdido en sus pensamientos. Retomamos el camino entre las tumbas. El sol todavía brillaba y las hojas todavía se movían con la brisa, pero el día ya no era tan bueno. Estaba temblando ligeramente mientras mis pies tocaban la fría hierba del suelo. De vuelta hacia el coche azul de Hollis, me detuve para leer el nombre de la tumba más grande del cementerio. Había al menos ocho tumbas en la cerca y ponía Teague.

Bien. Pisé cuidadosamente la que decía Dell. Estaba ahí, enterrado no muy profundamente en el suelo de Ozarks. Pasé un segundo pensando que tenía suerte de

que conectar con un cuerpo embalsamado no era tan potente como con un cadáver; Hollis nunca me ayudaría igual que Tolliver. Me incliné para agudizar mi sentido, tratando de asumir lo que encontraría al entrar en contacto con el cuerpo de Dell Teague.

Suicidio, y un cuerno, fue mi reacción silenciosa e instantánea. ¿Por qué Sybil no me había traído hasta aquí para mirar primero en la tumba, en vez de enviarme al bosque a buscar a Teenie? Por supuesto este chico no se había disparado a sí mismo. Dell Teague había sido asesinado, igual que su salvaje novia. Abrí los ojos. Hollis Boxleitner se había girado para ver lo que estaba haciendo, le miré a la cara. -No fue un suicidio.- Dije.

En la larga pausa que siguió, miré hacia el este y vi nubes negras acercándose. Hollis miró también. Vi algo de luz entre las nubes.

-Vamos.- Dijo Hollis. -Parece atraer a la mala suerte.

Nos metimos en el coche. De camino a Sarne, ninguno rompió el silencio reinante. Mientras miraba la carretera, deslicé el dinero de mi bolsillo y lo puse en el asiento que había entre ambos. Al llegar al motel, salí del coche rápidamente, cerrando la puerta detrás de mí y abriendo la puerta de mi habitación casi al mismo tiempo. Hollis se alejó sin decir palabra. Suponía que tenía mucho en lo que pensar.

Pegué mi oreja a la pared y escuché que Tolliver estaba en casa. Debía tener encendida la televisión. Pero esperé un minuto, ya que había pensado lo mismo en anteriores ocasiones y lo había pagado con mi propia vergüenza. Dudé, porque después de un segundo noté que Tolliver tenía compañía. Estaba dispuesta a apostar que era Janine, la camarera de la cena. Las pruebas mostraban que Tolliver era mucho más atractivo para las mujeres de lo que yo lo era para los hombres. A veces eso me molestaba. No pensaba que fuéramos muy diferentes; pensé que venía con nuestros genes. Suspiré, con ganas de patear la pared – algo infantil.

Había imaginado por unos minutos que Hollis Boxleitner se sentía atraído por mí, pero lo que quería de mí era lo que tenía que ofrecer profesionalmente, y no personalmente.

Y había una tormenta acercándose.

Cogí una novela y traté de leer. La oscuridad aumentaba fuera, y en diez minutos tuve que encender las luces. A lo lejos se escuchó un sonido brusco. Un trueno.

Me obligué a leer un par de frases. De verdad quería perderme y olvidarme de lo que estaba pasando. La mejor forma de hacerlo era meterme en un libro.

Teníamos una caja de libros se segunda mano en el asiento trasero del coche. Cuando leemos cada libro lo dejamos en algún sitio donde puedan recogerlo para leerlo. Si los libros están en buen estado, los intercambiamos. Nos paramos en todas las tiendas de segunda mano que vemos para eso. He leído muchas cosas que no planeaba leer, debido a la selección de esas tiendas. Y he leído muchos libros años después de que fueran *best sellers*, lo que no me molesta en absoluto.

Tolliver no lee tanto como yo. No le gustan las novelas románticas (cree que son demasiado predecibles) y las de espías (piensa que son aburridas), pero lee casi cualquier otra cosa. Novelas del oeste, de misterio, ciencia ficción, casi cualquier libro que pasa por nuestras manos. Ahora mismo tenía un ejemplar de -la zona caliente- de Richard Preston. Era una de las cosas más aterradoras que había leído nunca – pero prefería tener miedo del origen y expansión del virus del ébola que pensar en los truenos.

Antes de tratar de sumergirme de nuevo en la exploración de una cueva africana de Preston, miré al reloj. La camarera se marcharía de la habitación en una hora más o menos. Quizás para cuando llegara la tormenta, Tolliver estaría ya solo.

Con el libro abierto ante mí sobre la mesa barata, saqué mi plancha para el pelo y la utilicé. De vez en cuando me miraba al espejo. Me veía bien, pensé. No demasiado mal. Algo pálida, eso sí.

Mi hermano y yo no nos parecíamos mucho, aparte de nuestro color – perlo negro, ojos marrones. Tolliver parecía duro, secreto, como el fruto prohibido. Sus mejillas con cicatrices y anchos hombros le hacían parecer todo un hombre.

Pero yo era quién aterraba a la gente.

Sonó de nuevo un trueno, esta vez mucho más cerca. Ni siquiera el virus del ébola podía captar mi atención ahora. Traté de distraerme. El sheriff ya habría sacado el cuerpo de Teenie Hopkins del bosque ahora, y estaría de camino a Little Rock. Seguro que se alegraba de haberlo hecho antes de la lluvia. No le podía haber costado mucho, ya que no había una escena del crimen que asegurar. Por supuesto, incluso el policía más vago buscaría un poco por la zona. Me pregunté si Hollis había participado en la búsqueda. Me preguntaba si habrían encontrado algo. Debería haberle hecho preguntas a Hollis mientras íbamos en el coche. Quizás ahora estaba en el bosque, en este mismo momento.

¿Pero qué importaba? Me marcharía mucho antes de que llevaran a alguien ante la justicia. Golpeé con mis uñas sobre la mesa con un ritmo ansioso, mis pies golpeaban el suelo inaudiblemente. Apagué la luz de la habitación y la del baño.

Iba a superar esto. Esta vez, no me acobardaría.

Un boom de un trueno seguido por la brillante luz del rayo. Salté como un metro sobre el suelo. Aunque la plancha del pelo era inalámbrica, la apagué. Desenchufé la televisión y me senté en la cama, sobre la brillante y verde colcha del motel. Más truenos, y más rayos fuera en la ventana. Me estremecí, con los brazos sobre mi abdomen. La lluvia resonaba en la habitación del motel, cayendo sobre el coche, salpicando violentamente contra el suelo. Otro rayo de luz. Hice un pequeño ruido, involuntariamente.

La puerta que había entre ambas habitaciones se abrió y Tolliver entró, con una toalla rodeando su cintura, su pelo todavía mojado de la ducha. Vi un movimiento en su habitación; la camarera, poniéndose la ropa, molesta.

Se sentó en el extremo de la cama junto a mí, con su brazo rodeando mis hombros. No dijo una sola palabra. Ni yo tampoco. Me estremecí y sacudí hasta que terminó la tormenta.

Capítulo 3



Sarne parecía una pequeña ciudad complicada. Me alegraría mucho cuando nos fuéramos. Debíamos ir a Ashdown en un par de días y quería mantener la cita. Trato de ser lo más profesional posible mientras mis extrañas llamadas me lo permitan.

Había veces en las que nos sentábamos en nuestros apartamentos en St. Louis esperando dos semanas enteras. Entonces el teléfono sonaba sin parar, una llamada después de otra. Como mi trabajo es tan impredecible, tenemos que estar listos para salir a la carretera en cualquier momento. Los muertos pueden esperar para siempre, pero los vivos siempre tienen prisas.

El sheriff me llamó a la mañana siguiente poco antes de las siete. Normalmente, estaría afuera corriendo, pero el día después de encontrar un cuerpo y atravesar una tormenta suele ser más tranquilo. Miré al reloj antes de levantar el teléfono. -El cuerpo es de Teenie, el laboratorio de Little Rock lo ha confirmado.- Me dijo. Sonaba cansado, aunque era pronto y debería haberse despertado hace poco. -Vaya a recoger su cheque a la oficina de Paul Edwards.- Colgó. No dijo -Y nunca regreses.- Pero las palabras flotaban en el aire.

Tolliver acababa de entrar, vestido listo para desayunar, su comida favorita. Me miró la cara mientras colgué el teléfono.

-Culpando al mensajero.- Dije. -¿Supongo que lo han identificado?-

Asentí. -Nunca comprenderé eso. Sabes, me pidieron que encontrara el cuerpo. Lo encuentro. Entonces se enfadan conmigo, y me dan el cheque como si hubiera tenido que hacer el trabajo gratis.

Se encogió de hombros. -Supongo que podríamos hacerlo gratis con apoyo del gobierno o algo así.

-Oh, claro, el gobierno nos adora.- Pagar los impuestos era una molestia – no porque me molestara pagar al demonio, pero porque era muy complicado calificar mis ingresos. Me llamaba a mi misma autónoma.

De momento, no nos habían dicho nada, pero eso cambiaría antes o después.

Tolliver sonrió mientras me ponía una camiseta y un jersey. Como había pensado viajar hoy, llevaba vaqueros. No me importa mucho la ropa, excepto mis vaqueros. Soy muy concreta con ellos. Este era mi par favorito, y estaban algo desgastados por algunas zonas.

-Pasaremos por la oficina de Edwards y nos iremos con el cheque.-

-Será mejor que lo cobremos rápidamente.- Dije, hablando por experiencias pasadas.

El teléfono del motel sonó de nuevo. Nos miramos mutuamente. Respondí.

-Srta. Connelly.- Dijo una mujer. -¿Harper Connelly?

-¿Sí?

-Soy Helen Hopkins. Soy la madre de Sally y de Teenie. ¿Puede venir a hablar conmigo?- La suegra de Hollis. ¿Le había dicho lo que había encontrado en el cementerio?

Cerré los ojos. Tenía tantas ganas de no hacer esto. Pero esta mujer era la madre de dos mujeres asesinadas. -Sí, señora, supongo que sí.-

Me dio una dirección y me preguntó si podía ir en media hora. Le dije que tardaría una hora, pero que iríamos.

Nos llevó algo más de una hora, porque después de salir del motel y meter las maletas en el coche e ir al restaurante, Janine, la camarera que había entretenido la tarde anterior a Tolliver, tardó mucho en servirnos. Me miraba fijamente, tratando de molestarle – una actuación molesta y obvia. ¿Acaso pensaba que estaba obligando a mi hermano a quedarse conmigo, arrastrándole por todo el país a mi antojo? ¿Se pensaba que si aflojaba su correa él se quedaría en Sarne, conseguiría un trabajo en un almacén de comida y la convertiría en una buena mujer?

Algunas veces le incordio con sus conquistas, pero esta no era una de esas veces. Sus mejillas estaban rosadas cuando nos fuimos, y no dijo una palabra mientras condujimos hacia la oficina de Paul Edwards. Estaba en una casa vieja de la plaza, una casa que había sido pintada de verde y azul pálido, una combinación que hubiera hecho vomitar a los constructores iniciales. La casa de Paul Edwards era la imagen que les vendían a los turistas, que había algo interesante en todas partes.

Tolliver dijo -Esperaré en el coche.

Asumí que el abogado habría dejado el cheque en un sobre en recepción, pero salió en persona cuando le dije a su secretaria mi nombre. Me estrechó la mano mientras la teñida rubia miraba cada movimiento con fascinación. Podía ver porqué. Paul Edwards era un hombre con encanto.

Me dijo que fuera a su oficina.

-¿Qué puedo hacer por usted?- Pregunté de mala gana. Estaba lista para marcharme. Me senté en la silla para visitas, mientras él se inclinó sobre el borde de su gran mesa.

-Es usted una mujer impresionante.- Dijo, sacudiendo la cabeza ante ello. No sabía si reírme irónicamente o sonrojarme. Al final, levanté una ceja, me quedé en silencio y esperé a su siguiente movimiento.

-En un día, ha cambiado completamente la vida de dos de mis clientes.-

-¿Cómo he hecho eso?

-Helen Hopkins está agradecida de haber encontrado el cuerpo de Teenie. Ahora podrá descansar. Y Sybil Teague se siente aliviada de que Dell no fuera la víctima de las acusaciones que la gente había hecho desde que Teenie desapareció.

Digerí todo eso en silencio, preguntándome lo que quería decir realmente.

-Si va a quedarse más tiempo en Sarne, esperaba poderla invitar a cenar y saber algo más sobre usted.- Paul Edwards dijo. Miré su buen traje y su camisa blanca, sus brillantes zapatos. Su pelo estaba engominado y bien cortado, se había afeitado bien, y sus ojos marrones me miraban sinceramente.

-De hecho.- Dije lentamente. -Mi hermano y yo nos iremos de Sarne en una hora más o menos. Vamos a pasarnos antes por la casa de Helen Hopkins, por petición suya. Después nos iremos.-

-Oh, qué mala suerte.- Dijo. -He perdido mi oportunidad. Quizás algún día si tiene trabajo cerca de aquí podría llamarme.- Me dio una tarjeta de visita.

-Gracias.- Dije inexpresivamente, y después de estrecharnos las manos de nuevo y mirarnos, salí por la puerta delantera con el cheque en mis manos.

Traté de contarle a Tolliver la entrevista tan rara que acababa de tener, pero supongo que estaba molesto por la larga espera. De hecho, Tolliver estuvo muy callado mientras buscábamos la casa de Hopkins, que resultó ser una casa modesta construida en una calle modesta.

Hollis Boxleitner había dicho cosas malas sobre el pasado de la madre de su mujer, y me había formado una imagen negativa de Helen Hopkins. Cuando respondió a la puerta me sorprendió ver a una pequeña y delgada mujer con pelo castaño revuelto y ojos azules. Antes fue hermosa. Ahora parecía más como una cáscara vacía. Llevaba una camiseta de flores y un pantalón marrón, y su cara era tan amplia como mi mano.

-Soy Harper Connelly.- Dije. -Este es mi hermano, Tolliver Lang.

-Helen Hopkins. Gracias a Dios que han venido a verme. Dijo rápidamente. -Por favor entren y siéntense.- Hizo un gesto hacia una pequeña habitación. Estaba llena de muebles y objetos y me llevó un tiempo darme cuenta de que la habitación estaba limpia. Había una estantería en la pared, con una vajilla de Avon. Una gran Biblia estaba sobre una barata mesa de café. A su lado había dos paños hechos a mano, y sobre ellos un vaso que sujetaba una vela.

Me pareció un altar.

Y las fotos; dos chicas morenas estaban por toda la habitación. Iban creciendo progresivamente desde la pared norte. Sally y Teenie nacieron, fueron a la escuela, festejaron halloween, bailaron, se graduaron, fueron a la fiesta de promoción, y el en caso de Sally, se casó. La habitación era un resumen de sus vidas, ambas de ellas asesinadas. La última foto de la serie era de un ataúd blanco cubierto con flores en una iglesia. Esta última foto, seguramente tomada en el funeral de Sally, tenía un hueco vacío al lado; ahí es donde estaría la foto del ataúd de Teenie. Tragué saliva.

-Llevo sobria treinta y dos meses.- Dijo Helen Hopkins, haciendo un gesto para que nos sentáramos en las sillas que había delante del sofá, donde ella estaba.

-Felicidades. Me alegro de escucharlo.- Dije.

-Si ha pasado más de diez minutos en esta ciudad, le habrán dicho cosas horribles sobre mí. Bebí y forniqué durante muchos años. Pero ahora estoy sobria, gracias a Dios y a mucho trabajo duro.-

Tolliver asintió, para mostrar que estaba escuchándola.

-Mis dos chicas están muertas- Helen Hopkins continuó. Su voz era tranquila y ronca, pero los músculos de su mandíbula estaban tensos. -Hace años que no tengo marido. No hay nadie que me pueda ayudar, excepto yo misma. Y quiero saber quién les trajo aquí, y lo que sois, y lo que hicisteis en el bosque para encontrar a mi chica. No sabía nada de esto hasta ayer, cuando Hollis me llamó.

No se podía ser mucho más directo que eso. Tolliver y yo nos miramos mutuamente, haciendo una pregunta silenciosa. Esta mujer se parecía mucho a nuestra madre – bueno, mi madre, la madrastra de Tolliver – excepto que mi madre

había estudiado abogacía y nunca había estado sobria. Tolliver se encogió de hombros tan discretamente que nadie excepto yo podría haberlo notado, y le devolví un asentimiento similar.

-encuentro cuerpos, Sra. Hopkins. Un rayo me golpeó cuando era niña, y esto pasó después. Averigüé que era capaz de saberlo cuando me acercaba a una persona muerta. Y sabía lo que había matado a esa persona – aunque no quién, si la persona ha sido asesinada.- Quería ser muy clara sobre eso. -Lo que sé es como murió la persona.-

-¿Sybil Teague la contrató?

-Sí.

-¿Cómo supo de usted?

-Creo que a través de Terry Vale.

-¿Siempre tiene razón?

-Sí, señora.

-¿Cree que al Señor le gusta lo que hace?

-Siempre me lo pregunto.- Dije.

-Entonces, Sybil le pidió que viniera a encontrar el cuerpo de Teenie. ¿Porqué?

-El sheriff me dijo que todo el mundo pensaba que su hijo la había asesinado, y que quería encontrar el cuerpo de Teenie para refutar eso.

-Y encontró a Teenie.

-Sí, eso es lo que me dijo el sheriff Branscom. Siento su pérdida.

-Sabía que estaba muerta.- Dijo Helen, con los ojos secos. -Lo sé desde que desapareció, que Teenie había muerto.

-¿Cómo?- Si podía ser directa, yo también.

-Hubiera regresado a casa si no.

Según Hollis, Teenie era tan descontrolada como su madre. Dudaba que Helen Hopkins hablara estadísticamente. Sus siguientes palabras mostraban eso, y me pregunté si era psíquica.

-Fue una chica salvaje.- Dijo Helen Hopkins lentamente, -Actuaba así solo porque le dejaba, porque estaba borracha. Pero cuando dejé la bebida, empezó a venir.

Me sonrió ligeramente, y traté de devolverle la sonrisa. La desgastada mujer había sido hace no muchos años una gran mujer. Se podía ver eso en sus rasgos y posturas.

-Me gustaba Dell Teague.- Dijo Helen. Su voz era lenta, como si estuviera pensando en qué decir cuidadosamente. -Ni siquiera pensé que podría haber matado a mi chica. Me gustaba, y creo que Sybil está bien. Pero los chicos querían casarse, y no quería que Teenie se casara tan joven, igual que Sally. No es que Sally tuviera un mal matrimonio. Hollis es un buen hombre, y no le culpo por no preocuparse por mí. Tiene sus motivos. Pero Teenie.... No tenía que hacer eso, no tan joven. Solo quería que Teenie tuviera elección. Me parece bien que Sybil pagara para buscar a mi chica, pero...

-¿Hollis le dijo que fuimos al cementerio?- Estaba tratando de seguir su hilo de pensamientos.

-Sí. Vino ayer, la primera vez que hemos hablado en mucho tiempo. Me dijo que había dicho que Sally había sido asesinada, que no fue un accidente.- Vi como Tolliver se tensaba. Me dedicó una mirada. No le gustaba que saliera con gente, no le gustaba que hiciera trabajos gratis, y no le gustaba que no se lo hubiera dicho.

-¿Cómo lo hace?- Preguntó. -¿Cómo puede saberlo? ¿Cómo puedo confiar en usted?

Esas eran buenas repreguntas, preguntas que me han hecho antes.

-No tiene que creer lo que digo.- Le dije a Helen Hopkins. -Solo veo lo que veo.-

-¿Cree que Dios le dio este regalo? ¿O fue el demonio?

No le iba a decir a esta mujer lo que pensaba de verdad. -Crea lo que quiera.- Dije.

-Creo que vio como mis dos chicas fueron asesinadas.- Dijo Helen Hopkins. Sus grandes y marrones ojos se agrandaron todavía más. -Creo que Dios la ha enviado para averiguar quién lo hizo.

-No.- Dije de inmediato. -No soy un detector de mentiras. Puedo encontrar los cuerpos. Puedo saber qué les mató. Pero quién o porqué, no puedo.

-¿Cómo murieron?

-No quiere escuchar eso- Dijo Tolliver.

-Cállese, señor. Esto es cosa mía.

Era pequeña, pero persistente. Como un mosquito, pensé.

-Su hija Sally fue ahogada en la bañera. La cogieron por los tobillos, para que su cabeza se hundiera bajo el agua. Su hija Teenie fue disparada por la espalda.

Toda la fuerza pareció abandonar a Helen Hopkins según la mirábamos.

-Mis pobres chicas.- Dijo. -Mis pobres chicas.

Nos miró de nuevo, sin vernos realmente. -Gracias por venir.- Dijo bruscamente. -Gracias. Les debo una. Les diré a los padres de las chicas lo que me han dicho.-

Tolliver y yo nos levantamos. Helen no dijo nada más.

-Ahora nos vamos.- Dijo Tolliver, cuando estábamos fuera. Y después de pasar por el banco para cobrar el cheque de Sybil Teague, nos fuimos al coche hacia el sur fuera de Sarne.

Llegamos a nuestro motel de Ashdown unas silenciosas horas después. Tolliver se sentó en una silla en mi habitación desde de haber cenado, y yo me puse sobre la cama.

-Cuéntame qué hiciste con el ayudante del sheriff.- Dijo. Su voz era suave, pero sabía que era engañosa. Había estado esperando para decir esto todo el día.

-Vino mientras estabas flirteando con la camarera.- Dije. -Quería que fuera a dar una vuelta con él.- Tolliver resopló, pero decidí ignorarlo. -De todas formas, él habló, y nos tomamos un batido, y entonces me di cuenta de que me quería llevar a un cementerio para que le dijera que le había pasado a su mujer.

Casi no podía soportar mirar a Tolliver a la cara, pero lo hice. Para mi alivio, no estaba lleno de ira. Odiaba cuando la gente se aprovechaba de mí, y lo odiaba todavía más cuando esa persona era un hombre. Pero tampoco quería que me sintiera mal.

-¿No crees que le gustara lo que vio y por eso fue al motel?

Incliné la cabeza. Las manos de Tolliver me acariciaron el pelo.

-no.- Dije. -Creo que planeó todo el tiempo llevarme a la tumba de su mujer. Le dije que tenía que pagarme, Tolliver. Así que me llevó al banco y sacó dinero.- No le dije a Tolliver que no había sido la suma completa. -Pero lo dejé en el coche, porque me sentí muy mal con todo ese asunto.- Mal y enfadada y culpable y dolida.

-Hiciste bien.- Dijo, al fin. -La próxima vez, no te vayas a ningún lado sin avisarme, ¿Vale?

-¿vas a seguirme?- Le pregunté, sintiéndome algo molesta. -¿Qué debería hacer yo cuando te vas sin decírmelo? ¿Hacer que la mujer prometa que te traerá antes de las diez? ¿Hacerle una foto para poder seguirla en caso de que llegues tarde?

Tolliver contó hasta diez. Lo noté por los pequeños movimientos de su cabeza. -no.- Dijo. -Pero me preocupo por ti. Eres una mujer fuerte, pero una mujer fuerte no es tan fuerte como la mayoría de los hombres.- Esa era una verdad biológica que me hacía preguntar en qué había pensado Dios. -Si no te hubiera llevado al cementerio, podría haberte llevado a cualquier otro lugar. Hubiera tenido que buscarte, como seguimos a otra gente.

-Si cualquier persona puede saber que la pueden matar, Tolliver Lang, esa soy yo.- Apunté con mis dedos a mi pecho. -Por increíble que parezca, millones de mujeres salen a diario con hombres que no tienen motivos encubiertos. Y por increíble que parezca, casi todas vuelven sanas y salvas a casa.

-No me importan ellas. Me importas tú. ¿Cómo puedes confiar en nadie con lo que vemos, tantas veces al año, los asesinatos...?

-¡Y aun así, no tienes problemas en invitar a una mujer que acabas de conocer a tu habitación!

Levantó sus manos. -¡Vale, olvídale! ¡Olvida todo lo que he dicho! Solo quiero saber dónde estás para que estés segura.- Salió de mi habitación hacia la suya, para eso tuvo que salir fuera; no había puertas que conectaran las habitaciones por dentro en ese motel barato.

Escuché como se encendió la televisión de al lado. ¿Por qué nos habíamos peleado? ¿De verdad Tolliver quería sentarse en mi habitación y reírnos un rato? ¿Realmente quería que rechazara todas las invitaciones, para estar a salvo?

Estaba casi segura de que la respuesta, si le preguntaba, sería sí.

Durante la noche, el teléfono de la habitación de Tolliver sonó. Pude escucharlo a través de las finas paredes. Después de un momento, se detuvo. Traté de imaginar quién sabía dónde estábamos y lo que estábamos haciendo, y en mitad de eso, me volví a dormir. Corrí a la mañana siguiente, y el frío aire me sentó genial. La ducha caliente todavía mejor. Mientras me vestía, Tolliver llamó a mi puerta. Después de dejarle pasar, terminé de abrocharme la camisa. Llevaba ropa mejor ya que íbamos a ver al cliente de Ashdown por primera vez. Este sería un trabajo de cementerio, y no tendría que cambiarme. Algo rápido.

-La llamada de anoche.- Dijo.

-Sí, ¿Quién era?- Casi se me había olvidado.

-La policía de Sarne.

-¿Quién?

-Harvey Branscom, el sheriff.

Esperé, con el cepillo de pelo en la mano.

-Tenemos que volver.

-No hasta que terminemos este trabajo. ¿Porqué, qué ha pasado?

-La pasada noche, alguien entró en la casa de Helen Hopkins y la mató de una paliza.

Miré a Tolliver durante un minuto. Estaba acostumbrada a la muerte pero era complicado tener una reacción normal ante eso.

-Bueno.- Dije finalmente. -Espero que fuera rápido.

-Les dije que teníamos que terminar nuestros asuntos aquí antes de ir allí.-

-Estoy lista.- Miré mi blusa y mis pantalones grises. Me puse una chaqueta americana a juego.

-Hey, la chaqueta va a juego con tus ojos.- Dijo Tolliver.

-Esa era la intención.- Dije secamente. Tolliver siempre parecía pensar que si yo me veía bien, era por puro accidente. La blusa que llevaba con los pantalones era ligeramente verde, con un estampado de bambú. Me puse una cadena de oro que Tolliver me había regalado las navidades pasadas, y me puse los zapatos negros. Me atusé el pelo, revisé mi maquillaje y le dije a Tolliver que estaba lista. Él llevaba un jersey de algodón de color rojo oscuro. Se veía muy bien con él. Yo se lo había regalado.

Nos encontramos con el cliente y su abogada en el cementerio designado, uno de esos modernos con tumbas planas. Son más baratos y más apropiados para los jardineros. Aunque la atmósfera no es la mejor, es mucho más fácil andar por el -parque-.

La abogada, una mujer de unos sesenta, aclaró que pensaba que yo trataba de engañar a la pobre viuda. Me llegaban muchas señales negativas, no solo de la abogada, sino también de la clienta. Siguiendo nuestro procedimiento habitual cuando pasa esto, cogí el cheque y se lo di a Tolliver diciendo que debería ir al banco mientras yo -buscaba-. La situación mostraba todas las indicaciones de una mala transacción.

La cliente, una pesada y malhumorada mujer en los cuarentas, quería que su marido hubiera muerto de algo más dramático que de una radio cayendo dentro de su bañera (las bañeras eran la última moda de este mes. Algunas veces pasa tan a menudo que incluso yo me pongo nerviosa. El año pasado, tuve cinco ahogados accidentales de una

sentada. Me dio miedo nadar durante unos meses.) Geneva Roller, la cliente, tenía su propia elaborada teoría de conspiración sobre como la rabia había llegado a la bañera. Su teoría implicaba a la primera mujer del Sr. Roller y a su mejor amigo.

Me encanta cuando se conoce la localización del cuerpo. Fue un gusto cuando la cliente me llevó directamente a la tumba de su marido. Geneva Roller era una rápida y enérgica andadora, y podía sentir como los tacones de mis zapatos se clavaban en la hierba. La abogada iba detrás de mí, como para cogerme si echaba a correr.

Nos detuvimos ante una tumba que decía Farley Roller. Para darle algo de emoción al dinero de la Sra. Roller, me puse sobre la tumba y me incliné, apoyando una mano sobre la piedra. *Farley, pensé, ¿Qué demonios te pasó?* Y entonces lo vi, como siempre. Para decirle a Geneva lo que estaba pasando, dije -Está en la bañera. Es... Erm... no está circuncidado.- Eso era inusual.

Eso convenció a mi cliente de que yo no era un fraude. Geneva Roller gimió, poniendo su mano sobre su pecho. Sus rojos labios formaron una O. La abogada, Patsy Bolton, bufó. -Cualquiera podría saber eso, Geneva.- Dijo.

Cierto, era la primera cosa que le preguntaba a los hombres.

-Está silbando.- Dije. No podía escuchar lo que era, por desgracia. Podía ver la barra del baño.-Hay una radio en la barra.- Dije. -Creo que está silbando con la música.- Esta era una de las veces que veía algo más que su muerte. No era lo normal.

-Hacía eso cuando se bañaba.- Geneva dijo. -¡Lo hacía, Patsy!- La abogada parecía menos escéptica según hablaba.

Dije. -Está el gato. Sobre la barra del baño. Un gato de color miel.

-Parpaws.- Dijo Geneva, sonriendo. Estaba dispuesta a apostar que la abogada no sonreía.

-El gato estaba tratando de subir para abrir la ventana.-Dije.

Entonces el gato salió por la ventana y hacia el patio mientras el Sr. Roller llegaba a su fin. La bañera era antigua, de un color verde aguacate. -Tiene una bañera verde.- Dije, sacudiendo mi cabeza asombrada. -¿Es cierto?

Patsy, la abogada, me miraba. -Eres de verdad.- Dijo. -Te creo. Su bañera es de color aguacate.

Me puse de pie, quitando el polvo de mis rodillas. Ignoré a Patsy Bolton. -Lo siento mucho. Sra. Roller. Su gato mató a su marido accidentalmente.- Dije. Supuse que eso serían buenas noticias.

-¡NO!- Geneva puso los ojos en blanco y hasta la abogada pareció asustada.

-Geneva, es una explicación razonable.- Dijo Patsy Bolton, mirando a su clienta, pero Geneva Roller no moderó sus sentimientos.

-Fue su primera mujer, esa Ángela. Fue ella, lo sé. Vino a casa mientras yo estaba en la tienda, y le asesinó. Ángela lo hizo. ¡No mi pequeño Patpaws!

Había tenido antes reacciones incrédulas, por supuesto, aunque muchas de ellas eran en casos de susidio. Así que esta no era la primera vez que escuchaba las teorías de la gente. En un momento a lo Jack Nicholson, casi le dije a Geneva Roller que no podía soportar la verdad.

-devolveré el cheque. No le voy a pagar nada.- Siseó. Me alegré de haber enviado a Tolliver al banco.

Mirando por encima del hombro de Geneva, pude ver como nuestro coche entraba al cementerio. El alivio me dio valor.

-Sra. Roller, su gato causó el accidente, de forma inocente. Su marido no fue asesinado. No hay nadie a quién culpar.- Dije.

Se tiró sobre mí, y la abogada la tuvo que coger de los hombros. -Geneva, recuerda quién eres.- Patsy Bolton dijo. Sus mejillas estaban rojas, y su traje marrón y gris estaba arrugado. -No te avergüences así.-

Con una sincronía perfecta, Tolliver aparcó a mi lado. Tratando de no correr, me metí en el coche mientras decía -Siento mucho su pérdida, Sra. Roller.- Nos alejamos del cementerio mientras Geneva Roller nos gritaba.

-¿Tienes el dinero?- Pregunté.

-Sí. ¿Es algo bueno?

-Sí, no quería creer que fuera un accidente. Supongo que esperaba poder vender la historia. 'Asesinato en Ashdown' o algo parecido.- Puse un tono de voz más profundo. -'La viuda sin embargo sospechó desde el principio que la muerte de Farley Roller no era lo que parecía' algo así, en vez de esto, lo único que tiene para culpar es a ese estúpido gato. Una decepción, supongo.

-Es mucho más interesante ser la mujer de una víctima de asesinato que la dueña de un gato asesino.- Dijo Tolliver, pero tenía mis dudas sobre eso.

Capítulo 4



Ya habíamos pagado el motel de Ashdown, así que fuimos directos a Sarne. Tolliver fue directamente a la oficina del sheriff, y segundos después estábamos sentados en unas sillas delante de su mesa, cuando el sheriff entró, se quitó el sombrero y lo tiró en una silla que había detrás.

-Escuché que ayer fueron a visitar a Helen Hopkins.- Dijo Harvey Branscom. Se inclinó sobre el teléfono y apretó el interfono. -Reba, dile a Hollis que entre.- Dijo. Se escuchó un crujido, y un minuto después Hollis Boxleitner entró, llevando una taza de café caliente. Podía olerlo desde mi silla, pero no pedí uno, ni le miré a la cara. Junto a mí, Tolliver se tensó.

-Sr. Lang, quiero que se marche con el ayudante Boxleitner. Me gustaría hablar con la Srta. Connelly.-

Me giré para mirar a Tolliver, tratando de no mostrar mi ansiedad. Sabía que le odiaría si dijera algo en voz alta. Me gusta guardar mis miedos para mí misma. Me dedicó una larga mirada, y me relajé ligeramente. Sin decir palabra, se levantó y se marchó con Hollis.

-¿Cómo contactó con Helen?- me preguntó el sheriff. Su cara eran todos duros trazos. Podía ver la sombra de la blanca barba en su cara, aunque se había afeitado las mejillas. La falta de sueño hacía que las arrugas de su frente parecieran más profundas.

-Nos llamó.- Dije, evitando comentarios coloristas. Tolliver siempre me había advertido que era mejor no dar información extra al hablar con policías.

-¿Qué quería?- Preguntó el sheriff, con un aire paciente.

-Que fuéramos a verla.- Leí la expresión de su cara correctamente. -Quería saber quién nos había contratado, y porqué.-

-¿Sybil no le dijo que venían?- Branscom parecía sorprendido, y él era el hermano de Sybil Teague.

-Evidentemente no.

-¿Estaba molesta por ello?

Nos miramos mutuamente unos largos segundos. -No lo dijo.- Respondí.

-¿De qué más hablaron?

Hablé cuidadosamente. -Nos contó que tuvo una mala vida antes, pero que llevaba treinta y dos meses sin beber. Habló sobre sus hijas. Estaba orgullosa de ambas.-

-¿Le preguntó por sus muertes?

-Claro. Quería saber cómo lo sabía, si estaba segura de que habían sido asesinadas. Dijo que lo diría a sus padres.-

Harvey Branscom estaba levantando la taza mientras hablaba. Ahora la taza estaba de nuevo sobre la mesa. -¿Dijo el qué?- Preguntó.

-Dijo que se lo diría a los padres de las chicas.

-Los padres de las chicas. De ambas. En plural.

Asentí.

-Nunca le dijo a nadie quién era el padre de Teenie. Siempre pensé que no lo sabía. Y el padre de Sally, Jay, se marchó hace años, después de pedir una orden de alejamiento. ¿Helen mencionó nombres?

-No.- Fui clara con la respuesta.

-¿De qué más hablasteis?- preguntó el sheriff. -Cuéntemelo todo.

-Quería saber cómo hago lo que hago, si pensaba que mi don venía de Dios o del diablo. Quería estar convencida de lo que hablaba.-

-¿Qué le dijo?- Ahora parecía genuinamente interesado.

-No le dije nada. Ella misma se respondió como quería.- Mi voz quizás sonó un poco seca.

-¿A qué hora salieron de la casa?

Había pensado en eso, por supuesto. -Nos fuimos a eso de las nueve y media.- Dije. -Fuimos al banco de camino. Fuimos a Ashtown y llegamos al hotel a eso de las dos, dos y media.

Lo escribió todo, y el nombre del motel. Le di el recibo que había metido en mi bolso. Lo copió y escribió algo más en su cuaderno.

-¿A qué hora murió?- pregunté.

Me miró. -Algo antes de mediodía.- Dijo. -Hollis fue a la hora de comer para hablar sobre el funeral de Teenie. Era la primera vez en un año o dos que hablaba con ella, cuando fue a contarle lo de Sally. Cosa que, por cierto, no me creo. Creo que solo está tratando de sacarnos el dinero, y se lo digo ya, Hollis no es un hombre rico.

Me asombré. -Me dio dinero, pero lo dejé en su coche. ¿Él no le contó eso?- Quizás Hollis no quería decirle a su superior que yo lo había pedido desde el principio – el porqué, no lo sé. El sheriff Branscom no tenía buena opinión de mí, y no le hubiera sorprendido que quisiera cobrar (¡por algo que hago para vivir!) hubiera confirmado su pobre opinión de mí. Sí, espero incluso que la gente pobre me pague por mis servicios. Como todo el mundo.

-No.- Dijo el sheriff, recostándose sobre su silla. Se frotó con la mano sus carillos. -No, no mencionó eso. Quizás le daba vergüenza darle dinero a alguien como usted.-

Algunas veces no se puede ganar. El sheriff Branscom nunca se uniría a mi club de fans. Tengo suerte de estar acostumbrada a lidiar con gente así, porque si no me terminaría por afectar.

-¿Dónde está Tolliver?- Pregunté, sin paciencia ya.

-Llegará de un momento a otro.- Dijo el sheriff. -Supongo que Hollis no ha terminado con sus preguntas.-

Golpeé la mesa con los dedos. -Tengo que ir al motel a tumbarme.- Dije. -Necesito que Tolliver me lleve.

-Tiene las llaves del coche.- Observó el sheriff. -Hollis le llevará cuando termine.-

-No.- Dije. -Necesito a mi hermano.

-No me levante la voz, señorita. Terminará en un minuto.- Pero tenía una mirada de alarma en su redondeada cara.

-Ahora.- Dije. -Le necesito ahora.- Abrí mis ojos al máximo para que el blanco se viera rodeando al iris. Mis manos juntas, apretadas.

-Iré a ver.- Dijo el sheriff, y casi no pudo levantarse suficientemente rápido de su mesa.

En la mayoría de los sitios, me hubieran metido al calabozo o llevado al hospital, pero le había amordazado correctamente. En cuatro minutos, Tolliver entró, moviéndose rápidamente. Como Hollis estaba mirando, se arrodilló ante mí y cogió mis manos. -Estoy aquí, cielo.- Dijo. -No tengas miedo.

Dejé que corrieran lágrimas por mis mejillas. -tengo que irme, Tolliver.- Dije suavemente. -Por favor llévame al motel.- Puse mis manos alrededor de su cuello. Adoro abrazar a Tolliver, es un hombre huesudo, fuerte y cálido. Me gusta escuchar como entra y sale aire de sus pulmones, los latidos de su corazón.

Me levantó de la silla y me llevó hasta la puerta delantera, con un brazo sobre mis hombros. La escasa gente que había fuera de la oficina nos miró con curiosidad mientras salíamos.

Cuando estábamos a salvo dentro del coche, Tolliver dijo -Gracias.-

-¿Te fue mal?- Pregunté, quitando las manos de mi cara y sentándome bien. -El sheriff cree que me he inventado todo, pero la factura del motel pareció convencerle.-

-Hollis Boxleitner siente algo por ti.- Dijo Tolliver. -No puede decidir si quiere acostarse contigo o pegarte, está lleno de ira como un volcán a punto de explotar.-

-Porque asesinaron a su mujer.

-Sí. Te cree, pero eso también le enfada.

-Va a terminar quemándose.- Dije.

-Sí.- Aceptó Tolliver.

-¿Te dijo algo del asesinato de Helen Hopkins?

-Dijo que él la encontró. Que le habían golpeado en la cabeza.

-Con algo de allí, ¿Algo que ya estaba en la casa?

-Un candelabro.

Recordé las velas junto a la Biblia sobre la mesa.

-¿Estaba de pie cuando la golpearon?

-No.- Dijo. -Creo que estaba sentada en el sofá.

-Entonces el asesino estaba de pie delante de ella.

Tolliver pensó en ello. -Eso tiene sentido.- Dijo. -Pero el ayudante no dijo nada.

-Ser sospechosos de asesinato no nos va a ayudar.- Dije.

-No, tenemos que irnos de aquí lo antes posible.- Aparcó delante del motel y fuimos a nuestras habitaciones.

Realmente quería tumbarme cuando llegamos a la habitación, y me alegré cuando Tolliver entró por la puerta que conectaba las habitaciones y encendió mi televisión. Me senté sobre las almohadas y él en la silla, y miramos el canal de concursos. Me dio una paliza en *Jeopardy!* Y yo se la di a él en la Rueda de la Fortuna. Por supuesto, hubiera preferido ganar a *Jeopardy!*, pero Tolliver siempre había sido mejor recordando hechos que yo.

Nuestros padres eran personas inteligentes; antes de que se convirtieran en alcohólicos, drogadictos y abogados en paro. Y antes de que decidieran que el estilo de vida de sus clientes criminales era más atractivo que el suyo propio. Mi madre y el padre de Tolliver se conocieron cuando sus vidas se iban por el desagüe, después haber abandonado a sus parejas precedentes. Mi hermana Cameron y yo habíamos pasado de vivir en una casa de cuatro habitaciones en el este de Memphis a una casa de alquiler con un agujero en el suelo como baño en Texarkana, Arkansas. Esto no había pasado de un golpe; habíamos experimentado varios grados de degradación. Tolliver había caído desde más alto, pero él y su hermano habían caído con su padre también. Fue nuestro compañero desde el agujero de Texarkana. Ahí es donde me golpeó el rayo.

Mi madre y el padre de Tolliver habían tenido dos hijos juntos, Mariella y Gracie. Tolliver y yo les cuidábamos lo mejor que podíamos. Mariella y Gracie no tenían recuerdos de una vida mejor.

¿Qué le había pasado a nuestros otros padres: mi padre y la madre de Tolliver? ¿Por qué no nos salvaron del terrible giro que dio nuestras vidas? Bueno, por aquel entonces, mi padre estaba en la cárcel con una larga lista de crímenes, y la madre de Tolliver había muerto de cáncer – dejando a nuestros otros padres ocupándose de nosotros, arrastrando a sus hijos.

Así que ahí estábamos, Tolliver y yo, en un motel barato en una ciudad turística de Ozarks fuera de temporada, esperando que no nos cargaran el muerto.

Pero por suerte, éramos inteligentes.

Estábamos jugando al Scrabble cuando llamaron a la puerta.

Era mi habitación, así que yo pregunté -¿Quién es?

-Hollis.

Abrí la puerta. Hollis vio a Tolliver detrás de mí y dijo -¿Puedo pasar?

Me encogí de hombros y me hice a un lado. Hollis entró lo justo para dejarme cerrar la puerta detrás de él.

-Vienes a disculparte, supongo.- Dije con la voz más fría que pude encontrar. Era muy fría.

-¡Disculparme! ¿Porqué?- Sonaba genuinamente alterado.

-Por decirle al sheriff que acepté tu dinero. Por implicar que te engañé.

-Cogiste el dinero.

-Lo dejé en el asiento del coche. Me sentía mal por ti.- Estaba tan enfadada que casi escupía; había pasado de fría a caliente en menos de cinco segundos.

-No estaba en el asiento del coche.

-Sí. Lo estaba.

Sacó las llaves de su bolsillo. -Enséñamelo.

-No, búscaló tú mismo, para que no me puedas acusar de ponerlo ahora.

Tolliver y yo seguimos a Hollis al exterior. El cielo estaba gris, y los árboles que rodeaban el motel empezaban a moverse con la brisa. Tenía frío sin el abrigo, pero no iba a regresar a cogerlo. Tolliver me rodeó con sus brazos. Hollis abrió la puerta del copiloto del coche, empezó a rebuscar por los rincones y la unión del asiento, en unos diez segundos encontró el sobre del banco, todavía con el dinero dentro.

Lo miró en su mano, se sonrojó y entonces se quedó blanco. Después de un momento o dos, nos miró. -Le dijiste a Harvey la verdad.- Dijo. -Lo siento.

-Ya está.- Dije. -¿Ya está todo claro?

Asintió.

-Entonces, vale- Dije. Me giré y fui hacia mi habitación. Tolliver se quedó afuera un rato. Entonces entró también.

Terminamos nuestro juego de Scrabble. Yo gané.

Condujimos unos cinco kilómetros para ir a cenar. Tolliver no parecía querer volver a cenar en el motel, y no le dije nada sobre la camarera. Tomamos filete de carne, puré de patata y judías verdes – y estaba bastante sabroso. El ambiente era familiar: mesas de madera, suelo de cerámica, dos cansadas camareras y un hombre detrás de la barra, el manager. El té helado también estaba bueno.

-Sabes alguien nos ha seguido hasta aquí.- Dijo Tolliver, mientras la camarera se llevó nuestros platos y se fue hacia la cocina. Sacó su cartera para pagar la cuenta.

-Una chica.-Dije. -Con un Honda.

-Sí. Supongo que también será ayudante del sheriff. Parece muy joven. O quizás solo la han contratado para esto.

-Seguramente estará ahí fuera sentada en el frío Honda.-

-Bueno, ese es su trabajo.

Pagamos, dejamos propina y nos fuimos. La amenazadora lluvia estaba finalmente sobre nosotros, y Tolliver y yo fuimos corriendo hacia el coche. Lo abrió con el mando a distancia mientras salíamos del restaurante, y me metí dentro lo más rápidamente que pude. Odio mojarme. Odio las tormentas. No hablo por teléfono cuando llueve mucho.

Al menos esta vez no había truenos.

-No lo entiendo.- Había dicho Tolliver una vez, molesto por no poder llamarme cuando estaba alejado de mí. -¿Por qué? Lo peor ya ha pasado. Ya te ha golpeado un rayo. ¿Cuáles son las probabilidades de que suceda de nuevo?

-¿Cuáles son las probabilidades de que suceda una vez?- respondía yo, aunque el verdadero motivo no era lo que suponía.

Condujimos lentamente, y el Honda rojo no siguió otra vez. La carretera que iba a Sarne era estrecha y estaba rodeada por terreno inclinado, y estaba la posibilidad de que se cruzara un ciervo en la carretera.

Cuando llegamos al motel, habíamos hablado ya si debíamos parar y dejar que la desconocida chica viera donde estábamos durmiendo (cosa que ya sabía si era policía= o seguir conduciendo hasta que se cansara de seguirnos. Ir a la comisaría, acordamos, era tonto. Después de todo, no nos había amenazado ni había hecho nada más que ir detrás de nosotros.

Fue mi vejiga la que decidió lo que íbamos a hacer. Aparcamos, corrí hacia mi habitación, y cuando salí fuera, Tolliver me informó. -Está tratando de hacerse a la idea de acercarse y llamar a la puerta- Estaba escondido detrás de las cortinas, y no había encendido una sola luz en la habitación.

Me uní a él, era como ver obra de teatro. El coche de la chica estaba iluminado por las luces del aparcamiento, y se la veía bien; quiero decir, podría reconocerla en una ronda policial, aunque no podía ver del todo sus facciones. Tenía el pelo corto y marrón que parecía un corte de pelo de chico pero algo más largo, le quedaba bien, ya que era pequeña. Quizás tenía diecisiete, o menos, aunque tenía un prominente labio inferior. Llevaba suficiente maquillaje en los ojos como tres mujeres normales juntas. Su pequeña cara tenía el típico aspecto de una adolescente de mala casa – desafiante, vulnerable, todo cautela.

Cameron había puesto esa cara demasiado a menudo.

-¿Cuánto estás dispuesto a apostar? Creo que desistirá y se marchará. Somos demasiado aterradores para ella- Tolliver puso una mano sobre mi hombro y lo estrujó.

-Nah. entrará- Dije segura. -Te quitaría el dinero con facilidad. ¿Ves? Está moviéndose.

La lluvia empezó a caer de nuevo mientras la chica pensaba qué hacer. Salió del coche y se acercó hasta la muerta. Llamó dos veces.

Tolliver encendió la lámpara que había junto a la cama mientras yo respondía a su llamada.

Me miró. -¿Es usted la mujer que encuentra cuerpos?

-Sabes quién soy, por eso nos has estado siguiendo. Soy Harper Connelly. Pasa- Retrocedí, y mirándome de forma sospechosa, entró en la habitación. Miró a su alrededor con cuidado. Tolliver estaba sentado en una silla tratando de parecer inofensivo. -Este es mi hermano Tolliver Lang- Dije. -Viaja conmigo. ¿Quieres una coca-cola light?

-Claro- Dijo, como si rechazar una bebida light fuera impensable. Tolliver sacó una del frigorífico y se la entregó. La cogió extendiendo el brazo lo máximo posible, para alejarse de él. Empujé la otra silla para decirle que podía sentarse en ella, y yo me puse sobre el borde de la cama.

-¿Puedo ayudarte?- Pregunté.

-Puede decirme lo que le pasó a mi hermano. No digo que lo que usted haga esté bien, o que sea moralmente defendible- Me miró fijamente. -Pero quiero saber lo que piensa-

Pensaba que había tenido un buen profesor de educación cívica.

-Vale- Dije lentamente. -¿Quizás primero me puedas decir dónde está tu hermano?-

Se sonrojó. Estaba acostumbrada a no ser un pez pequeño en una pecera. -Soy Nell- Dijo, remarcando las palabras. -Mary Nell Teague. Dell era mi hermano-

-No puedes ser mucho más joven que él.

-Nos llevábamos meses.

Tolliver y yo nos miramos mutuamente. Esta chica no solo era menor, pero la hermana de una víctima de asesinato. Y yo estaba dispuesta a jurar que nunca había salido de Sarne más de dos semanas de vacaciones.

-Moralmente defendible- Repitió Tolliver, tan impresionado por la frase como yo. Pasó las palabras por su lengua, como si las estuviera probando.

-Quiero decir, ¿Está mal, verdad? Decirle a la gente lo que le pasó a los muertos. Sin ofender, pero podría estar inventándose todo, ¿Verdad?

Sin ofender, y un cuerno. Estaba harta de la gente diciéndome que yo era el demonio. -Escucha, Nell- Dije, tratando de mantener mi voz bajo control. -Puedo vivir como mejor me parezca. Que asumas que no soy honrada me ofende. No podía no serlo.

Quizás no estaba acostumbrada a que se tomaran sus palabras en serio. -Um, vale, está bien- Murmuró, claramente abatida. -¿pero escuche, me lo puede decir? ¿Lo que le dijo a mi madre?-

-Eres menor. No quiero meterme en problemas- Dije.

Tolliver me miró como si lo estuviera pensando.

-Escucha, quizás sea una niña, vale, pero era mi hermano. ¡Y debería saber lo que le pasó a mi hermano!- Había verdadera angustia en sus palabras.

Asentimos mutuamente.

-No creo que se suicidara- Dije.

-Lo sabía- Dijo ella. -Lo sabía.

Para alguien que estaba segura de que yo era un fraude, se tomaba mis palabras muy en serio.

-Así que, si no se suicidó- Dijo, hablando cada vez más rápido, -Entonces no mató a Teenie, y si no mató a Teenie, entonces no...- Se detuvo con una expresión casi cómica de pánico, sus ojos abiertos y su boca abierta con una palabra crucial enganchada dentro, fuera la que fuera.

Un golpe en la puerta nos sorprendió a Tolliver y a mí; habíamos estado mirando a Nell como si pudiéramos sacar la palabra final de su frase.

-Perfecto- Dije después de mirar por la puerta. -Es Sybil Teague, Tolliver.

-*Oh dios mío*- Dijo nuestra visitante, quién de pronto parecía mucho más joven.

Juré en todos los idiomas que conocía silenciosamente, deseando que Sybil hubiera llegado cinco minutos antes. Pensaba que podíamos sacar a Nell por la habitación contigua, pero seguramente nos pillarían. Después de todo, no habíamos hecho nada malo. Abrí la puerta, y Sybil entró como una diosa del desastre.

-¿Está mi hija aquí?- Pidió, aunque no estábamos haciendo nada para esconder a Nell, quién estaba sentada a plena vista. Era como si hubiera planeado el momento con antelación.

-Justo ahí- Dijo Tolliver amablemente, con algo de sarcasmo en su voz. Sybil se sonrojó, su color natural saliendo bajo el rosado maquillaje.

Sybil vio a Nell sentada en la silla, tranquila bebiendo su coca-cola, y pareció desinflarse. -¿Dónde has estado, jovencita?- Preguntó, concentrándose al instante. -Te esperaba en casa hace dos horas.

Por suerte para nosotros, Nell decidió decir la verdad. -Les seguí. Fueron a cenar al Flo y Jo- Le dijo la adolescente a su madre. -Se tomaron su tiempo. Luego les seguí hasta aquí, y pregunté si podía pasar dentro.

-¿Condujiste bajo la lluvia desde ese lugar, con las carreteras deslizantes, en la oscuridad?- la cara de Sybil Teague palideció todavía más. -Me alegro de no haberlo sabido-

-Mamá, he conducido con lluvia muchas veces.

-Oh, sí, en los dos años que llevas conduciendo. No tienes suficiente experiencia para...- Sybil respiró profundamente para tratar de relajarse. -Está bien, Nell, sé que querías hablar de lo que le pasó a tu hermano. Dios lo sabe, yo también. Y pensaba que esta mujer me daría la respuesta. Y ahora tengo todavía más preguntas que antes.

-Esta mujer- Parecía tener ganas de levantar las manos exasperada. A -esta mujer- no le gustaba que hablaran como si ella no estuviera delante.

Paul Edwards apareció en la puerta detrás de Sybil. Su pelo estaba oscuro por la lluvia. Puso una mano sobre el hombro de Sybil, pensé en hacerla entrar más en la habitación para que él también pudiera resguardarse del clima. También pensé que estaría bien que cerraran la puerta, ya que el viento entraba. Sybil avanzó, pero la mano de él se quedó en su hombro.

Por primera vez, pensé que quizás había algo más que una relación cliente-abogado entre esos dos. No soy tan aguda con los vivos como con los muertos.

La cara de Nell se ensombreció cuando vio a Paul Edwards. Toda la juventud desapareció de su boca y ojos, y pareció como una puta con mucho maquillaje y ropa ajustada, en vez de una chica buscando su personalidad.

-Hola, Señorita Connelly, Sr. Lang- Dijo Edwards. Se centró en Nell. -Me alegro de haberte encontrado, señorita.

Me preguntaba si Edwards tenía relación con la muerte del marido de Sybil Teague. Sus orejas tenían la misma forma que las de Nell, por lo demás se parecía mucho a su madre.

-Cierto- Nell dijo, su voz era inexpresiva. -Gracias por venir a buscarme, Sr. Edwards- Se podría haber cortado el sarcasmo con una moto sierra.

-Tu madre no necesita más cosas de las que preocuparse- Dijo, con tanga amabilidad en su voz que quise patearle. No tenía dudas de que Sybil había sufrido mucho por la pérdida de su hijo, pero estaba segura de que la hermana pequeña de Dell también le echaba de menos. Si algo le pasara a Tolliver, yo... no me puedo imaginar lo que haría.

Me hubiera gustado más ver la -causa de la muerte- de un cementerio entero que estar en esta habitación ahora mismo.

-Adiós- Dije, haciéndoles un gesto a los invitados hacia la puerta. Estaba segura de que ninguna anfitriona les indicaba a los invitados la salida, pero esta era mi habitación, y podía hacer lo que me diera la gana. Todo el mundo pareció asombrado excepto Tolliver, quién sonrió, ligeramente. Sonreí también, y como costumbre todos lo hicieron también, aunque algo inseguros.

-Sí, por supuesto. Seguro que está cansada- Sybil dijo. Como una señora de nivel, estaba dándome motivos para mi descortesía.

Abrí la boca para negarlo, pero Tolliver me interrumpió. -Hemos tenido un día muy largo- Dijo sonriendo. Mary Nell Teague le miró de pronto con más interés. Cuando Tolliver sonrío, es tan inesperado que te alegra.

En un minuto, la madre y la hija y el abogado estaban al otro lado de la puerta, que es justo donde les quería.

-Harper- Tolliver dijo, a modo de reprimenda.

-Lo sé, lo sé- Dije, sin remordimientos. -¿Cuál crees que es el verdadero motivo por el que ella vino?

-Estoy tratando de averiguarlo. Espera un minuto, ¿A qué *ella* te refieres?-

-Hablo de la madre.

-Dios. Yo también. ¿Crees que ha venido para ver qué le decíamos a Nell? ¿O para evitar que le dijéramos nada a Nell?

Quizás se preguntaba por qué Nell estaba tan determinada a hablar con nosotros. ¿Crees que quizás sepa algo sobre la muerte de su hermano?

-Nos estamos metiendo demasiado en esto. Tenemos que irnos de Sarne.

-Estoy de acuerdo. Pero no creo que el sheriff nos deje ir- Me tumbé al borde de la cama, tratando de mirarme en el espejo que había al lado contrario después de un rápido vistazo. Me veía pálida y incluso algo demacrada. Parecía una mujer que necesitaba una gran taza de chocolate caliente y unas diez horas de sueño.

Podría hacer algo sobre eso. Siempre llevaba chocolate en polvo encima, y había una pequeña cafetera en la habitación. Después de asegurarme de que Tolliver no quería, tuve una caliente taza en la mano. Me incliné sobre el cabecero de la cama, con almohadas en la espalda, y miré a Tolliver, quién se había deslizado sobre la silla para tener las piernas totalmente estiradas. -¿Cuál es nuestra siguiente cita?- Pregunté.

-Memphis, en una semana- Dijo. -Estudios Ocultos en una universidad.

-¿Una conferencia?- Traté de no actuar tan afligida como me sentía. Odiaba regresar a Memphis, donde había pasado la única parte sencilla de mi vida que podía recordar.

-Leer en un cementerio pequeño. Creo que saben la causa de muerte de casi todos los de él- Causa de la muerte. -Es un test. Pude escuchar como los profesores hablaban de cómo dejarte en evidencia, por teléfono. Malditos condescendientes. ¿Se va a sorprender o qué?

-Imbécil- Dije con desprecio. -¿Nos van a pagar?

-Una cantidad nominal. Pero deberíamos hacerlo, porque creo que el boca-a-boca será fantástico, y es una universidad privada, algunos de los padres tienen mucho dinero. Además, tenemos una cita en Millington al día siguiente, que está muy cerca-

Tolliver apañaba muy bien las cosas. -Gracias, hermano- Dije, y lo decía de corazón.

Me agitó una mano con desdén. - Hey, ¿Qué más podría hacer?- Preguntó. -¿Recoger carritos en un supermercado? ¿Trabajando en una obra con una carretilla?-

-Casado con un par de hijos en un rancho de tres habitaciones, estable y feliz- Casi se me escapó; pero entonces me comí las palabras.

Algunas cosas dan miedo decirlas en voz alta.

Capítulo 5



No teníamos nada que hacer al día siguiente, que otra vez amaneció grisácea y mustia. Salí a correr después de levantarme, vio como Tolliver corría en dirección opuesta cuando casi había llegado al motel. Después de darme una ducha, y de que él hubiera regresado, comimos en un lugar diferente.

A media mañana, estaba tan aburrida que le dije a Tolliver que me llevara al viejo cementerio, el que había sentido la mañana que encontré a Teenie. Lo encontré con mi otro sentido, en vez de preguntar la dirección. Este cementerio tenía tumbas de hace ciento cincuenta años – bien conservado, al menos en términos Americanos. La presencia de tantas viejas muertes produce un constante y tenue murmullo, casi relajante; como ruido de tambores en la distancia. Aunque el suelo estaba bien cuidado, la sección que miramos que era la más vieja tenía las lápidas algo oscurecidas. Esas piedras pertenecían a las familias que habían muerto; no había descendientes vivos para cuidarlas. Me divertí yendo de tumba en tumba, acercándome para ver qué información me proporcionaba cada montón de huesos. Los vistazos que obtenía de las caras eran frecuentemente borrosos u oscuros, como si los muertos hubieran olvidado quienes eran. De vez en cuando veía rasgos claros, escuchaba un nombre, veía un poco más de la muerte del pasado.

-En el parto- Le dije a Tolliver, que estaba sentado con medio cuerpo fuera del coche mientras hacía un crucigrama.

-Otro más- Dijo, sin levantar casi los ojos de la página. Era el tercero que veía.

-Es algo aterrador- Pasé a la siguiente tumba. Como esto era solo para pasar el tiempo así y mantenerme en forma, me había dejado las zapatillas puestas. Era un día fresco y no quería resfriarme, ya que solo estaba tonteando. -Sabes, Tolliver, los hombres no solían morir de ataque al corazón-

-¿Ah no?

-Eso es lo que escuché en las noticias el otro día. ¡Oh! Este tipo fue aplastado por un árbol que estaba cortando él mismo.

Tolliver no se molestó en levantar la mirada. -Um- Dijo, así que supuse que no estaba escuchando. Me moví hacia la derecha. -Ataque de asma- Murmuré. -Sangre

envenenada por un corte con un cuchillo, Fiebre escarlata, Viruela, Resfriado, Neumonía-Sacudí mi cabeza. Tantas cosas de esas podían ser curadas, o al menos controladas, ahora. No podía entender a la gente que le gustaba los tiempos pasados. No pensaban en la falta de antibióticos, eso seguro.

La siguiente tumba era una de las más antiguas. La lápida estaba rota en dos, y alguien había tratado de pegarla. No podía leer el nombre.

-Hey, herida de bala- Le dije a Tolliver.

-Ese es el teniente Pleasant Early- Dijo Hollis Boxleitner, a unos metros detrás de mí.
-Le dispararon durante la guerra Civil.

Si hubiera habido una tumba abierta, hubiera saltado dentro. Tolliver miró hacia arriba y dejó la revista. -¿De dónde sale?- Preguntó, en un tono no muy amistoso.

-Estaba quitando la maleza de la tumba de mi bisabuela- Hollis señaló con la cabeza hacia la parte norte del cementerio; obviamente, había un cubo lleno de malas hierbas y una pala junto a la tumba.

-Durante la investigación de un crimen ¿Tiene tiempo para esto?- La voz de Tolliver era más afilada de lo necesario.

-Me relaja- La amplia cara de Hollis se mantuvo tranquila. -Y ha venido la policía estatal-

Una ráfaga de viento movió las hojas secas sobre las tumbas. Mientras cruzaban el cementerio, emitieron un siseo. Me gustaba.

-Entonces... ¿Esto es una diversión para usted?- Preguntó Hollis, señalando las tumbas de alrededor.

-Sí. Para mantenerme en forma- La gente siempre espera que me avergüence de lo que hago. ¿Por qué?

-¿Ha ido a algún cementerio realmente viejo? ¿Cómo en Inglaterra por ejemplo?-

Incliné mi cabeza. -No muy a menudo. Hay enterramientos indios, por supuesto, y a veces alguno más antiguo. Esos suelen ser interesantes. Y una vez fuimos a uno de los primeros de América. En Massachusetts.

-¿Era igual? ¿El tiempo que ha pasado desde la muerte importa?.

Me gustó la pregunta. No mucha gente quiere saber algo sobre lo que hago. -Sí, importa- Dije. -Obtengo imágenes más débiles, algo menos exactas. Algún día me gustaría ir a la abadía de Westminster y a Stonehenge- Mucha gente vieja muerta ahí, seguro.

-¿Cree que podría obtener más información si regresara a la casa de Helen Hopkins?- el policía había aparecido de nuevo, terminando nuestra conversación.

-No- Dije. -Tendría que estar con el cuerpo- No quería pasar por eso, para nada. Era muy desagradable, ver la muerte de alguien que conoces.

-La policía estatal se ocuparán de la investigación- Dijo Hollis, después de haber recuperado su cubo de malas hierbas. -Ahora solo respondo al teléfono durante mi turno. Han puesto una línea directa.

Me llevó un segundo darme cuenta de que le habían excluido de la investigación.

-Eso apesta- Dije. Había conocido suficientes policías como para saber que a los mejores les gustaba estar al mando. Los mejores tienen esa confianza.

Se encogió de hombros. -En cierta forma. Solo soy medio-policía, es cierto.

-Era tu nuera.

-Sí- Dijo pesadamente. -La están esperando.

Por un segundo, como estaba sobre una tumba, estaba segura de que hablaba de los muertos; y ya sabía que esa así. Después me di cuenta de que lo que quería decir era mucho más simple. El abogado, Paul Edwards, y un hombre uniformado que nunca había visto, estaban junto al coche hablando con Tolliver. Me alegré de haberme dejado puestos los zapatos. Respiré y fui hacia los hombres.

-Buena suerte- Dijo Hollis, y asentí. Sabía que estaba mirando, y que lo vería.

Pasamos un rato terrible en la comisaría. La policía estatal pensaba que yo era una aprovechada. Me anticipé a su actitud mientras íbamos hacia el centro de la ciudad, pero me cansé. Las caras de hombre se sucedieron lentamente. Delgado, gordo, blanco, negro, inteligente, tonto; todos tenían una opinión de mí y ninguno trató de esconderla. Supongo que pensaban que Tolliver era el que permitía que le sacara el dinero a la gente.

No me gusta que me traten como a una embustera, y estoy segura de que a Tolliver tampoco. Me meto dentro de mí misma, y no dejo que me afecten. Tolliver también intenta hacer eso, pero con menos éxito. Se enfada mucho cuando la gente apela a nuestra honradez.

-Hemos revisado sus archivos- Dijo un hombre delgado con una cara fría y ojos pequeños. La sala de interrogatorios era pequeña y estaba pintada de color beige. Habían llevado a Tolliver a la habitación de al lado.

Respiré, dentro, fuera, miré la pared que había detrás.

-usted y su 'hermano' han sido interrogados muchas veces- Dijo. En su chapa ponía que se llamaba Green. Esperó para asegurarse de que me había dado cuenta de las comillas en la palabra hermano.

Como no tenía nada que responder, esperé también.

-Nadie les ha puesto nunca entre rejas- Dijo.

Ese era otro hecho irrefutable, así que esperé algo más.

-Por supuesto, deberían haberlo hecho.

Opinión. Eso no necesitaba respuesta, mis padres no habían sido abogados por nada.

-Sabe lo que dicen los de por aquí- Dijo Green. -¿De la gente que va a las reuniones familiares para buscar una cita?

Green era de otro lugar, supuse. Me deslicé sobre la silla de plástico.

-Supongo que usted y su hermano son así- Dijo, con la sonrisa más desagradable que pudo encontrar.

Otra opinión, y una que sabía que estaba basada en información incorrecta.

-No es realmente su hermano, ¿Verdad?

-Hermanastro- Dije.

Se sorprendió. -Pero le presenta como su hermano.

-Así es más fácil- Dije. Cruzando mis piernas de otra forma, para cambiar un poco. Estaba lista para comer. Tolliver y yo iríamos a un restaurante, o cogeríamos algo del supermercado y prepararíamos algo en el microondas que llevamos en el coche en la habitación del motel. Habíamos hablado de comprar una pequeña casa fuera de Dallas. Podríamos tener un microondas más grande allí, o quizás podría aprender a cocinar. Me gustaba limpiar; es decir, no me gustaba el proceso exactamente, pero me gustaba el resultado. Quizás podría suscribirme a una revista, algo que nunca había hecho. Quizás *National Geographic*. El mes de Diciembre después de mudarnos, prepararíamos un árbol de navidad. No habíamos tenido un árbol la navidad desde hace diez años.

-¿... escuchando algo de lo que digo?- la cara del sabueso Green estaba llena de ira.

-No, no lo he hecho, estoy lista para irme, sabe que no maté a esa pobre mujer, sabe que tampoco fue Tolliver, no hay motivos para que quiera escuchar lo que me cuenta. Simplemente no le gusto, pero no puede arrestarme por eso-

-Se aprovecha del dolor de otros.

-¿Cómo?

Me miró. -Están de luto, quieren pasar página, y usted y su hermano aparecen como cuervos sobre los restos.

-No es así- Dije bruscamente, ahí estaba sobre terreno seguro. -Encuentro el cuerpo, entonces pueden pasar página, son más felices- Me puse de pie, sintiendo que mis piernas me hormigueaban al haber pasado tanto rato en la misma silla. -Nos quedaremos en la ciudad el tiempo que quieran. Pero no le hicimos daño a Helen Hopkins y lo sabe-

Se levantó también, tratando de buscar algo que decir para detenerme, culparme de algún crimen. Pero no había nada, y tuvo que ver cómo me iba. Llamé a la puerta de la habitación de al lado. -Tolliver- Dije. -Vámonos.

Después de una pausa, Tolliver abrió la puerta y salió fuera. Le miré, y vi que sus ojos estaban llenos de ira. Puse amablemente una mano sobre su mejilla, y cuando pasó un momento, se relajó un poco. Juntos, salimos de la comisaría de Sarne y fuimos hacia el coche. La hierba que rodeaba el edificio estaba empezando a ponerse marrón, y las hojas de los robles caían sobre él.

Siguiendo el camino de una hoja, mis ojos se toparon con Mary Nell Teague. Estaba esperándonos, con cara ansiosa. No, estaba esperando a Tolliver. Yo era claramente una sombra a su lado. Había aparcado su pequeño coche junto al nuestro, cosa que debió de ser difícil. Era sábado y había mucha gente en la ciudad.

Un grupo de adolescentes rodeaban el monumento a la guerra. Podrían haber sido adolescentes de cualquier lado de Estados Unidos – vaqueros, camisetas, deportivas. Quizás sus cortes de pelo no eran la última moda, pero eso no le importaba a nadie aquí. Les hubiera dedicado un segundo vistazo si no me hubiera dado cuenta de que nos estaban mirando. No parecían muy amigables. El más alto miraba a Nell y a Tolliver.

-Hmm - Dije, asegurándome de que Tolliver los había visto.

-Los psíquicos son basura- Dijo el chico más alto, suficientemente alto para que lo escucháramos. Por supuesto, esa era su intención. Probablemente estaba en el equipo de fútbol, probablemente era el representante de la clase. Era el macho alfa. Guapo y

fuerte, llevaba deportivas que seguro eran más caras que mi conjunto entero. -El demonio está dentro de la gente que dicen hablar con los muertos- Dijo todavía más alto. Mary Nell estaba quizás demasiado lejos para escucharle, pero estaba mirando a los chicos y a nosotros, y parecía, a su vez, indignada, aterrada y excitada. Pensé que teníamos un pequeño triángulo amoroso entre manos: macho alfa, Mary Nell y Tolliver. Solo que Tolliver no lo sabía.

Me ponía más ansiosa por momentos. Los chicos se nos acercaban. Tolliver había sacado las llaves de su bolsillo y había apretado el botón para abrir las puertas.

Mary Nell, moviéndose rápidamente nos alcanzó justo antes que los chicos. -¡Hey, Tolliver!- dijo alegremente, abrazándole. -Oh... hola, Harper- Traté de no sonreír ante mi evidente inferioridad. Era fácil no sonreír cuando veía que no había forma humana de evitar una confrontación con los chicos. El macho alfa puso sus manos sobre los hombros de Nell, parándola en seco, y a nosotros.

-No deberías estar con esta gente- Le dijo a Mary Nell. Podía notar por su tono de voz que la conocía desde hace tiempo, y que probablemente le interesaba.

El macho alfa la conocía desde hace mucho, pero no bien. La cara de ella se llenó de rabia. La había avergonzado delante de su nueva fijación, un exótico hombre más mayor de fuera. -Scotty, no tienes poder sobre mí- Dijo ella. -Tolliver, vamos al Sonic a tomar algo.

Tolliver estaba entre la espada y la pared, y esperé a ver cómo salía de esa. Mientras se lo pensaba, miré las caras de los demás chicos, tratando de captar sus miradas y sonreír, la típica sonrisa de presentadora de televisión. Solo dos de ellos asintieron hacia mí; el resto o me ignoraron o me gruñeron. Esto no era bueno.

-Mary Nell, me gustaría, pero Harper y yo tenemos que volver al motel para hacer unas llamadas- Dijo Tolliver. Podía ver como buscaba algo que decir que al mismo tiempo mantuviera su orgullo, le sacara del apuro y apaciguara a los chicos que nos miraban. No había nada que pudiera servir para las tres cosas.

-Quizás a Mary Nell le gustaría cenar hoy con nosotros- Dije a mi pesar. No era que tratara de mostrarle mi piedad a la chica; si se enfadaba con nosotros, su ira le daría permiso a los chicos para atacar.

Vi el conflicto pasar por la cara de Mary Nell; era yo quién había preguntado, lo que le restaba valor a la invitación, pero más o menos le salvaba la cara. -Eso estaría genial- Dijo, mirándome. -Os veré a las seis en la taberna Ozarks Valley-

No sabía dónde estaba eso, pero dije -Nos vemos luego- Y Nell se fue andando rápidamente hacia su coche, con la cabeza alta. Igual de rápido, Tolliver y yo nos

metimos al coche y nos alejamos, parando en el siguiente semáforo para abrocharnos los cinturones de seguridad.

Tolliver parecía furioso y avergonzado. -Qué lástima que no quieras estar en una banda de chicos- Dije, después de un minuto de ir en silencio. -Obviamente tienes el carisma-

-¡Oh, cállate!- Dijo. -¿Y tú? ¿Vas a ser una de las chicas de un agente de la ley?-

-Bueno, al menos Hollis es mayor de edad...- Empecé, pero no pude evitar sonreír.

Tolliver consiguió curvar ligeramente los labios. -¿Dónde está la taberna Ozark Valley?- Dijo.

-Ni idea, pero será mejor que la encontremos antes de las seis. Dios, me duele la cabeza. Espero que no sea tan malo que tenga que saltarme la cena-

-Hazlo y morirás.

Cogimos unas ensaladas para comer, y las llevamos al motel. El teléfono sonó justo cuando nos preparábamos para leer. Estábamos en mi habitación, así que respondí yo.

-Soy Hollis. ¿Quiere venir a cenar conmigo esta noche?

¿Podríamos tener una doble cita con Mary Nell y Tolliver? ¿No sería divertido? Me mordí el labio para evitar sugerirlo. -Ya tengo planes- Dije dudando, sabiendo que debería negarme en rotundo, pero estaba tentada.

-¿Algo para beber después?

-Sí- Dije cautelosa, después de haberlo pensado.

-La recogeré en el motel. ¿A las ocho?

-Vale, nos vemos.

-Está bien. Adiós.

Yo también dije adiós y colgué. Tolliver me estaba mirando sarcásticamente. -Deja que lo adivine, el poli.

Asentí. -Hemos quedado para tomar algo a las ocho, así que tendremos que acortar un poco tu cita romántica con Mary Nell. Estoy segura de que no quieres estar a solas con ella-

-Si hubiera algún lugar aquí en el que se tarde más de dos horas para comer, me sorprendería mucho- Dijo Tolliver, secamente.

Asentí, y abrí el libro de nuevo. Pero durante unos pocos minutos, leí la misma página una y otra vez.

Cuando pasamos por la recepción del motel para preguntar la dirección de la taberna Ozarks Valley, nos dimos cuenta de que el viejo hombre que lo manejaba no estaba muy contento de ayudarnos. Aprendimos que su nombre era Vernon, y que tenía la descastada y arrugada cara de un basset. Vernon había sido amable hasta ahora, aunque no le habíamos visto mucho. Pero esta noche estaba distante, con mirada de reproche. -¿Van a mudarse allí?- Preguntó, casi deseoso.

-No- Dije, sorprendida. -Solo vamos a cenar con alguien allí.

-Porque quería decírselo, voy a necesitar esas habitaciones pronto. Espero que no penséis quedaros mucho tiempo.

-Seguro que tiene mucho trabajo por aquí- Dije, quizás algo fríamente. -y no nos quedaremos más de lo necesario.

-Me alegra saberlo.

-Supongo que nadie nos dirá que hagamos de jurado para la fiesta del pueblo- Le dije a Tolliver cuando entramos al coche.

Sonrió, pero era una sonrisa pequeña. -Cuanto antes nos marchemos de Sarne, mejor.

Mary Nell llegó siete minutos después que nosotros a la taberna, que estaba al sur del pueblo. Su cara estaba sonrojada y llevaba el teléfono en la mano. Estaba segura de que le había mentado a su madre sobre su paradero y sobre con quién iba a estar. Casi odié a esa chica en ese momento, por los problemas que nos podría causar.

-Siento llegar tarde- Dijo Mary Nell, mientras cogía una silla. -Tenía cosas que hacer en casa. Mi madre es una paranoica.

-Ha perdido a tu hermano- Dije. -Seguro que eso la hace más protectora- Pensé que ni siquiera una adolescente egocéntrica no podría no haber notado eso.

La chica se sonrojó más. -Claro- Dijo tensa. -Es que, no parece saber qué edad tengo- Se había vestido con cuidado, con unos vaqueros nuevos y una camiseta verde. Llevaba una chaqueta y botas.

-Eso pasa con las madres- Dije. Mi propia madre se había olvidado de mi edad, después de que empezara con las drogas y el alcohol. Había decidid que era mucho más mayor y que necesitaba un novio. Había escogido a un amigo suyo que estaba dispuesto a darle muestras gratis si él era mi primera -cita- Tolliver se había marchado a clase por entonces, y tuve que pasar el día entero encerrada en mi habitación. Sabía

que en algún momento se irían a dormir y que podría salir de la casa, pero tenía hambre y sed y no tenía acceso a un baño. Después de eso, siempre tuve una botella de agua, galletas y una cacerola en mi habitación.

-¿Has vivido en Sarne toda tu vida?- Tolliver le preguntó a Mary Nell.

Se sonrojó cuando le habló directamente a ella. -Sí- Dijo. -Los padres de mis padres también nacieron aquí. Papá murió poco antes que Dell- Me sorprendió. Cuando Edwards me dijo que Sybil era viuda desde hace poco, no me había dado cuenta de lo reciente que era eso. -Dell, echaba de menos a papá... Era más cercano a él que yo- Sonaba algo resentida.

-Quiero hacerte una pregunta, Mary Nell- Dije. -No quiero que te entristezcas más de lo necesario, pero cuando viniste a hablar con nosotros la otra noche, dejaste a medias la última frase. Dijiste algo como 'Sabía que él no podía matar a Teenie y...' y entonces te callaste. ¿Qué ibas a decir?-

Mary Nell me miró. Se podía ver que tenía un conflicto de sentimientos. -Por favor, dínoslo, Nell- Dijo Tolliver, y ella se derrumbó cuando le miró con sus ojos marrones. La había llamado de forma especial.

-Vale- Dijo, acercándose para contarnos su gran secreto. -Dell me dijo, la semana antes de que él y Teenie... la semana antes de morir, que Teenie iba a tener un hijo- Su excesivo maquillaje la hacía parecer un mapache. La chica estaba claramente asombrada de que su hermano hubiera tenido sexo con su novia, y consideraba que el embarazo era un secreto de estado.

-¿Nadie lo sabía?

-No se lo dijo a mi madre. Le hubiera matado- Entonces, al darse cuenta de lo que había dicho, Mary Nell se puso tan roja como un ladrillo, y las lágrimas llenaron sus ojos.

-Está bien- Dije. -Sabemos que tu madre no haría eso.

-Bueno, a mamá nunca le ha gustado la madre de Teenie demasiado. No sé porqué. La Sra. Helen solía trabajar para nosotros hace unos años, y pensé que era una buena mujer. Siempre cantando-

Podía notar que se acababa de acordar de que habían asesinado también a Helen Hopkins. Había una expresión en su cara, una mirada perdida, como si se estuviera ahogando.

-Si yo matara a todos los que no me caen bien, les arrancarías el pelo.

Mary Nell se rió y se tapó la boca con su pequeña mano.

Después de este tiempo, ¿La autopsia podría determinar que Teenie estaba embarazada?

-¿No se lo dijo a nadie más?- Pregunté.

-Nadie excepto yo lo sabía- Dijo Mary Nell orgullosa.

Mary Nell estaba segura de que su hermano no se lo había contado a nadie, ¿Pero y Teenie? ¿Se lo había dicho a alguien? ¿Quizás a su madre?

Su madre, que... er, deja que piense... estaba muerta.

Capítulo 6



Después de que Tolliver y yo nos miráramos, miramos a la sujeto rápidamente. La cara triste y llena de lágrimas de Mary Nell ya había llamado la atención de la clientela. Sus colores desaparecieron y su cara se iluminó cuando hablamos de temas más alegres. Tolliver averiguó que Nell quería ir a la universidad de Arkansas el año que viene, que quería ser una fisioterapeuta para ayudar a la gente, que era animadora y que no le gustaba el álgebra. Su lema de animadoras estaba muy bien.

Me dejé llevar por mis pensamientos. Mary Nell no parecía muy diferente de las otras chicas que había conocido en la escuela, las chicas con padres sobrios, las chicas que tenían dinero suficiente como para no preocuparse de quedarse sin casa. Era alegre pero no inteligente, virginal pero no una santa. La pérdida de su hermano la había dejado a la deriva, buscando una nueva identidad cuando la vieja había sido destrozada. Podía ver que el conocimiento del secreto de Teenie la había molestado mucho, hasta que el shock había sido reemplazado por el trauma de la muerte de Dell. Claramente, compartir el secreto de su hermano le había aliviado la tensión que tenía dentro. No parecía importarle compartirlo con extraños.

La chica estaba fascinada con Tolliver. Ya que ella era popular, hermosa y una adolescente, Mary Nell estaba segura de que Tolliver también la encontraría fascinante. Observé como Mary Nell luchaba para mantener a flote la conversación, tratando de hacer que mi hermano notara que ella era una mujer. Mary Nell empezó a contar anécdotas sobre su tutor, notó que era un tema infantil, e hizo un gran esfuerzo para buscar un tema de conversación que le agradaba a un hombre mayor.

-¿Fuiste a la universidad?- Le preguntó a Tolliver.

-Fui dos años- Dijo. -Después trabajé un tiempo. Después de eso, Harper y yo empezamos a viajar.

-¿Cómo es que no tenéis un trabajo normal y os establecéis en alguna parte?- Como hace la gente de verdad.

Tolliver me miró. Yo le miré. -Buena pregunta- Dijo él. Le miré interrogativa, dispuesta a no responder, o me había respondido a mí.

-Harper ayuda a la gente- Dijo. -Es única.

-Pero le pagan- Dijo Nell, indignada.

-Claro- Dijo Tolliver. -¿Porqué no deberían hacerlo? Cuando seas fisioterapeuta te pagarán-

Mary Nell ignoró eso.

-Y puede hacerlo sola. ¿Tienes que ayudarla?

¡Hey, estoy sentada aquí! ¡Escuchando! Estiré mis manos, con las palmas hacia arriba. Solo Tolliver notó ese gesto.

-No es que tenga que ayudarla. Es que quiero hacerlo- Tolliver dijo amablemente. Miré directamente a mi plato. Mary Nell se disculpó bruscamente para ir al baño. No tenía intención de acompañarla – no sería bienvenida – así que Tolliver y yo silenciosamente removimos los restos de comida hasta que regresó, con los ojos rojos y la cabeza alta.

-Gracias por la cena- Dijo tensa. Insistimos en invitarla. -Me ha gustado mucho- Entonces, abriendo sus ojos y sin parpadear, salió del comedor.

La vi entrar en el coche en el oscuro aparcamiento. Me sorprendí al notarme preocupada por la chica. Su vida estaba cayendo a pedazos a su alrededor, y eso podía hacerla descuidada. Demasiadas cosas pueden sucederle a una chica si no mira donde va. Encuentro sus cuerpos cada año.

Regresamos al hotel con mucho tiempo para cepillarme el pelo y ponerme algo de perfume para la cita. Tolliver me miró sin decir nada, su cara brusca bajo la escasa luz. -¿Llevas tu móvil?- preguntó. -Dejaré encendido el mío-

-Vale- Dije. Tolliver se fue a su habitación, cerrando la puerta entre las habitaciones cuidadosamente.

Hollis llamó a mi puerta justo a tiempo. Cuando la abrí, dijo -Te ves bien-, sonaba sorprendido. Llevaba unos vaqueros, una camisa negra y tacones. Llevaba puesta una cadena de oro con un colgante de jade, un regalo que me dio un hombre que llevaba cuatro años buscando a su mujer cuando encontré el cuerpo.

Hollis también se veía bien, sólido y rubio y con un par nuevo de vaqueros y una camiseta dorada y marrón. Se había afeitado, y olía a perfume. Había hecho un esfuerzo. Quizás esto era más una cita de lo que había imaginado.

Fuimos a un antro que había al norte de la ciudad. El edificio era de madera oscura y tenía pancartas de plástico sujetas con cuerdas que iban del edificio a los árboles rodeando al aparcamiento. Si los brillantes triángulos de colores hubieran ondeado al

viento, probablemente el ambiente hubiera sido alegre y festivo. En una fría noche, las pancartas eran sencillamente deprimentes, recordatorios de festividades fallidas.

El interior se veía mejor de lo que había imaginado, dado el exterior. La barra estaba hecha de madera pulida y el suelo había sido reformado hace poco y habían colocado un suelo de falso roble que se veía bien. Las mesas y sillas estaban limpias. La decoración era de caza, con cabezas de ciervos y grandes peces sobre plataformas de madera sobre las paredes, junto con espejos y viejas licencias de pesca. La máquina de discos tenía puesto algo de country y western.

Me gustó el lugar, y sonreí. Hollis preguntó si quería sentarme en un taburete o en una mesa, escogí ambos. Me preguntó qué quería beber y cuando dije que un Coors estaría bien, fue a la barra y volvió con dos vasos largos. También traía dos posavasos, uno de los cuales puso ante mí antes de poner el vaso encima. Tuve que suprimir una sonrisa.

Tantos preliminares.

-¿Qué te gusta hacer?- Preguntó. -¿Mientras viajas por el país?

No era la primera frase que me esperaba. -me gusta leer- Dije. -A veces, trato de ver una película. Corro. Miro la televisión. Me gusta ver los juegos de la WNBA, ya que jugué un poco al baloncesto en el instituto. Me imagino la casa de mis sueños-

-Cuéntame algo sobre esa casa- Dijo Hollis, sonriendo.

-Vale- Dije, lentamente. Esto era algo de lo que no hablaba muy a menudo. -Tendría que estar lejos de la carretera, por supuesto. Me gustaría que pareciera una cabaña de madera, pero si los inconvenientes de una verdadera cabaña de madera. Encontré un plano en internet, y lo compré. Por supuesto, lo quiero cambiar un poco-

-Por supuesto- Dijo, dándole un sorbo a su cerveza.

-Tendría dos habitaciones y un estudio, con una habitación conjunta. Habría una cocina, con la habitación para lavar justo al lado- Estaba mirando a la mesa, dibujando con mi dedo. -Por detrás, habría dos plazas de aparcamiento en un garaje, para poder meter la compra a la cocina sin tener que mojarte cuando llueva. Había una terraza en el lado derecho de la cocina, ¿Ves? O quizás en el comedor. Ahí es donde estaría la chimenea, y podría dejar los troncos en la terraza. Y podría poner una barbacoa también. Para hacer filetes-

-¿Quién viviría contigo en esa casa?

Le miré sorprendido. -Bueno, por supuesto...- empecé. Entonces cerré la boca.

-¿Seguramente tu hermano se casaría en algún momento?- Hollis preguntó amablemente, con los ojos y la cara tranquilos. -Quizás quieras casarte, tú. Dejar de viajar o algo.

-Sí, eso podría pasar- Dijo después de un momento. -¿Y tú?

-Yo me quedaría aquí- Dijo, casi tristemente. -Quizás intente probar con algo permanente, ¿Quién sabe? No he sido el mismo hombre desde que Sally murió. Y antes de conocerla, estuve casado por unos diez minutos cuando era niño. Quizás sería complicado pasar buenos momentos conmigo.

-No creo que ese sea el problema- Dijo. Alguna mujer quizás tuviera miedo de estar con Hollis, pero no era su culpa que su segunda mujer hubiera sido asesinada. -¿Estar casado... era bueno? ¿Vivir con alguien todo el tiempo?

Lo pensó un rato, mirando su cerveza. Después me miró.

-La primera vez, fueron dos meses como estar en el cielo. Entonces fue el infierno- Dijo, su voz seca. -Fue un tremendo error. Lo único que puedo decir, es que ella hacía los mismos errores que yo. Nos queríamos tanto que a veces no podíamos dormir. Cuando nos casamos, lo vimos como una licencia para tener sexo. Y chico si lo hicimos. Pero no nos dimos cuenta de que había mucho más que eso. Cuando nos separamos, fue difícil ver quién de los dos estaba más aliviado.

Después de levantarme una ceja, pidió dos cervezas más. -Sally, ella era diferente- Dijo. -Era igual de dulce que su madre y su hermana eran salvajes. Quería alejarse de ellas, pero se sentía responsable de cuidar a su hermana, ya que su madre era un desastre. Entonces Helen se lo tomó en serio y dejó de beber- Sacudió la cabeza hacia los lados. -Ahora todos se han ido, y no importa ¿Verdad? Helen quizás debería haber seguido bebiendo.

-¿Ya tenéis los resultados de la autopsia de Teenie?- Pregunté.

Su cara se volvió más cautelosa. -no puedo hablar contigo de eso- Me miró un largo minuto. -¿Por qué?

No era yo la que quería desvelar el secreto de la pareja muerta. Y de pronto me pregunté por qué me importaba. Encontraba cuerpos, y entonces me iba. La gente moría, todo el tiempo, a veces en la cama, a veces en los bosques, algunos con una pistola en su boca. El resultado siempre era el mismo. ¿Por qué este era diferente de los demás?

-¿Cuál es el peor caso que has tenido?- Hollis me preguntó sin venir a cuento.

Me preguntaba si alguna expresión que había pasado por mi cara le había causado la pregunta. -Oh, la vez del tornado- Dijo sin tener que pensarlo mucho.

-¿Dónde fue ese tornado?

-En Texas- Dije. -Atravesó la calle principal de una ciudad pequeña, no puedo recordar si se había disparado la alarma o no, o si fue tan brusco que no les dio tiempo a activarla, Fuera por el motivo que fuera, esta mujer, su nombre era Molly Mathers, salía de trabajar hacia su coche con su bebé en una de esas cosas de plástico con asas, pequeño bebé-

-¿La tormenta se llevó al bebé?

Asentí. -Lo arrancó de las manos de Molly.

Dejamos un momento de silencio.

-Todo el mundo estaba seguro de que el bebé no había sobrevivido, por supuesto, pero la madre no podía abandonar la idea de que su bebé todavía estaría en la cesta, quizás en un campo, y que tendría hambre- Dije estoy muy regularmente, porque era complicado pensarlo, un recuerdo horrible que llevaba conmigo.

-¿Encontraste al bebé?

Asentí, con los labios cerrados fuertemente.

-¿Muerto?

-Claro. En lo alto de un árbol. Todavía estaba en la cesta.

-Dios.

Asentí de nuevo. No se podía decir mucho más acerca de eso. -Pero no era tan malo- Dije después de un momento para dejar que se fuera el recuerdo. -Casi todos son chicas que no regresan a casa, o viejos que se pierden. Algunas veces niños raptados – no con demasiada frecuencia, porque alguien los recoge en un coche y no hay forma de saber dónde está el cuerpo.

-¿Entonces solo coge casos donde se conoce el paradero del cuerpo?

-Bueno, si puede ser en una zona razonable. No se podría decir, 'Hey, estaba haciendo alpinismo cerca del Desierto de Mojave' y decirme que lo encuentre. A no sr que tengas una cantidad ilimitada de dinero y tiempo.

-¿Cómo es?

-¿El qué?

-El sentimiento, cuando un cuerpo está cerca.

-Es como un zumbido. En mis huesos, en mi cerebro. Casi duele. Cuanto más me acerco, más intenso es. Y cuando estoy muy cerca, cuando estoy junto al cuerpo, puedo ver la muerte.

-¿Cuánta parte de la muerte?

-Veo unos pocos segundos antes. Pero la única persona que veo es la que muere. No la gente que la rodea. Al mismo tiempo, soy esa persona, sintiéndolo. Así que puede ser... bastante desagradable.

-Eso parece quedarse corto- Dio un largo trago a su bebida.

Asentí. -Ojala pudiera ver la cara del asesino, pero nunca puedo.

-No podrían culparlo solo con tu palabra.

-Ya, lo sé, pero aun así- Me encogí de hombros. -Sería más útil.

-¿Piensas que tu trabajo es útil?

-Claro. Todo el mundo necesita cerrar sus heridas, ¿Verdad? La duda les corroe, quiero decir, en sentido general, ¿Pero no te hace sentir mejor saber lo que le pasó a tu mujer? Además, si la gente me cree, puede ahorrarse mucho dinero. Como 'No draguéis ese lago ni enviéis a los buzos. Allí no hay cuerpo.' O ¡no es necesario buscar todo el terreno' cosas así.

-Si la gente te cree.

-Sí. Muchos no lo hacen.

-¿Cómo llevas eso?

-He aprendido a dejarlo estar y marcharme.

-Debe ser duro.

-Al principio sí. Ahora ya no. ¿Y tu trabajo?

-Oh, como se esperaba. Borrachos que conducen, casi todo. Disputas de vecinos. Algunas veces robos. No hay nada misterioso ni serio. De vez en cuando alguien que pega a su mujer, o alguien con una pistola en un sábado noche. Nunca veo a nadie en su mejor momento- Me dedicó una sonrisa torcida.

Me preguntaba de qué podríamos hablar, pero las siguientes dos horas pasaron más rápido de lo que esperaba. Él habló de caza de ciervos, y me contó la vez en la que se había caído al disparar y se había torcido el tobillo, el mismo año su amigo John Harley se había caído de su puesto y se había roto la espalda. Una vez me hice daño en la espalda al jugar a baloncesto. Él también había jugado al baloncesto en la escuela.

Había pasado un buen tiempo en el instituto, pero nunca querría revivir esos días. Yo tampoco. Había pasado mis años tratando de mantener la cabeza baja y la boca cerrada para que nadie supiera lo rara que era mi vida. Debido a mi madre y mi padrastro no quería llevar a nadie a casa. Me las apañé bastante bien hasta que Cameron desapareció. Su desaparición había sido tan espectacular, tan saturada de medios, que había atraído una atención no deseada.

-Parece que recuerdo eso- Dijo Hollis pensativo. Iba por su tercera cerveza. Yo todavía estaba en la segunda. - ¿No fue raptada por un hombre con un todoterreno azul?-

Asentí -Cuando iba a casa. Había estado decorando el gimnasio para un baile. Yo me fui a casa antes, así que estaba sola. Este tipo la cogió en mitad de la calle, hubo testigos, pero nadie la encontró.

-Lo siento- Dijo.

Asentí agradecida. -Algún día la encontraré- Dije. -Algún día será ella, cuando note el zumbido. Y sabremos lo que le sucedió.

-¿tus padres siguen todavía con vida?

-Mi padre sí, creo. Mi madre murió el año pasado- Sus adicciones habían terminado por marchitar su cuerpo.

-¿Cuál es tu conexión con Tolliver?

-El padre de Tolliver se casó con mi madre. Nos criamos como familia, después de eso- Si es que se puede llamar a eso criar, añadí para mí misma. Casi siempre, nos las apañábamos solos. Después de un tiempo, se nos dio bien hacer frente a las autoridades que trataban de separarnos. Tolliver nos cuidaba a Cameron y a mí, y yo cuidaba a las dos niñas pequeñas, Mariella y Gracie. El hermano mayor de Tolliver, Mark, pasaba regularmente para ver que comíamos. Si no era así, Mark compraba comida. Tolliver consiguió un trabajo en un restaurante en cuanto fue suficientemente mayor, y traía a casa toda la comida que podía.

Nuestros padres trabajaban, algunas veces nos daban ayudas sociales. Pero casi todo su dinero bajaba por sus gargantas o corría por sus venas.

Aprendimos a sobrevivir con muy poco, y aprendimos como conseguir ropa en las tiendas de segunda mano, ropa que no dejara ver nuestra situación. Mark nos decía lo importante que era sacar buenas notas. -Mientras estéis limpios y bien vestidos, no os saltéis las clases, y sacad las mejores notas posibles, así no vendrán los servicios sociales- Nos había enseñado, y tenía razón. Hasta que Cameron desapareció.

Traté de explicarle esos años a Hollis.

-Eso suena horrible- Dijo Hollis. Su cara parecía triste, triste por la chica que había sido, que Dios le bendiga. -¿Te pegaban?

-No- Dije. -Descuidar era la palabra clave de mis padres, incluso para Mariella y Gracie. Mi madre trató de ocuparse de ellas cuando eran bebés, pero después de eso, nos tocó a mí y a Cameron, pero sobre todo a mí. Era complicado no dejarnos arrastrar- Tenía grabado a fuego en mi memoria como había sido la vida antes – antes de que mi madre empezara a tomar drogas, antes de que mi padre fuera a la cárcel. Me había prometido a mi misma que volvería a vivir así. Mis dos hermanas menores no lo pasaron tan mal; no tenían recuerdos de nada mejor.

La tensión de mantener el estatus quo casi me había matado. Pero lo conseguimos, hasta que Cameron fue raptada.

-¿Qué sucedió después?- Preguntó Hollis.

Me moví nerviosa, mirando hacia todas partes. -Mejor hablemos de otra cosa- Dije. -El resumen es que pasé mis años de instituto en una familia de acogida, y mis hermanas pequeñas se quedaron con mis tíos.

-¿Cómo era la familia de acogida?

-Eran gente decente- Dije. -No eran pederastas, ni negreros. Mientras hiciera las tareas de la casa y terminara mis deberes, no era infeliz- Había sido un agudo placer vivir en un lugar donde apreciaban el orden y la limpieza.

-¿Alguna vez encontraron rastros de tu hermana?

-Su cartera, su mochila- Moví mi pierna derecha, que tendía a entumecerse si no lo hacía.

-Duro.

-Sí, diría que hemos tenido una vida con varios baches.

Hollis asintió. -Ésta por una vida mejor- Dijo, y chocamos los vasos.

Fuimos a su pequeña casa más tarde, obteniendo algo de calor y confort de parte de ambos. Pero no pasé la noche, aunque él quería que me quedara. A eso de las tres de la mañana, le di un beso de despedida en la puerta de mi habitación de motel, y nos abrazamos un largo minuto. Después entre en la habitación sola, fría hasta los huesos.

Capítulo 7



Era una buena mañana para correr: el tercer día despejado seguido, frío, pero con la promesa de un sol brillante en el cielo. Me pasé un cepillo por el pelo y me puse las placas con mi nombre y el número de teléfono de Tolliver. Me puse un sujetador deportivo y unos pantalones de correr piratas. Una camiseta -Carrera para la cura- que tapaba la pequeña lata de espray de pimienta que llevaba en la cintura. Había encontrado una bolsa de plástico con un agujero y metí la llave dentro, la puse en la misma correa en la que llevaba las placas.

Después de algunos estiramientos, decidí que iría desde el motel hasta el Kroger que estaba al otro lado de la ciudad. No quería seguir la calle principal; incluso en Sarne, habría tráfico, y odiaba tragar humo de los coches al correr. Había escogido un camino que iba por calles secundarias llenas de casas y edificios de oficinas. Con un sentimiento de alivio interior, empecé a correr.

Cuando era capaz de seguir el camino; era posible pensar en otras cosas que en el hecho de correr. Algo sorprendida, me sentí mejor de lo que esperaba: relajada, no culpable. Aunque yo tenía poca experiencia, Hollis había sido un amable y considerado amante. También parecía necesitar el contacto, el acto básico de la unión, igual que yo. Así que, me dije a mi misma, eso fue algo bueno para hacer.

Absorta en mis pensamientos, me di cuenta gradualmente de que me seguía un todoterreno. El gruñido del motor había estado bajo mi hilo de pensamientos durante varios minutos. Mi corazón empezó a agitarse con una desagradable desesperación cuando noté que el conductor me estaba siguiendo. La sombra oscura en la esquina de mi ojo izquierdo se convirtió en una ruidosa presencia. Aunque seguí corriendo de forma constante, toda mi atención estaba sobre el todoterreno que iba como un león entre la hierba, esperando a que no le prestara atención para atacar. Abrí el envase y saqué la lata de espray de pimienta. ¿En Arkansas estaba permitido su uso? No podía recordarlo, y en ese momento decidí que era el menor de mis problemas. Estaba al menos a medio kilómetro del motel y había pocos coches en la calle. No podía contar con ayuda de ninguno. La pequeña lata estaba casi oculta dentro de mi mano.

Pasé delante de una tienda que todavía no había abierto; una lavandería, una joyería, una agencia de seguros. Ningún coche, ni viandantes. La tensión corría bajo mi piel como si esperara a que actuara quien fuera que estuviera dentro del coche. Si

esperara a que me acercara a la calle principal, o si pudiera girar hacia el edificio de la comisaría... pero entonces el suspense se terminó.

El todoterreno se subió a la acera, bloqueándome el paso, y tres hombres jóvenes salieron. ¡Por supuesto! El macho alfa, el chico del instituto que Mary Nell había llamado Scotty. Tenía dos amigos con él, naturalmente.

Me detuve, se pusieron ante mí, sus caras tensas. Incongruentemente los tres llevaban la chaqueta del equipo de fútbol del instituto. Scotty estaba en medio, un chico de pelo oscuro más bajo estaba a mi derecha. Había un chico de pelo castaño, de pecho fuerte, a mi izquierda. No tenían armas, a primera vista. Pero todos tenían los puños cerrados.

-Hey, puta, te dijimos que te fueras de la ciudad- Dijo Scotty. Sus feas palabras le retorcieron su cara. Los tres estaban reprimiendo la excitación tanto que no paraban de moverse, de cambiar el peso de pie, de mover los hombros.

Mis ojos fueron de cara en cara y me pregunté contra quién debería cargar primero. Estaban listos para pelear.

-¿Tenéis intención de violarme?- Pregunté, tratando de tener las cosas claras.

Parecían asombrados, Asombrados, Los dos seguidores miraron al macho alfa, para que respondiera por ellos. O quizás necesitaban saber lo que iban a hacer.

-No queremos nada de ti, perra- Dijo Scotty, tratando de sonar desdeñoso, para compensar la falta de violación con su necesidad de demostrar su hombría.

Por supuesto, los hombres de verdad estaban siempre listos para tener sexo. Así que si no querían violarme, no debía de ser deseable.

-Eso está bien- Dije, y entonces vi como el chico de mi derecha se había puesto demasiado tenso y no podía contenerse. Su brazo iba hacia mí. Le eché el spray en la cara, y se puso rojo y empezó a frotarse los ojos y a gritar.

-¡Quema! ¡No puedo ver!- gritó. Mientras sus dos compañeros lo miraban con la boca abierta, también les eché spray por encima, aunque Scotty trató de apartarse en el último segundo, y no le di en los ojos.

La sirena de policía me dio un susto de muerte. Cuando me recuperé del shock, me alegré de ver el coche de policía, y más aún al ver que el conductor era el sheriff Harvey Branscom.

No se alegraba tanto de verme como yo a él.

-¿Qué ha pasado aquí?- Preguntó, mirando a los chicos con disgusto. Estaban llorando y gimiendo, y el chico de pelo oscuro estaba literalmente en el suelo.

-Aparecieron cortándome el camino y salieron del coche amenazándome- Dije.

-No, Sheriff- Dijo el chico de pelo oscuro agitando sus puños. -¡Fue ella! Ella...

-¿Ella subió vuestro todoterreno sobre la acerca ante ella para poder rociaros con spray de pimienta?- A Harvey Branscom le hubiera encantado tener un motivo para culparme, pero era suficientemente honesto como para no inventarse uno. -Me ponéis enfermo los tres. Scott, si veo que miras siquiera a mi sobrina después de ese incidente, encontraré la forma de meterte entre rejas, y no te gustará un pelo.

No estaba seguro de si Scott estaba asimilando las amenazas del sheriff, ya que estaba doblado y frotándose la cara. Eso era exactamente lo que no había que hacer, según las instrucciones que venían con el spray. El sheriff Branscom suspiró y sacó un pack de seis botellas de agua del coche de policía. -Suerte que siempre llevo esto- Murmuró. Abrió una botella e hizo que los chicos se quedaran quietos mientras se la echaba por encima.

-Espero que estéis avergonzados de vuestros actos. No solo estabais a punto de cometer un delito, tres chicos dispuestos a darle una paliza a una mujer sola. No solo eso, pero llegáis tarde a clase, y eso quiere decir que vais a tener un castigo esta tarde, así que os perderéis el entrenamiento de fútbol. Me gustará escuchar qué tiene que decir el entrenador cuando le llame y explique los motivos. Y le llamaré- Harvey levantó las cejas hacia mí. -Eso es, si la chica no quiere presentar cargos contra vosotros. Si lo hace, no podréis ir a la escuela hoy.

Sabía reconocer una indicación cuando la escuchaba. Dudé. Entonces asentí, y vio como la tensión de los hombros del sheriff se desvanecía. -Si llama a su entrenador, y se asegura de que les castigue bien, me daré por satisfecha- Dije con mordacidad. -Si les denuncio, serán expulsados del equipo, al menos por un tiempo.

Harvey pareció aliviado. -Sí, les expulsarían. Y por supuesto, sus padres sabrían todo sobre esta historia. Seguro que un arrastro arruinaría sus expedientes para siempre ¿eh? A tu padre le encantaría que le dieras una explicación, Scott, especialmente desde que tuvo que pagar los tres nuevos buzones de la calle Bainbridge. Justin, se que tu madre tuvo que esforzarse mucho para comprar esa chaqueta- Justin lloraba demasiado como para poder responder, pero si parecía algo más miserable. -Cody.

¿Qué crees que pensará tu abuela si le tuvieras que decir que habías tratado de pegar a una mujer?

-Solo queríamos que se fuera de la ciudad- Murmuró Cody. No debía de haber apuntado bien cuando le disparé con el spray.

Mi corazón latía todavía como el de un conejo cuando escucha el perro entre los arbustos. Era un sentimiento incómodo y humillante, ser asustada. Si no hubiera llevado encima mi espray de pimienta, o si el sheriff no hubiera intervenido, en estos momentos yo tendría una mandíbula rota o algunas costillas fracturadas. Tres grandes chicos/hombres, solo unos años más jóvenes que yo... podrían haberme matado por accidente.

Harvey Branscom cumplía su palabra. Sacó su teléfono móvil y llamó al entrenador de fútbol del instituto y sin decir lo que casi habían hecho los chicos, le dijo al entrenador que se merecían un castigo más terrible que se le pudiera ocurrir. Sabía que un entrenador tenía muchos recursos, especialmente durante la temporada. No me descontentaba con el trato que había hecho con el sheriff. Pensé que en Sarne era lo mejor que podía conseguir.

Cuando pensó que Scott se veía lo suficientemente bien como para poder conducir, Branscom envió a los chicos de nuevo hacia el instituto. Después de que hubieran desaparecido de nuestra vista, y de que mi corazón volviera a un estado normal, el sheriff Branscom dijo -Srta. Connelly, supongo que no es muy popular en Sarne-Seguro que no era popular tampoco con los agentes locales de policía. Su cara mostraba su disgusto. -Siento lo que le ha pasado. A Scott le gusta Mary Nell desde primaria.

Todavía estaba llena de adrenalina. -¿Y lo muestra apaleando a otra mujer?

-No, el idiota lo muestra defendiendo a mi sobrina de alguien que piensa que le hará daño- Branscom dijo pesadamente. Se inclinó contra su coche. En ese momento, parecía mucho más viejo de lo que realmente era. -La gente de por aquí no puede comprenderla a usted ni lo que hace, Sra. Connelly. Creo que es incluso peor que sea de verdad. Encontró a Teenie, claro. Pero aún no sabemos quién la mató, y no hay pruebas de que Dale no lo hiciera. De alguna forma, encontrar a Teenie ha hecho que maten también a Helen. De hecho, creo que enterraremos a Teenie y a su madre al mismo tiempo, una al lado de otra, justo al lado de Sally. Según con lo que le dijo a Hollis, son tres víctimas de asesinato en una misma familia. Ojalá el rayo la hubiera golpeado algo más fuerte. Quizás así hubiera podido ver lo suficiente para resolver todo este caos.

O quizás, siguieron diciendo sus palabras en silencio, me hubiera matado y así no tendrían este problema. Me vi envuelta por una ola de incredulidad. -Han tenido meses para resolver el crimen que rodea la muerte de Dell y la desaparición de Teenie-Dije, casi susurrando para evitar no gritar. -Tienen un laboratorio criminalístico a su servicio para resolver la muerte de Helen. Soy una mujer que puede encontrar cuerpos, y nunca dije ser nada más. No se atreva a echarme la culpa de todo esto a mí-

Otro coche de policía aparcó detrás del coche del sheriff. Hollis, vestido con su traje de policía, salió del coche antes de que pudiera siquiera tratar de esbozar una sonrisa.

-¿Estás bien?- Preguntó, poniendo su mano sobre mi hombro. Se inclinó para mirarme a la cara. Lo que vio le puso furioso. -Detuve a Briscoe cerca del instituto por exceso de velocidad, y como se veía tan mal le pregunté qué había pasado. Me contó todo, y no comprendió porqué no aplaudí-

Me sentí vieja. Bajo la fría brisa, mis ropas deportivas parecían inadecuadas, y lo único caliente de mí era la piel que estaba bajo la mano de Hollis. -Estoy bien- Dije suavemente. -Creo que terminaré de correr y volveré al motel.

-¿Dónde está tu hermano? ¿Quieres que le traiga aquí?

De pronto, mi cabeza se sintió tan ligera como un globo. Me di cuenta de que la combinación de miedo seguida de un gran alivio – y de una misma cantidad de rabia – tenía ese efecto en mí. Y era algo, sabes... que Hollis fuera lo suficientemente intuitivo para decir justamente lo que quería por encima de todo. Pero no se lo iba a pedir.

-Aprecio su preocupación- Dije suavemente. -Pero solo voy a correr, ahora.

No sé si lo comprendió o no; esperaba que sí. Ya que estábamos en mitad de la acera, no quería abrazarle. Incluso aunque habíamos intimado bastante, no estaba segura de haberle abrazado nunca. Pero traté de sonreírle mientras empezaba a correr por la calle. Me movía lentamente, porque la química de mi cuerpo estaba toda revuelta; mis músculos no sabían si tenían frío de la inactividad o estaban calientes por la adrenalina, y mi mente estaba puesta en demasiadas preocupaciones, pero centrada en una cosa – terminar de correr, por orgullo propio.

Regresé al motel sin más incidentes. Había completado la distancia asignada por mí misma antes. Iba andando por el aparcamiento junto a mi habitación, haciendo estiramientos, tratando de alejar el miedo de mí. Estúpida. Era estúpida, estúpida, estúpida.

Mi hermano apareció por la carretera, terminando de correr. Fui bruscamente hacia mi puerta y metí la tarjeta de plástico.

-¡Oh, no, ni hablar!- gritó. -Ni se te ocurra dar un paso más.

Maldición. Me mantuve de espaldas a él.

Me cogió del hombro y me giró. Me revisó por todas partes.

-¿Estás bien?- Preguntó.

Se había tropezado con alguno de los policías.

-Sí- Dije, tratando de no sonar cansada. -Estoy bien. ¿Quién te lo dijo?

-Vi a Hollis Boxleitner- Dijo. -¿Ahí es donde pasaste la noche?

Asentí, sin mirar a Tolliver a los ojos.

-Tenemos que marcharnos de aquí- Dijo. -Nos podríamos ir si averiguan quién fue-

-Quizás estaría bien poder ver el cuerpo de Helen- Dije. -Quizás vea algo.

-Hollis dijo que la llamaron después de que nos fuéramos esa mañana. El abogado la llamó. Paul Edwards.

-¿Para qué?

-Hollis no lo dijo. Supongo que no lo mencionó la otra noche, ¿Eh?

-No- Podía sentir como se sonrojaba mi cara.

-Pero el sheriff no quiere que vayamos, porque todavía cree que sabemos algo-

-Podríamos marcharnos de todas maneras- Dije. -Legalmente no nos pueden retener aquí, ¿Verdad?

-No lo creo- Dijo Tolliver. Había estado cogiéndome de los brazos, y cuando me soltó, sentí como la sangre volvía a correr por mis venas. -Pero sabes, una crítica de la policía y perderíamos muchos trabajos.

Eso era verdad. La última vez que un jefe de policía se había enfadado conmigo – le habían convencido de que sabía la localidad del cuerpo con antelación, que me comunicaba con el asesino para cuidar mi trabajo – casi no tuve ganancias por seis meses. Habían sido tiempos duros, y había pasado ya suficientes tiempos duros. No quería más, nunca más.

-Tu novio nos dará buenas referencias- Dijo Tolliver para molestarme, tratando de levantarme el ánimo.

Ni siquiera protesté cuando Tolliver usó la palabra –novio- Sabía que él no creía que Hollis fuera nada para mí. Pero como siempre, tenía en parte razón y en parte estaba equivocado.

Capítulo 8



La funeraria Gleason e Hijos era un lugar con mucha moqueta y esquinas oscuras. Estaba pintorescamente ubicada en una casa de estilo victoriano, era de madera por fuera y pintada de azul por dentro, con ventanas tintadas que debían de haber costado una fortuna. La casa tenía dos habitaciones que usaban como velatorio, una oficina donde las familias podían seleccionar – y pagar – los ataúdes y otros servicios, y una cocina donde olía a café constantemente. Un discreto moderno añadido en la parte baja era donde los funerales se hacían.

Elijah Gleason nos mostró la parte más pública antes de ir al añadido. Estaba orgulloso de sus logros como el tercer Gleason de la funeraria de Sarne, y tuve que respetar su honorable tradición. Era bajito, en la treintena con pelo negro grasiento y una gran boca de labios finos.

-Esta es mi mujer Laura- Dijo mientras pasábamos por una puerta abierta. La mujer que había dentro saludó con la mano. Tenía el pelo castaño muy corto y una figura redondeada. -Se ocupa de las cuentas en invierno, en verano es la Tía Hattie en la Heladería de la Tía Hattie- La mujer sonrió y asintió de forma abstracta y volvió a centrar su atención en la pantalla que había ante ella. Del perchero que había en una esquina colgaba un gorro con flores y un delantal a juego. Esperaba que en la Tía Hattie hubiera aire acondicionado.

-Supongo que su negocio será constante, más que por temporadas- Dije, a falta de algo mejor.

Elijah Gleason dijo -Se sorprendería. Tenemos al menos dos muertes al año de turistas. Por supuesto, normalmente solo quieren que los restos sean repatriados, pero todo se suma.

No pude pensar en nada más para decir, así que solamente asentí. Me recordé a mí misma de estar lejos de Sarne en verano. Era vergonzoso pensar en la gente que veneraba el pasado, cuando todas sus causas de muertes podrían ser fácilmente curadas en la actualidad. Mujeres muertas en el parto, niños con polio, hombres cuyos dedos les causaban una septicemia tras una infección por un corte de hacha... Había visto todo eso durante mi visita al cementerio. La mayoría de la gente no pensaba en ese aspecto del pasado cuando trataban de imaginarse cómo habría sido. Veían la

ausencia de lo que pensaban que eran molestias modernas: abortos, homosexualidad, televisión, divorcio. Veían los viernes por la noche en el porche de un vecino, tomando cerdo asado, canciones de góspel, largos matrimonios felices.

Yo veía muertes innecesarias y repentinas.

Pronto llegamos a la parte más nueva de la funeraria, y el director nos enseñó a Helen. Hollis le había pedido que lo hiciera, después de asegurarle a Gleason de que no vomitaría ni me desmayaría junto al cuerpo. Me gustan las funerarias. Me gusta su intento para hacer a los muertos presentables. Es un cojín para la vida. Es como los bonitos lazos del ataúd. A los muertos no les importa, pero hace que los vivos se sientan mejor.

El zumbido de mi cabeza aumentó según nos acercábamos a la habitación de la puerta cerrada. Llegó al máximo cuando entré en la blanca y estéril habitación de la sala de embalsamaciones.

-No he comenzado todavía- Dijo Elijah Gleason. -Acaba de llegar del laboratorio. Les llevará unos meses terminar la toxicología, me dijeron, van muy retrasados-

-¿Se podría quedar fuera?- Preguntó Tolliver. -Es que mi hermana a veces tiene reacciones muy extrañas, y quizás se alarme.

-Lo siento- Dijo Gleason firmemente. -El cuerpo de Helen está bajo mis cuidados, y me quedo con ella.

Bueno, no esperaba algo diferente. Asentí, con toda la atención centrada en la forma sobre la mesa. Levanté una mano para indicarles a los dos hombres que no hablaran.

Me acerqué a Helen. Desde su cuello, estaba cubierta por una sábana. Su pelo había sido cepillado. El zumbido de su presencia llenaba mi cabeza. Su alma todavía estaba ahí. Esto era muy inesperado. Me agité con sorpresa. Que el alma siguiera dentro tres días después de la muerte, especialmente cuando el cuerpo estaba en mal estado cuando lo encontraron. Sabía que obtendría más información ya que todavía estaba intacta. Pero sentí algo de piedad. Los músculos de mi cuello me empezaron a doler, casi imperceptiblemente, porque no trataba de llegar a ella, estaba junto ante mí. E intacta.

El director de la funeraria me miraba con cara de asco. -Está ahí- Dije suavemente, y vi como la cara de Gleason se estremecía de horror. Miré a Tolliver, y él asintió, comprendiendo. -Solo voy a tocarla- Le expliqué a Gleason. -Con respeto-

Miré la cara apaleada de Helen, mis músculos faciales al fin se relajaron. Todo el cepillado le hacía ver como si alguien la hubiera maquillado con tonos de negro. Bajo el límite de la manta, mis dedos rozaron la piel de su hombro.

Desde la distancia, pude escuchar como gemí – un sonido profundo y alarmado. Podía ver el brazo levantado, el brazo que sujetaba la vela. Estaba agachada, encogida, tratando de evitar el golpe. El brazo era de hombre, con manga larga. Un sentido sobrecogedor de traición y sorpresa. La visión del brazo bajando. Dolor y amargura, deseo por la reencarnación, un amasijo de emociones finales. Y entonces nada, nada, nada.

-Lo sé- Susurré. -Te puedes ir ya.

Y el alma de Helen Hopkins abandonó su cuerpo.

Esto solo me había sucedido una vez antes. No supe qué hacer entonces, solo noté la presencia del alma de la persona por accidente. Esto es lo que crea las leyendas de encantamientos. El alma quiere reconocimiento de su pelea; la agonía envuelta en la muerte del cuerpo, y la emoción de ser asesinada. Si no se hace antes del funeral, se pueden crear lugares encantados.

Ayudé a Helen Hopkins a alcanzara la paz antes de que fuera enterrada. Había hecho algo bueno.

Pero había soportado sus últimos momentos con ella, y lo que había desencadenado después. Estaba temblando, y sentí como Tolliver me cogía del brazo y me llevó a una silla metálica. Lo que había ante mí al fin llegó hasta mi cerebro, y noté que Elijah Gleason me miraba, con la boca abierta, ojos entrecerrados. Conocía esa mirada. Era la mirada de quemar brujas.

-Helen está descansando con nuestro Señor- Dije inmediatamente, y conseguí sonreír. Son así.

Gleason pareció algo menos horrorizado. -¿Puede saberlo?- Preguntó, al fin.

-Sí- Dije con la voz firme. -Está en el cielo con los santos, en la eterna gloria.

Esta frase siempre los impresionaba y me los quitaba de encima. Era una de mis jugadas. No es que no sea creyente. Ni agnóstica. Pero tengo que hablarle a la gente de Dios de formas que lo puedan entender, porque mi Dios no se parece en nada al suyo. Incluso aunque no crean – de verdad – ellos mismos, siempre les alivia escuchar términos cristianos. De hecho, viniendo de mí, remueve sus creencias.

Y me mantiene a salvo. Y también a Tolliver.

Gleason puso la sábana sobre la cara de Helen, y miré el largo cuerpo tapado por el algodón. Ahora estaba vacío, y solo era un conjunto de células que acelerarían su descomposición ahora que había cumplido su propósito.

Cuando regresamos hacia el frío día de nuevo, le pregunté si podríamos ver cuáles eran los amigos de Helen. Después de unas llamadas telefónicas a Hollis, quién dijo que la mejor amiga de Helen era Annie Gibson, miramos el listín de Sarne. Cinco minutos más tarde estábamos sentados en el salón que era una copia casi idéntica del de Helen. Las fotografías de los niños mientras crecían, la gran biblia familiar sobre la mesa, los apilados muebles y el olor a comida... todo era familiar. Lo único que era distinto era un set nuevo de fotos: Annie Gibson tenía nietos. Había una canasta con juguetes en una esquina, esperando a que unas maños pequeñas los esparcieran por la habitación.

Annie Gibson no se parecía en nada a Helen Hopkins, sin importar que tuvieran el mismo concepto de arreglo de interiores. Annie era gorda, y su pelo era corto y rizado. Llevaba gafas de plástico azules y respiraba pesadamente. No había nada estúpido en Annie Gibson. No nos dejó sentarnos en su casa hasta que le enseñamos nuestros permisos de conducir, y nos ofreció un café de forma que supimos que era por pura cortesía y no por amistad.

-Helen me contó su visita- Annie Gibson dijo. -No sé si sois buena gente o no. Pero habló bien de vosotros, y eso tendrá que ser suficiente para mí. Voy a echar de menos a Helen. Tomábamos café juntas de vez en cuando, e íbamos de compras a Little Rock juntas dos veces al año. Nos enviábamos tarjetas de felicitación por nuestros cumpleaños- Las lágrimas empezaron a correr por sus mejillas, y Annie se acercó a la caja de pañuelos papel que tenía sobre la mesa. Se secó las lágrimas y se sonó la nariz. -nuestras madres eran mejores amigas, y nos tuvieron el mismo mes.

Traté de imaginar tener a una persona como amiga tanto tiempo. Annie Gibson probablemente casi cuarenta años. Traté de imaginarme con nietos, pero ni siquiera sabía cómo se sentía tener hijos. Tener un amigo por tanto tiempo como Annie había tenido a Helen – era algo igual de inimaginable.

Tendría suerte si viviera tanto tiempo, pensé. Miré a donde me habían llevado mis pensamientos y me pregunté de donde venía eso. En este momento tenía que prestarle atención a la mujer que había ante mí.

-Tengo que hablarle de algo que quizás no le guste- Dije. Era una mujer directa, y sentí que sería mejor ir al grano.

-Tendrá que contármelo y dejar que decida después- Su cara quizás fuera suave físicamente, pero no había nada suave sobre sus palabras. -Algunas cosas deben seguir siendo un secreto.

-estoy de acuerdo- Dije. Me incliné hacia delante, con los codos sobre las rodillas.
-Sra. Gibson, Helen nos dijo que lo pasó muy mal cuando bebía.

Annie Gibson asintió, sus ojos no se apartaban de mi cara. -Así es- Dijo ella.

-Con el asesinato de Teenie, Helen estaba muy triste y nos pidió que fuéramos para hablar con ella- Dije, lentamente, cuidadosamente. -cuando le conté lo de Teenie y Sally, dijo, 'Tendré que hablar con sus padres'. Lo que le pregunto es, ¿Quién era el padre de Teenie?

Annie Gibson sacudió la cabeza. Sus castaños rizos se movieron con ella, como si los tuviera fijos con laca. Quizás así era. -Le prometí a Helen que nunca lo diría- Dijo ella.
-Me dijo que no podía ni siquiera contárselo a Teenie si me lo preguntaba.

-¿Y lo hizo?- Pregunté. Bendije a mi hermano por quedarse en silencio.

-Sí- Annie dijo sin dudar. -Sí, lo hizo. Justo antes de morir.

-Entonces, parece que era un secreto muy importante- Dije. -¿Ve? Lo preguntó y murió después. Helen me dice que va a llamar al padre de Teenie y muere.

Annie Gisbon pareció sorprendida, como si acabara de sumar dos más dos. -Pero eso no puede ser- Dijo. -No tendría motivos para hacerlo.

-Igual sí- Dije. Tratando de mantener la voz tranquila y amable. -Le dije a Helen que la mujer de Hollis, Sally, también había sido asesinada. Ahora los tres miembros de la familia han sido asesinados. Y los tres sabían quién era el padre de Teenie.

-No Teenie- Dijo Annie Gibson. -Teenie nunca lo supo. No se lo dije. Le prometí a Helen que no lo haría. Y sabía que se lo había preguntado a Helen miles de veces, después de empezar a sospechar que no era Jay.

-¿Jay?- Preguntó Tolliver.

-El marido de Helen. El padre de Sally. Va a venir para el funeral. Quizás se hubiera divorciado de Helen, pero supongo que ahora heredará la casa. Me llamó esta mañana.

-¿Dónde se queda?- me pregunté si podríamos hablar con él.

-Está en el mismo motel que vosotros. Pero no esperéis sacar nada claro de él. Helen dejó de beber, pero Jay no. Tuvo que pedir una orden de alejamiento, supongo que un año o dos después de que Sally naciera. Jay solía ser un hombre de buen aspecto, y tenía buenos amigos, pero no vale nada.

-Tenemos experiencia ocupándonos de borrachos- Dije.

-Oh, de verdad, ¿Eh?- me miró, con la mirada fija. -He visto la marca en ti.

-¿La marca?

-Los niños criados por borrachos, todos llevan la misma marca. La puedo ver, no todo el mundo puede.

Obviamente no era la única persona de la tierra que tenía un talento especial.

Tolliver y yo nos levantamos, y Annie se inclinó hacia delante sobre su silla para levantarse. Miré la pequeña casa, y noté que tenía buenos candados en las puertas. Y estaba claro que venían muchos amigos y familiares a visitarla. El teléfono había sonado dos veces mientras estábamos allí, y había dejado que saltara el contestador. Annie parecía bien protegida.

-Si fuera usted- Dije, cuidadosamente. -Iría a Little Rocks un par de días de compras, o algo así-

-¿Me está amenazando?- Me dijo directamente.

-No, señora, no lo hago. Me gustaba Helen, por lo poco que la conocía. Y la vi después de morir. No quiero que usted se asuste tanto como ella.

-A mí me suena como una amenaza- Dijo Annie Gibson. Con la mandíbula tensa, y parecía muy determinada.

-Le juro que no- Dije, lo más sinceramente que pude. -Solo me preocupo por usted- No iba a escuchar nada de lo que yo dijera, así que podía guardar mi saliva para más tarde. A partir de ahora, fuera lo que fuera lo que Tolliver y yo dijéramos alimentaría sus sospechas de que queríamos que le pasara algo malo.

-Deberíais ir al concierto de góspel y meteros buenas ideas en la cabeza- Concluyó, cerrando la puerta detrás de nosotros.

-Pensaba que Helen era una nuez dura de roer- Murmuré. -Porque todavía no había conocido a Annie Gibson-

Comimos en el McDonald's, lo que mostraba que estábamos cayendo a lo más bajo. Nuestros padres nos habían dado comida rápida tan a menudo que casi no podíamos soportar el olor ahora.

Cuando mi madre se casó con mi padre, y cuando teníamos una bonita casa en Memphis, teníamos una criada. Su nombre era Marilyn Coachman. Era una mujer negra imponente, no se podía discutir con ella, y cuando te decía de hacer algo lo hacías. Cuando notó que mi madre estaba tomando drogas, se marchó. Me pregunté donde estaría Marilyn ahora.

Miré a las patatas fritas grasientas sobre el cartón y las aparté. Era una buena cocinera.

-Necesitamos verdura- Dije.

Tolliver dijo -Las patatas son vegetales. Y el ketchup está hecho a partir de tomates. Sé que técnicamente son fruta, pero siempre pienso en ellos como vegetales-

-Muy gracioso, lo digo en serio. Sabes que tengo que evitar esta mierda. Necesitamos un lugar para vivir. Aprenderé a cocinar.

-¿Lo dices en serio?

-Sí-

-Quieres comprar una casa.

-ya lo hemos hablado antes.

-Pero yo no... Lo dices en serio, ¿Eh?

Sí- Estaba profundamente herida. -Supongo que tú no.

Dejó en la mesa su Big Mac. Se limpió los dedos en una servilleta de papel. Una madre muy joven pasó a nuestro lado, con un niño encima. Un chico, de quizás cinco años, la seguía de cerca, puso la bandeja en una mesa cercana y empezó a sentar a los niños y a repartir la comida. Parecía con prisas, el tirante del sujetador no dejaba de deslizarse por su brazo; ambos brazos estaban al descubierto. Llevaba una camiseta de tirantes a pesar de que era un día frío.

Tolliver me estaba prestando su total atención ahora. -¿Todavía piensas en Dallas?

-O los alrededores, podríamos encontrar una pequeña casa bonita, quizás en Longview o más cerca de Dallas, hacia el norte. Sería más céntrico que Atlanta, que es el otro lugar del que hablamos.

Sus negros ojos buscaron los míos. -Dallas está cerca de Mariella y Grace-

-Quizás algún día cambien de parecer.

-Quizás, no tiene sentido seguir golpeando nuestras cabezas contra la pared-

-Algún día cambiarán.

-¿Crees que esa gente nos dejará verlas?

Mariella y Grace vivían ahora con la hermana de mi padrastro y su marido. La tía de Tolliver, Iona, nunca intervino para salvarnos a Cameron o a mí, o a los de su sangre, Tolliver y Mark. Pero cuando se terminó todo, cuando los servicios sociales

descubrieron lo mal que estaban las cosas en casa después del rapto de Cameron y de que me llevaran a una casa de acogida y Tolliver se hubiera ido con su hermano, Iona y Hank se ocuparon de las preciosas Mariella y Grace, diciendo que no sabían que su madre se había despreocupado tanto y que bebiera tanto.

Después de vivir con Iona y Hank dos meses, nuestras hermanas habían pasado de vernos como sus salvadores a vernos como si fuéramos la mismísima peste.

Nuestros numerosos recuerdos dolorosos de ese corto periodo de tiempo, la imagen de Grace gritando -¡No quiero volver a veros!- cuando fuimos a buscarla fue lo peor.

-No fue cosa de ellas- Dije por milésima vez a Tolliver, mientras nos rodeaba el olor de aceite y muchos colores primarios. -Nos querían- Asintió, como hacía cada vez.

-Iona y Hank las convencieron de que tuvimos algo que ver en la forma en que se llevaba la casa- Dijo.

-No llevaba, más bien arrastraba- Dije, bajo la zanja de amargura que me separaba de la gente.

-Ahora está muerta- Dijo, silenciosamente. -Él quizás también.

-Lo sé, lo sé. Lo siento- Agité una mano sobre mi cara, para alejar la ira. -Es que no puedo evitar pensar que algún día las chicas habrán crecido lo suficiente para comprenderlo.

-No será lo mismo- Tolliver era mi oráculo, y lo sabía. Casi siempre decía las cosas que yo tenía miedo de pensar, tenía razón.

-Supongo que no, pero algún día necesitaran un hermano y una hermana, y nos llamaran.

Volvió a centrarse en su comida. -Algunas veces, espero que no- Dijo suavemente, y no pude pensar en nada para decir.

Sabía lo que él decía, no teníamos que responder ante nadie, ni ocuparnos de nadie. Solo nos teníamos el uno al otro, después de años de tratar desesperadamente de arreglar las fisuras de nuestra familia para que nadie lo notara, cuidándonos entre todos entonces y ahora parecía todo relativamente simple y hasta tranquilizador.

Hollis se sentó en nuestra mesa, con su comida en una bolsa. -Espero no estar interrumpiendo nada- Dijo. -Iba a pasar por la caja de comida para llevar y los vi sentados, parecías muy serios.

Tolliver le dedicó al policía una afilada mirada. Hollis llevaba el uniforme, se veía bien con él, le sonreí ante lo que quedaba de mi comida.

-Estamos listos para irnos de la ciudad- Dijo Tolliver. -Pero no nos podemos ir hasta que el sheriff lo acepte.

-¿Qué pasó en la funeraria?- Hollis sabiamente ignoró a Tolliver.

Le conté que Helen había sido asesinada por alguien que conocía y en quién confiaba, cosa que no era nada nuevo. Su pequeña casa estaba tan limpia como una escena de un violento asesinato puede estarlo, nadie había entrado a la fuerza, nadie la había obligado.

-Alguien que llevaba mangas largas, no era un uniforme- Sabía eso.

-¿Solo eso?

-No, liberé el alma de Helen- Quise decir. Pero hay cosas que es mejor no decir, y esta era definitivamente una de ellas. -Dime, Hollis... Alguien me dijo que Helen había pedido una orden de alejamiento para su primer marido, Jay. ¿Es cierto?

-Sí, Jay era un borracho al igual que Helen, al menos en aquel momento. Estaba borracho en nuestra boda, seguro. Mi tío tuvo que sacarle de la iglesia porque hablaba demasiado alto, le daba mucha vergüenza a Sally- Hollis sacudió su cabeza ante el recuerdo. -ha regresado, me han dicho. Obviamente, Helen había hecho un testamento, Jay heredará la casa y lo que quede en su cuenta del banco.

-¿Porqué Helen le daría eso a un hombre que abusó tanto de ella?- Eso no encajaba con en la idea que yo tenía de Helen, aunque la hubiera visto brevemente.

Hollis se aclaró la garganta. -Ah, bueno, quizás es para compensar que admitiera que Teenie era suya.

-¿Nadie sabe seguro quién era el padre de Teenie?

-No, pero hay muchas opciones de que fuera Jay. Pero nunca se hicieron análisis de ADN, Jay actuaba como si fuera suya, y Helen puso su nombre en los papales...

-¿Por qué aceptaría eso?- Tolliver preguntó, con sus ojos todavía fijos en la comida. Estaba haciendo trizas el cartón.

-Si decía que no lo era, hubiera admitido que su mujer no estaba satisfecho con él- Hollis explicó, como si la respuesta fuera evidente.

-¿Prefería reconocer a una bastarda antes que admitir que su mujer se había acostado con otra persona?- Tolliver era abiertamente escéptico.

-Y eso es lo que hacen los caballeros- Hollis miró hacia otro lugar un rato, me estaba mirando, y pude notar cómo me ruborizaba. -Algunas veces los hombres hacen las cosas bien- Hollis dijo, muy en serio.

-Pero si Teenie no era suya, estaba negándole la oportunidad a otro hombre de hacer lo correcto- Dije.

-No hubo muchos hombres diciendo ser padres de Teenie- Dijo Teenie.

Recordé la escuela demasiado claramente. Había algo que me había molestado desde el principio, y ahora parecía un buen momento para preguntárselo a Hollis. -Hay algo que no entiendo. ¿A Dell Teague no le molestaba salir con una chica con una reputación como esa? ¿Es de la mejor familia de la ciudad, no? O al menos la que tiene más dinero. Y aun así... sale con una chica de madre alcohólica, y padre ausente, una chica pobre, salvaje- Esperé, con mi ceja levantaba esperando a que Hollis dijera algo.

Hollis estuvo pensando un minuto o dos. -No iban con la misma gente, hasta que Helen empezó a trabajar para Sybil. Teenie iba a verla, después de las clases, para hacer los deberes. En aquel momento se conocieron y la atracción fue mutua, eso es todo lo que se. Cuando Teenie se metió en problemas después de eso, fue cuando los padres de Dell decidieron intervenir, y cuando echaron a Helen. Si Teenie no podía salir con Dell, crearía un infierno.

Eso era interesante. No llevaba a ninguna parte, pero era interesante.

Doblé los cartones de mi comida cuidadosamente y los puse en la bandeja de Tolliver.

-Antes de que Helen pidiera la orden de alejamiento de Jay, ¿Su relación era violenta? ¿Los policías tenían que ir todos los fines de semana? ¿O hubo algún episodio concreto?

Hollis pareció pensativo. -Si pasó eso, fue antes de que empezará a trabajar. Tendrías que preguntarle a alguno más viejo, uno de ellos se ocupa del motel en el que estáis, ¿Vernon McCluskey? Él lo sabrá.

No éramos muy populares con Vernon McCluskey, si era el tipo flacucho que estaba detrás del mostrador, el que nos había dicho tan amablemente que ya no éramos bienvenidos.

Tolliver se levantó para tirar la basura en el contenedor. Uno de los trabajadores uniformados, una mujer de unos veinticinco, le miró desde una de las cajas registradoras, con una mirada ávida en sus ojos. Era bajita y el uniforme del McDonald's no le quedaba bien, pero tenía una bonita piel, algo que Tolliver no tiene, debido a sus cicatrices en la cara. No pienso que Tolliver pusiera -bonita piel- si alguien

le pidiera hacer una lista de las cosas que encontraba atractivas, pero había notado que todas las chicas con las que estaba tenían una clara complejión.

Hoy, esta mujer deseaba en vano, porque Tolliver no la miró ni una vez. Se fue al baño, y mientras estaba fuera, Hollis me preguntó si podíamos vernos de nuevo esa noche. -Podemos ir al concierto de góspel que hay en el jardín, es el último de la temporada. No habrá muchos turistas por aquí, y quizás te guste.

-Quizás, ¿Eh?- Pensé en la reacción de Annie Gibson, y su gran mano cubrió la mía.

-Por favor- Dijo. -Quiero verte otra vez.

Hubo muchas cosas que casi le dije, pero no las dije.

-Está bien- Dije finalmente. -¿A qué hora?

-Te llevaré primero a cenar, ¿Vale? Te veré en el motel a las seis y media- Dijo. Su radio sonó y la levantó sin ganas, diciéndome adiós al mismo tiempo que se iba por la puerta. Mientras empujó la puerta de cristal, estaba hablando con su hombro.

Tolliver regresó, agitando sus manos en el aire. -Odio esos malditos secadores de aire- Dijo. -Me gustan las toallas de papel- Le había escuchado quejarse de los secadores de manos unas trescientas veces, y le dediqué una mirada de exasperación.

-Frota tus manos en los vaqueros- Dije.

-Bueno, ¿Tienes otra chica con el chico?

-Oh, cállate- Dije, medio irritada. -Sí, de hecho, sí.

-Quizás ha hablado con su jefe para que no nos deje ir para poder tener otra cita más contigo.

Tolliver sonaba tan serio que por un momento consideré la opción, antes de ver como mi hermano sonreía. Le golpeé ligeramente y me levanté, poniendo mi bolso sobre mi hombro. -Imbécil- Dije, sonriendo.

-¿Así que vais a estar despiertos hasta que pongan las aceras¹?

-No, vamos a un concierto de góspel que hay en el jardín, obviamente- Cuando Tolliver levantó sus cejas, dije seriamente -Es el último de la temporada- Se rió en voz alta.

Me sentí algo avergonzada, y cuando íbamos hacia el motel dije -Es un buen tipo, Tolliver. Me gusta.

¹ Expresión que significa si van a estar hasta la madrugada juntos.

-Lo sé- Dijo. Sé que te gusta.

Capítulo 9



Hablamos de cómo acercarnos a Vernon McCluskey cuando regresamos al motel. Yo estaba pintándome las uñas de nuevo de marrón, y Tolliver estaba haciendo un crucigrama del New York Times del sábado. Ya sabía lo que le iba a comprar a Tolliver por navidad: un libro con el alfabeto hebreo. El alfabeto hebreo era fundamental para los crucigramas, al menos según Tolliver, y él lo desconocía por completo. Quizás le comprara un libro de palabras también. De esa forma, si la pregunta era 'rio de Siberia' podría buscarlo, en vez de preguntarme.

-¿Porqué le hablamos a ese imbécil?- Preguntó Tolliver. -Nos dejó muy claro que nos quería lejos de aquí, ¿Realmente tenemos que averiguar más sobre la relación de Helen con su ex –marido? ¿Por qué no nos vamos a tumbar hasta que el sheriff nos deje ir? ¿Cuánto tiempo nos puede mantener aquí? No mucho, una llamada a un abogado, y nos iremos-

Miré a Tolliver, con el pintaúñas en mi mano. -No queremos ser recordados aquí como la gente que liberaron porque no pudieron encontrar pruebas, ¿Verdad? Sabes cómo funciona esto. La gente llamará a Branscom para saber qué tipo de trabajo hicimos, tenemos que parecer que seriamente estamos tratando de resolver esto. Que nos importa.

-¿Nos importa?- Golpeó el pasatiempo con la punta del lapicero. -Creo que a ti si.

Dudé, molesta porque esa frase sonaba como una acusación. -¿Te molesta?

-Eso depende de lo que te importe.

-Me gustaba Helen Hopkins- Dije al fin, cuidadosamente. -Así que, sí, me entristece que alguien le diera una paliza. Me importa que dispararan a dos jóvenes, que murieran en el bosque, que la gente piense que fue el chico quién la mató y luego se suicidó. Eso no es lo que sucedió.

-¿Sientes que ellos te han pedido que lo investigues?

-¿Ellos?

-Los muertos.

Sentó algo de luz bajo mis ojos. -No- Dije. -Para nada, nadie conoce mejor que yo a los muertos, no esperan nada. Bueno, quizás Helen Hopkins sí, pero ya está libre-

-¿No te sientes obligada?

Me pinté una uña del pie. -No. Hemos hecho el trabajo para el que nos pagaron, no me gusta pensar que el asesino se va a salir con la suya, pero tampoco soy policía- Deseo inmediatamente no haber añadido esa última frase.

Tolliver se puso de pie, de pronto con prisa. -Voy a lavar el coche, estoy seguro de que hay algún lugar de lavado automático por aquí cerca, pero pasaré por la entrada para preguntarle a McCluskey donde hay uno, me dará una excusa para hablar con él. Estaré fuera una hora más o menos-

-Vale, me parece bien. ¿No quieres que yo hable con McCluskey?

-No. Cree que eres Satán o algo así, ¿Recuerdas? Yo soy solo el ayudante de Satán-

Sonreí. -Vale, gracias. ¿Quieres que le diga a Hollis que esta noche vienes con nosotros?

-No, Harper. Disfruta ser una chica por una vez.

No sonaba como si lo dijera en serio. -¿Qué se supone que quiere decir eso?

-¿Te has parado a pensar en una vez en asentarte en una ciudad como esta? ¿Dejar lo que hacemos? ¿Conseguir trabajos normales?

Por supuesto que lo había pensado. -No- Dije. -Nunca me ha pasado por la cabeza.

-Mentirosa, podrías salir con algún tipo como Hollis de verdad. Podrías trabajar en una tienda, o en una oficina, en algún lugar donde hubiera gente viva.

Aparté la mirada de su cara. -Podrías salir con cientos de Janines, o incluso esperar a que Mary Nell creciera- Contraataqué. -Podrías trabajar en un supermercado, llegarías a manager en poco tiempo-

-¿Podríamos hacer eso?- Preguntó. No quería decir que pudiéramos hacerlo si tuviéramos la opción; teníamos la opción, está bien. Quería decir si era posible que nosotros fuéramos ciudadanos normales.

-Sería muy complicado- Dije, después de una pausa, con voz regular.

-Comprar una casa es el primer paso- Dijo.

Me encogí de hombros. -Quizás.

Cerró la puerta detrás de él cuidadosamente.

No hablábamos mucho del futuro.

Por supuesto, teníamos muchas oportunidades para pensar en él. Pasábamos mucho tiempo en la carretera. Aunque escuchábamos audio libros y la radio, era inevitable que hubiera largos periodos de silencio.

Aunque no quería decirle esto a Tolliver, pensaba mucho en el pasado. Trataba de no pensar demasiado en la vieja vida de Texarkana. Quizás si no nos hubieran criado tan bien al principio, no me hubiera molestado tanto. Pero el descenso de princesa hasta pedigüña había sido demasiado traumático, demasiado brusco. No había tenido tiempo de asimilarlo, había construido una cáscara dura en el camino.

-Maldición- Dije en voz alta. -A la mierda todo eso- Alejé los recuerdos de mi mente y encendí la televisión. Mis uñas estaban hermosas cuando terminé con ellas.

Tolliver volvió a eso de las cuatro de la tarde, mucho más tarde de lo que esperaba. Cuando entró, olía a cerveza y a sexo. Vale, me dije a mi misma, tranquila, Tolliver no suele beber mucho, y ahora no estaba borracho. Pero el hecho de que se hubiera tomado una cerveza durante el día, y el hecho de que se había ido para tener sexo cuando sabía que yo estaría ansiosa – eso eran cosas significativas.

-Bueno, el coche está limpio- Dijo. -Y hablé con el policía McCluskey, quién es sin duda la persona más repelente que he conocido jamás.

-Eso es bueno, lo del coche digo- Dije. Me alegró notar su tono de voz. -¿Qué dijo McCluskey? ¿Algo interesante?

-Me llevó una eternidad que fuera al grano- Dijo Tolliver.

-Eso es parte de tu trabajo, ¿Hacerme saber lo malo que es el trabajo que te toca hacer?

-Cierto. He trabajado para obtener esta información.

-A ha...

-Y espero que lo aprecies.

-Oh, créeme, lo hago.

-¿Es sarcasmo lo que oigo en tu voz?

-Que Dios me lo impida.

-Entonces terminaré lo que estaba diciendo.

-Por favor.

Tolliver se estiró sobre mi cama, tumbado de espaldas con los brazos a los lados.

-McCluskey, ¿He mencionado el mal tipo que es? McCluskey ha decidido que soy tu guardaespaldas, y quería saber cómo conseguía estar a tu alrededor, ya que seguramente estabas marcada por el demonio.

-¿Ah, sí? Y pensé que me había duchado bien.

-Probablemente te dejaste la marca de Satán detrás de la oreja.

-Siento esto.

-Bueno, cree que todo lo relacionado con los muertos, o ver muertos, es algo prohibido por la iglesia, y cualquiera que dice poder hacer eso...

-Deja que adivine, ¿Malvado?

-¿Cómo lo has sabido? ¡Increíble! ¡Has acertado!

-Solo ha sido suerte.

-De todas maneras- Tolliver bostezó. -Escuchó lo de los chicos de esta mañana y pensó que los hombres jóvenes no deberían hacer daño a las mujeres, también pensó que ponerte un cascabel sería buena idea.

-Oh, bien, genial.

-le dije que no- Tolliver sonaba sincero. -Le dije que si algo como eso volvía a pasar, tendría que demostrar mis habilidades como guardaespaldas, aprendidas en el campamento de las Fuerzas Especiales

-¿Qué campamento de Fuerzas Especiales?

-Obviamente, los que existen para entrenar a los guardaespaldas tremendamente viciosos y peligrosos.

-Oh, ese.

-Eso. Bueno, se tragó parte de esa historia, y dijo que estaba seguro de nada te sucedería estando en Sarne, ya que el sheriff Branscom estaba molesto por la forma en que te habían tratado.

-Bueno, eso está bien saberlo.

-Eso es lo que pensé. ¿Crees que es seguro que salgas esta noche?

Dejé de mirar mis uñas y miré a Tolliver.

-No trato de detenerte- Dijo bruscamente. -Puedes salir con el oficial amable si quieres. Solo te recuerdo, que es una comunidad religiosa, y no admiran mucho tu habilidad.

Me mordí la lengua un largo minuto, tratando de pensar la advertencia de Tolliver. Pero me escuché a mí misma decir en voz alta, -¿Está bien que tú salgas y eches una cana al aire mientras lavas el coche, y no está bien que yo vaya a un concierto de góspel?

La piel de Tolliver se enrojeció. -Es que no quiero que te pase nada- Dijo tranquilamente. -Recuerda lo que pasó en West Virginia.

En West Virginia, la pequeña población terminó tirándonos piedras al coche.

-Lo recuerdo- Dije. -Pero fue un lugar más pequeño, y tenían un fuerte líder que odiaba lo que hacía.

-¿Estás diciendo que no hay un frente unido en Sarne?

Asentí.

-Quizás tengas razón- Dijo, después de un largo momento. -Pero odiaría que algo...- Su voz se apagó.

-No quiero ser el objetivo de un ataque- Dije, después de una pausa. -De verdad que no. Pero tampoco quiero quedarme acorralada en el motel.

-Y quieres ver a Hollis de nuevo.

-Sí.

Miró hacia otro lado un momento. -Vale- Se obligó a asentir. -Será bueno hacer algo diferente. Pasadlo bien.

Definitivamente no quería destacar, pero quizás fuera maleducado no ir bien vestida. Pasé un buen rato pensando qué te tienes que poner en un concierto de góspel al aire libre. Escogí ropa neutral: buenos pantalones, un jersey, zapatos. Cogí el abrigo cuando Hollis vino a recogerme. Llevaba vaqueros nuevos y una camiseta. También llevaba chaqueta. Y tenía puestas botas de cowboy, eso me sorprendió.

-Bonito calzado- Dije.

Miró hacia abajo, como si nunca hubiera visto sus botas. -Antes solía hacer equitación- Dijo. -Les he cogido cariño.

Me pregunto cómo me sentía después del incidente de esta mañana, y le dije que estaba bien. No era del todo exacto, pero suficientemente cercano. No quería pensar más en ello, y eso sí era verdad.

Había coches aparcados por toda la plaza, y las farolas que habían sido colocadas para la ocasión iluminaban todo. El gran jardín estaba lleno de sillas de todo tipo.

Niños pequeños corrían entre la gente, gritando y excitados bajo el frío aire. Como yo era de fuera, no podía distinguir los turistas de los locales, pero Hollis me dijo que había como un cuarenta por ciento.

El escenario había sido puesto en la base del jardín, no muy elevado, y estaba lleno del material del primer grupo que iba a tocar. Una mujer con falda larga y gran cinturón turquesa estaba afinando su guitarra. Su pelo gris le llegaba hasta la cintura, y su cara estaba muy calmada y relajada. Los hombres que había tras ella debían rondar la cuarentena o cincuentena, y todos tenían el mismo aire de profesionalidad.

-Esta es Roberta Moore y Los hijos de la Gracia- Dijo Hollis. -Vienen desde Mountain Home.

-¿Cuántos grupos van a tocar?

-Los que vengan- Dijo. -A veces seis o siete, pero esta noche solo veo tres más. Bobby Tatum, él canta solo- Bobby Tatum era un hombre muy joven con un sombrero de vaquero y un traje muy elaborado. Su chaqueta era de estilo western por supuesto, y su recién afeitada cara brillaba con deseo. Estaba hablando con un grupo de chicas que parecían tenerla edad de Mary Nell, y que se reían ante todo lo que decía.

Los otros grupos se parecían más a Roberta Moore. Miré el caro equipo que había apilado detrás del escenario y me sorprendí. Estos no eran grupos de aficionados. Esta gente sabía lo que hacía.

Mientras la oscuridad caía, Hollis sacó una manta de su coche y puso su silla junto a la mía para poder compartir el calor. Terry Vale, el alcalde, hizo algunos anuncios públicos. Se parecía poco al hombre ansioso que había conocido en la oficina del sheriff. Se veía feliz, relajado. -Hay un Chevy Venture bloqueando la farmacia de Martin, que sepa que Jen Martin se ha quedado dentro y no puede irse a su casa. A no ser que quiera que llame a la grúa, será mejor que vaya a quitar el coche y se disculpe- Terry Vale dijo, y la multitud se rió. Un hombre joven con gran bigote se levantó y se fue hacia la farmacia. Después de un par de anuncios más, incluyendo un recordatorio de recoger la basura cuando se terminara el concierto, Terry Vale presentó a Roberta Moore y los Hijos de la Gracia ante un gran aplauso. La mujer de pelo gris asintió con la cabeza levemente y continuó afinando su guitarra. Cuando sintió que estaba lista, Roberta Moore le dio una señal a su grupo y empezó a cantar.

Era genial. Estaba segura de que esta gente eran farmacéuticos, o granjeros de día, pero de noche eran cantantes con talento, y estaba extasiada. Aunque no conocía las canciones, tenía el vago sentimiento de que cuando era joven había escuchado alguna canción espiritual. -Ahora vamos a cantar una de las viejas favoritas, y si la conocéis, podéis cantar- Pero no era la favorita de mis padres ni la mía, ni de mis abuelos, me di

cuenta de lo ignorante que era. No era la primera vez que notaba eso, y no sería la última.

Hollis cantó 'The Old Rugged Cross'. Para mi sorpresa tenía una linda voz de barítono.

Justo cuando empecé a pensar que empezaba a hacer demasiado frío para disfrutar más canciones, Hollis sacó un termo de chocolate caliente, y me alegré de tomar un poco. Me sentí muy relajada, nadie me estaba prestando atención, y eso era bueno. La mano de Hollis estaba caliente y seca cuando sostuvo la mía, y el chocolate caliente estaba rico.

Las canciones terminaron un par de horas después, y la gente empezó a recoger sus sillas y mantas. Los niños fueron llevados a los coches, con las cabezas sobre el hombro de sus padres. Recogí la manta y el termo mientras Hollis doblaba las sillas. Me sorprendió cruzarme con Sybil Teague. Estaba haciendo exactamente lo mismo; el hombre que estaba a cargo de las sillas era Paul Edwards.

Fue empate quién de las dos se sorprendió más. -No sabía que seguía en la ciudad- Sybil dijo. Parecía algo más bien vestida que el resto de la gente, y Paul también.

-El sheriff no quiere que nos vayamos todavía- Dije. Pensé que Sybil seguramente sabía que todavía estábamos en la ciudad. Pensé que Sybil habría escuchado acerca del incidente, especialmente ya que el chico que se había visto envuelto era un ferviente seguidor de Mary Nell. Pensé que Sybil solo se sorprendía de verme en el jardín, Paul Edwards no hizo ningún esfuerzo para saludarme, simplemente se quedó detrás de Sybil con las dos sillas en la espalda.

-No comprendo por qué- Dijo Sybil. -Siento que, eh, la incomoden así- Me miró como si no tuviera idea de cómo terminar, y yo era suficientemente mala como para no ayudarla. -¿Porqué no vienen a comer mañana a mi casa?- Sugirió, supongo que fue porque no se le ocurrió nada más. -Usted y su hermano. ¿Al mediodía, vale? ¿Sabe cómo llegar a mi casa?

-Gracias. Supongo que podremos encontrarla- Le dediqué una pequeña sonrisa y asentí, y después Hollis y yo fuimos a su coche.

Hollis hizo un ruido ahogado, y noté que estaba tratando de no reírse en voz alta. -¿Qué pasa contigo?- Pregunté, sonriendo también.

-No sabía cómo marcharse- Dijo.

-No, se siente obligada al haberme contratado.

-Podrías haberle ayudado un poco- Dijo, pero no era por su preocupación por las habilidades sociales de Sybil.

-Nah. Pensé que se le ocurriría algo. Y así fue.

Dejamos las cosas en la parte trasera del coche y nos subimos a la cabina. Hollis puso sus manos en mi cintura y me sacudió innecesariamente.

Cuando llegáramos al motel le dije que entrara.

Dijo. -Siempre quise hacer el amor en un motel-

-Ese es mi objetivo... expandir tus horizontes.

La cama del motel era mucho mejor con alguien más dentro.

Capítulo 10



Hollis se fue a las cinco de la mañana. Susurró que tenía que ir a casa, darse una ducha e ir a trabajar. Me besó, y le abracé un rato, deseando que no tuviera que irse. Aunque la fineza nunca sería cosa de Hollis, ni tampoco hablar mientras hacía el amor, eso no era malo. Era cálido y grande, y hacía un ruido al respirar que me hacía sentir bien. Era como estar en la cama con un gigante y entusiasta osito de peluche.

No me importaría pasar con él muchas noches.

Ese pensamiento me despertó completamente.

Casi nunca tenía sexo. Uno de los motivos por el que escogía un compañero sexual tan raras veces era por lo breve que iba a ser el encuentro. Los rollos de una noche eran para quitarse los picores, y me gustaba más hacer eso yo sola que buscar un vibrador humano. Oh si, sabía que los adultos podían dar y tomar un poco de ellos mismos en una sola noche. Sabía que no tenía que ser barato y rápido. Pero casi siempre lo era; y me dejaba algo asqueada e insatisfecha conmigo mismo, sin importar lo bueno que hubiera sido el acto físico.

Esta era otra molestia. Ahora, había pasado con Hollis dos noches, y ya quería pasar más tiempo con él. Pero sabía muy bien que mi tipo de vida no me lo permitía.

Parecía mucho más sencillo para Tolliver. Establecía contacto ocular con una mujer, ella aceptaba tener sexo, lo hacían y ella se iba. Sabía que él se iba a marchar de la ciudad, por supuesto, tan pronto como había venido. O acaso alguna de esas mujeres pensaba -Será tan bueno que le dirá a su hermana que se marche sola, y se quedará conmigo un tiempo- Ya que hacía años que no tenía amigas mujeres, no podía decir lo que pensaban ellas. Pero quizás, algún día, eso pasaría.

A pesar de la horrible preocupación, me volví a dormir, pero a las siete ya estaba en la ducha. Ya estaba vestida cuando Tolliver llamó cuidadosamente a la puerta exterior de la habitación.

Miró rápidamente cuando le dejé entrar y se relajó al ver que estábamos solos. -¿Cómo fue el concierto de góspel?- Preguntó.

-Muy bien. Te hubiera gustado- No le pregunté lo que había hecho él. -¿Estás listo para desayunar?

-Sí. Vamos a Denny's.

Quizás un plato de fruta de Denny's sería mejor. Como muchos supervivientes de rayos, tenía problemas horribles de dolores de cabeza, y mi pierna derecha es mucho más débil que la izquierda. Puedo apaciguar los síntomas evitando las frituras y demás. Nuestra comida en el McDonald's del día anterior me había sentado mal, y mi pierna me había dolido la noche pasada. Por suerte, Hollis no lo había notado. Pero no tenía confianza suficiente para ir a correr esta mañana.

-Oh, nos han invitado a comer- Le dije a Tolliver mientras nos abrochábamos los cinturones. El día era nuboso y frío. Pronto habría una tormenta con fuertes vientos, y eso arrancarían las bellas hojas de los árboles – robles y arces. Sarne recogería y guardaría sus calles hasta la siguiente temporada de turistas. La gente guardaría sus ropas y cerrarían las tiendas de fruta, y Sarne sería una ciudad fantasma en invierno.

-¿A dónde?- Tolliver preguntó, haciéndome volver al presente.

-En casa de Sybil Teague- Le dije que me había encontrado con Sybil y Paul la noche anterior.

-Qué interesante- Dijo. -Antes de entrar al restaurante, deja que te diga lo que me dijo anoche Janine. Paul Edwards era el abogado que Helen contrató para la orden de alejamiento de Jay y después su divorcio. Y había representado a Jay y Helen antes, en una denuncia que pusieron contra Terry vale.

-¿Para qué iban a denunciar al alcalde?

-Quizás entonces no era alcalde. Es dueño de una tienda local de muebles y alfombras. Jay Hopkins dijo que la alfombra que Terry les vendió no era resistente a las manchas, y Terry no les quería devolver la garantía.

-Hmm.- Dije. -No estoy segura de lo que quiere decir eso- Necesitaba una taza de café antes de poder empezar a pensar.

-Quiere decir- Dijo Tolliver. -Que Paul Edwards está en posición para saber todos los secretos de ambas familias.

-¿Por ejemplo?

-Por ejemplo quién es el verdadero padre de Teenie.

-Oh.

-Y quizás sepa por qué Teenie y Dell estaban en el bosque aquel día. ¿Qué podría haberlos hecho ir allí, a unas tierras que no pertenecían a sus familias, para ser asesinados?

-¿Quién es el dueño de la tierra?

-Supongo que no lo sabemos.

-¿Podríamos averiguarlo esta mañana?

-Claro. Podemos ir al ayuntamiento. ¿Pero porqué tendríamos que hacerlo?

-Prefiero tener algo que hacer que regresar a la habitación del motel y hacer pasatiempos.

-Sí, yo también- Ya teníamos algo que hacer hoy.

Justo después de terminar de desayunar, hicimos la colada en la lavandería automática Sudsy Kleen, propiedad de (no era una sorpresa) Terry Vale. Su representante en la lavandería era una vieja mujer con un bastón que daba el cambio para las máquinas. También vendía pequeñas cajas de detergente y mantas para secar detrás de su dilapidada mesa. Averiguamos por observación que la mujer también lavaba y doblaba la ropa por petición. Sudsy Kleen era un buen negocio.

Esta mujer hacía un buen servicio y trabajo, decidimos, pero estaba decidida a ser lo más desagradable posible mientras lo hacía.

Inicialmente, el pelo blanco revuelto y el jersey de punto que hicieron pensar que debería ser amable con esa vieja. Pero cuando le pedí cambio para un billete de un dólar para poder meter dinero en la secadora, me miró como si le hubiera hecho una sucia petición. Me quedé quieta, tratando de pensar qué había hecho. Tontamente, saqué el dinero. La abuela cogió el dólar de mi mano y lo examinó, ya que yo era obviamente mala gente, supongo. Entonces lentamente contó el cambio correcto, mirándome rápidamente mientras lo hacía como si sospechara que iba a robarle el dinero de la caja y echarme a correr. Sus gafas brillaban con cada mirada, como si tuviera ojos de robot. Cuando le llevé las monedas a mi hermano, estaba medio divertida y medio enfadada.

-Es encantadora, deberías ir a verla- Dije, con tono de conversación, metiendo las monedas en la máquina.

Tolliver miró hacia ella, empezó a decir algo, tratando de no sonreír.

-Quiero decir, es adorable cuando la luz se refleja en sus gafas- Le dije. -¡Qué carácter! ¡Ya no se encuentran viejas como esas!

-Shhhh- Dijo, pero no lo decía en serio.

No estaba segura de si me había escuchado o no – su expresión de asco extremo nunca cambiaba. ¿Había algo personal que no le gustaba de nosotros? ¿O quizás

simplemente era porque no éramos de Sarne? Difícil de decir. Tampoco me importaba mucho.

Terminamos de lavar y doblar la ropa rápidamente, ya que la lavandería tenía pocos clientes por la mañana. Quizás el dragón había alejado a todos los clientes.

Nuestra siguiente parada fue en el centro de la ciudad. El ayuntamiento era un viejo edificio de la plaza. Era la primera vez que entrábamos al edificio. Los techos eran tan altos como había imaginado, y las ventanas igual de grandes, obviamente este edificio era el ejemplo perfecto de cómo desperdiciar el aire acondicionado. La habitación en la que entramos era muy desproporcionada, la distancia del suelo al techo era mayor que la distancia entre las paredes, me sentí algo incómoda. No podía imaginarme trabajando en un lugar así.

Las dos mujeres que trabajaban allí se sorprendieron al ver extraños entrar, pero la más mayor de las dos, una mujer redondeada de pelo teñido de marrón, inmediatamente se levantó de su mesa y vino a nuestro encuentro. Cuando le pedimos ver un mapa de la zona, apuntó a una pared que había detrás de nosotros.

-Serpiente- Le murmuré a Tolliver después de girarnos. Había un enorme mapa de Colleton County ahí. Asintió, comprendiendo lo que quería decir. -Si hubiera sido una serpiente, nos habría mordido- Traté de orientarme siguiendo las dos carreteras principales que formaban una X atravesando Sarne, pero todavía estaba pensando cuando Tolliver señaló la zona en la que habíamos dejado el coche cuando buscábamos el cuerpo de Teenie.

Después de cruzar referencias, decidimos qué parcela era y nos dieron los papeles de la zona. Según el registro, el Desarrollo de Tierras de Colleton County era el propietario, y de otras muchas parcelas que había alrededor de la carretera. No podía ver en qué habíamos mejorado. Tolliver le preguntó a la mujer si sabía quién estaba detrás de esa empresa.

-Oh- Dijo, sonriendo. -Paul Edwards, Terrence Vale y Dick Teague. La compraron a su propietario hace años, pensando que algún día esto se convertiría en otro Branson. No creo que eso vaya a pasar nunca.

-Los mismos nombres aparecen una y otra vez- Dije cuando estábamos solos en el coche.

-Eso sucede en las ciudades pequeñas con larga historia- Dijo Tolliver, lógicamente. -No estoy seguro de si quiere decir algo. ¿Siguiente?

Fuimos a la biblioteca a las nueve cuarenta y cinco, donde descubrimos unos ejemplares atrasados de Colleton Mountain Gazette (al menos de los últimos diez años) en el ordenador. Pudimos mirar libremente los archivos, todo lo que quisimos,

en los periódicos. Esta inesperada y entusiasta recepción fue debida a una mujer de mi edad, una nueva reportera, quién esperaba buscar una buena historia. Tenía el pelo oscuro e iba vestida de un color que yo llamaría mostaza. No soy una adicta de la ropa, y las tendencias de moda no me interesan mucho, pero incluso yo podía decir que era el peor color que podía haber elegido. Pero ella era una persona a la que le gustaban los colores alegres, lo demostraba su cadena y su brazaletes de oro, y su pintalabios brillante, así que quizás la mostaza era el mismo síntoma. Su nombre era Dinah Trout, según la placa de su mesa. Nos ofreció café, pasó junto a nosotros unas once veces más de lo necesario y nos miraba cada vez que hablábamos entre nosotros. Hoy era nuestro día de conocer mujeres desafiantes.

Como auto defensa, Tolliver y yo hicimos turnos con el ordenador. El que no estaba leyendo tenía el trabajo de evitar a la extremadamente curiosa Srta. Trout. Si parte de la población de Sarne conocía mis extraños dones, no lo habían compartido con la Srta. Trout, y me alegraba.

En una hora, estaba segura de haber leído todos los artículos que tenían que ver con Dell Teague, la desaparición de Teenie Hopkins y el -trágico accidente- de Sally Hopkins Boxleitner. Me fascinaron las fotos de las hermanas de Hopkins. Era un shock verlas con vida.

Había estado tan abrumada por la abundancia de fotografías del comedor de Helen que no me había parado a examinarlas.

Las hermanas no se parecían nada. Sally, la mujer de Hollis, era de tez clara, con pelo rojizo-rubio y pecas. Tenía una cara ancha y hombros anchos y había algo agradable en ella. No podía ver nada en su mirada – no había secretos ocultos, nada que indicara que iba a morir. Busqué su foto de boda (era espeluznante ver como Hollis le daba pastel de bodas) y una foto de empleados del supermercado, donde había sido manager de la sección de bebés.

Su hermana menor Teenie se veía en una foto de la escuela, el más triste acompañamiento de un obituario. Se había preparado un poco para la ocasión, y su pelo estaba dramáticamente separado en dos sobre sus hombros a ambos lados de su cara. Tenía las facciones de su madre, y una nariz afilada, muy recta. Era complicado extrapolar nada de su fotografía de clase. Estaba sonriendo, por supuesto, pero era solo un arreglo de sus labios. No había nada feliz en ella. Era un pozo profundo, y no me asombraba que Dell se viera intrigado por ella.

Dell Teague era rubio como su madre. Encontré unas fotos de una vieja página de deportes, donde aparecía con su uniforme de fútbol. Era suficiente para partirme el corazón- incluso mi corazón- ver al joven hombre de pie sonriendo ante la cámara, lleno de juventud y orgullo y fuerza. Me pregunté si sabría lo que le iba a suceder, o si el disparo le había pillado totalmente desprevenido – si había tenido una oportunidad

de preocuparse por el destino de su novia. El sentimiento que yo había notado, mientras estaba sobre su tumba, era que sabía lo que estaba pasando. Sentí pena por eso.

Miré de nuevo la foto de Dell, después la de Teenie. Después otra vez. Compartían algo, estos dos. Revisé el año en que habían sido tomadas las fotografías. La Teenie había sido un poco antes del otoño, igual que la de Dell. Demasiado pronto para que Teenie pensara que estaba embarazada. ¿Qué secreto compartían entonces? Quería imprimir los artículos y llevarlos conmigo. Entonces me di cuenta de que me estaba involucrando demasiado en la vida de estos dos jóvenes muertos y enterrados.

Mientras obtenía tanta buena información, busqué en el ordenador historias o fotografías que incluyeran a Mary Nell Teague. Mary Nell salía en muchas fotos; era animadora (tampoco era una sorpresa), era la presidenta de la case, estaba en el comité de bienvenida. Incluso miré durante unos segundos una foto de Dick Teague, el marido muerto de Sybil. Era un hombre medio; de estatura media, de pelo castaño medio, complexión ligera, hombros estrechos, y un esbozo de una sonrisa, al menos en las fotos de los periódicos. Tenía una enorme nariz, y murió de un ataque al corazón en casa.

Aun así, era triste escuchar que el hombre que había hecho tanto por la comunidad había llegado a su fin de una forma tan brusca, o al menos eso decía el obituario. Dick Teague había sido un juez del pueblo. Había estado en el Lion's Club y en el Rotary. Había sido un miembro de la Cámara de Comercio, y había estado en el comité del club de boy scouts. Incluso había sido el líder local de Hábitat para la Humanidad. Me preguntaba si Sybil seguía su camino. De alguna manera lo dudaba.

Hablando de Sybil... miré el reloj.

-Tenemos que irnos- Le murmuré a Tolliver, quién estaba sonriéndole a Dinah, quizás asombrado por la gran cantidad de superficies pulidas en ella. -¿Podríamos imprimir estos artículos?- Dije, tratando de sonar encantadora.

-Claro, veinticinco céntimos la hoja- Dijo. Supongo que no había sido lo suficientemente encantadora. -No nos importa hacerlo, pero tenemos que pagar los cartuchos de tinta, claro está.- Podía entender eso, y traté de mantener una agradable sonrisa mientras la impresora sacaba las páginas que había marcado.

Dinah Trout nos dijo que podíamos regresar cuando quisiéramos, cosa que pensaba que no era muy probable. Llevaba un anillo de casada, así que sabía que Tolliver no le iba a pedir salir, aunque le enviara señales de que estaba dispuesta.

Viendo que nos estábamos yendo, Dinah nos hizo varias preguntas más, que respondimos más o menos amablemente. -Los Ozarks crían mujeres de carácter fuerte- Le dije a Tolliver. Asintió algo amargamente.

La mujer más normal con la que había hablado en todo el día Sybil Teague, y no era exactamente muy corriente. Llevaba una falda y un jersey rojo y blanco, y se veía muy bien. Me preguntaba si era el tipo de madre que lloraba a su hijo perdido en su habitación a solas, o si era el tipo de madre que mantenía la habitación intacta como un altar. Habría apostado por la llorona, pero me equivocaba. Cuando entré en la habitación de Dell después de comer, excusándome para ir al baño, encontré que estaba probablemente más limpia de lo que un adolescente la dejaría. Pero la ropa del chico muerto estaba colgada en el armario, y aunque no tenía un corcho con recuerdos como Teenie, había una foto enmarcada de una chica sobre su mesa del ordenador. Mi opinión sobre Sybil mejoró porque la había dejado ahí.

Nos costó algunas maniobras que nos mostrara la casa, pero por suerte Sybil era suficientemente egoísta como para creerse que tenía ganas de verla. Tolliver y yo pudimos dar una vuelta mientras mostraba interés; no hubo protestas del tipo 'no está muy ordenada' ni de 'siento el desorden' por parte de Sybil. La casa estaba perfecta, y probablemente siempre lo estaba. Incluso la habitación de Mary Nell estaba impecable – no había ropa tirada sobre el suelo, la cama no estaba deshecha. El baño estaba imaculado y las toallas limpias. Si Mary Nell se casaba con un chico local, tendría complicado mejorarlo.

Había una criada, por supuesto, a quién le di el crédito de mantener todo ordenado y limpio. Era una mujer vieja vestida con un jersey de punto y pantalones ajustados. Sybil no nos la presentó, pero la mujer nos miró curiosa mientras pasábamos por la cocina. A través de las ventanas pude ver fragmentos del jardín, vi un hombre amontonando y quemando hojas secas. No podía distinguir sus rasgos – estaba demasiado lejos de la casa. Esto era una mansión, o lo más cercano a una mansión que Sarne podía ofrecer.

Me pregunté de nuevo como Sybil debía de haberse sentido cuando Dell había escogido salir con una chica de la baja sociedad. Habiendo visto su casa, sabía que la charla de que había aceptado a Teenie era mentira. Me preguntaba como de lejos iría para prevenir que Dell se viera atrapado en una relación por ser el padre del hijo de la chica; porque estaba muy segura de cómo lo vería Sybil. Fuera el que fuera su papel en la muerte de Teenie Hopkins, Sybil había amado a su hijo Dell.

Mary Nell llegó a casa mientras estábamos sentados en la mesa del comedor. Entró, diciendo -¿Mamá? ¿Mamá? ¡Mira mi falda!- Mary Nell se puso roja cuando nos vio en su casa. No sabía si era porque le molestaba ver a Tolliver o porque no quería hacerme

frente después de lo que su admirador me había hecho para que me fuera de la ciudad. Quizás ambas.

-Mary Nell, ¿Qué haces en casa?- Sybil preguntó, obviamente sorprendida.

-La estúpida de Heather me tiró encima de la falda su estúpida bebida- Dijo Mary Nell después de una pausa breve. Levantó su pierna para mostrar una mancha en su falda vaquera. -Le pregunté a la Sra. Markham si podía salir treinta minutos para volver a casa y cambiarme.

-La Sra. Markham es la responsable de las animadoras- Sybil nos explicó, como si nos importara. -Bueno, ve a cambiarte, cariño- Le dijo a Nell. Hubiera podido decir también -¡Shuu!- y aplaudido con las manos. Nell se fue, con las mejillas sonrosadas. En cinco minutos estaba de vuelta, vestida con una camiseta azul de manga larga y una falda caqui. Estaba dispuesta a jurar que su ropa anterior estaba tirada en el suelo. - ¡Me voy mamá!- dijo mientras iba por la cocina. La cocina tenía una puerta que daba al garaje, y estaba segura de que Nell tenía coche propio. Poco después, vi un Dodge Dart saliendo del garaje.

-Es muy activa en la escuela.- Dijo Sybil.

-¿En qué curso está?- Pregunté educadamente.

-Oh, la tendré aquí por un año más- Dijo Sybil. -Entonces solo quedaré yo en esta vacía y gran casa-

-Quizás se vuelva a casar- Dije, con una voz totalmente neutral.

Sybil pareció descompuesta, quizás ya que mi sugerencia no era de mi incumbencia. -Bueno, supongo que es posible- Dijo secamente. -No lo había pensado-

No creí eso ni un minuto. Por la forma en que la criada miró a Sybil (se llevaba los platos sucios), ella tampoco. Tomamos té helado con la ensalada y pollo servido sobre arroz, pero solo repetí una vez. Quería ir a la habitación de Nell, pero no podía decir que quería usar el baño de nuevo. Eso sería demasiado sospechoso. No había forma de decirle a Tolliver lo que necesitaba, y no era muy bueno espiando tampoco.

Un cuadro presidía el comedor, y asumí que el retrato era del esposo muerto de Sybil. Estaba sentada en frente, así que tuve cuarenta y cinco minutos para mirar sus rasgos y las fotos de Mary Nell y Dell colgaban a su lado.

-¿Su marido?- Dije, asintiendo con la cabeza hacia el cuadro. Pensé que lo habían pintado a partir de una fotografía. Los ojos parecían vivos, y la tensión de su cuerpo sentado sugería que Teague iba a levantarse en cualquier momento.

Giró su cabeza para mirar la imagen, como si se hubiera olvidado de que estaba ahí. -Era un buen hombre- Dijo suavemente. -Le gustaban los niños, por supuesto. Tuvo una neumonía, así que pasó un tiempo en el hospital de Little Rock. Tuvo un problema de corazón, pero los médicos nos dijeron que no había de que preocuparse, que no era nada. Pero una tarde, mientras estaba recuperándose, estaba en su estudio con todos los registros médicos del año anterior. No estaba satisfecho con nuestro seguro, o pensaba que debían de haber pagado más de la factura del médico o algo así. Ni siquiera lo recuerdo ahora. Pero había sido un año lleno de médicos, a veces pasan esas cosas supongo. Mary Nell había tenido una tonsilectomía², y Dell iba en un coche que tuvo un pequeño accidente. El conductor se rompió una pierna, y Dell se dio un golpe en la cabeza y le tuvieron que poner puntos. Sangriento, pero después de limpiarle, no estaba tan grave. Y yo tenía el colesterol alto. Dick tenía un montón de papeles que estaba revisando, y en algún momento de la tarde... murió. Cuando fui a llevarle la cena, tenía la cabeza sobre la mesa.

-Lo siento mucho- Dije. Sybil había tenido mucho que lidiar en su vida, y tenía que respetar eso, sin importar lo fría que pensara que era.

-Tengo curiosidad, Sybil- Dijo mi hermano, sonando como si cambiar de un tema a otro fuera totalmente lógico. Sybil parpadeó y se centró en Tolliver. -¿Porqué no le dijiste a Harper que viniera a Sarne antes?

-¿Lo siento?- la atractiva cara de Sybil estaba en blanco.

-¿Porqué no llamasteis a Harper justo después de que desapareciera Teenie?-

-Yo, bueno... yo, por supuesto, al principio estaba en estado de shock por la muerte de mi hijo, y no podía pensar en Teenie. Francamente, no... no me importaba, tenía mi propia pérdida- Sybil nos dedicó una noble expresión, diciéndonos que estaba avergonzada por ello, ¿Y qué?

-Por supuesto- Dije. -Claro- Esto era solo un ruido, para que ella siguiera.

-Pero cuando escuché los rumores que recorrían la ciudad, sobre como la justicia era solo para los ricos, y que por qué nadie buscaba a Teenie, y que la gente estaba segura de que Dell le había hecho algo terrible a ella... estaba hablando con Terry un domingo en el club de campo, y me dijo que había escuchado algo sobre ti. Pal estaba en contra de ello, pero no podía dejar una piedra sin remover. Tenía que haber algo que pudiera hacer además de salir a buscarla yo misma al bosque. Saben, deberían haber traído a los perros de inmediato. Pero nadie sabía que Teenie estaba con Dell. Cuando le encontraron, pensaron que era un suicidio. Cuando Helen se dio cuenta de que Teenie también estaba desaparecida, era tarde por la noche. Llovió mucho ese día.

² Operación de amígdalas

Cuando reanudaron la búsqueda al día siguiente, el rastro se había ido supongo. No recuerdo nada de eso, nada. Estaba lejos de preocuparme por Teenie.

-¿No había perros para localizar cuerpos?- pregunté.

-¿Son distintos de los que siguen rastros, verdad? No, supongo que no. Después de que Helen lo pensara, dijo que seguro que aparecería con vida en algún lago, y que traer perros para cadáveres sería como admitir que estaba muerta. Estaba segura de que iba a arrepentirse de eso, pero no paraba de decir que todo el mundo pensaba que no era una buena idea- Sybil sacudió la cabeza. -Terry pensó que le daría un mal nombre a la ciudad, pero al demonio con eso. Si una joven está desaparecida, tienes que buscarla. Quizás si Jay hubiera estado por aquí... oh, quiere que vayáis a la casa, por cierto. Llamó esta mañana para saber más de vosotros. De todas formas, la relación entre Jay y Helen no era tan mala. Helen era mucha mujer después de dejar el alcohol, se entiende, pero tenía respaldo en él. Después escuchaba esto y aquello y terminó confusa al separarse de Jay.

Esa no era la impresión que me había dado Helen Hopkins. Sonaba como Sybil y Helen no se hubieran hablado nunca cara a cara.

Como si hubiera escuchado mi comentario interior, Sybil dijo, -Nunca quiso sentarse a hablar conmigo, para ver qué podíamos hacer. La llamaba y contestaba otra persona. Le enviaba un mensaje y no respondía- Sybil sacudió la cabeza. -Y ahora es demasiado tarde- Dijo dramáticamente, capaz de no ser sincera ahora que ya no hablaba de su hijo. -Pobre Helen. Pero al menos se libró del entierro de su hija. Harvey pillará al que lo hizo. El hijo de puta tratará de vender algo que le robó a Helen, o se emborrachará en un bar y se lo dirá a algún compañero. Harvey dice que así es como funciona.

Sybil Teague nunca sabría por ella misma como funcionaban las cosas, pensé. De alguna forma que todavía tenía que decidir, ella estaba tan alejada de la verdad que no se daría cuenta aunque la estuviera pisando.

Capítulo 11



-¿**P**orqué no eres uno de esos hackers de ordenadores?- Le pregunté a Tolliver. -Entonces podría contarte esto, y tendrías una brillante idea, y violarías el sistema informático de la ley, o el ordenador de casa de Teague para encontrar información crítica, y la podría usar.

-Tienes que dejar de leer novelas de misterio- Dijo Tolliver, frenando suavemente en uno de los stop de la ciudad. -O conseguirte un nuevo compinche.

-¿Compinche?

-Sí, si tú eres la chica brillante, yo debo ser el más lento pero brillante a mi manera, ¿Verdad?-

-Sí, Watson.

-Mas como Sharona- Murmuró.

-¿Eso me convertiría en Monk?

-Si te van los zapatos.

A decir verdad, eso me dolía un poco, la forma en que hace bromas demasiado cercanas a la realidad.

-Por supuesto, tú eres mucho más mono- Dijo con una voz juiciosa, y me sentí mejor. Un poco.

-Escucha, todo lo que ha dicho Sybil, ¿Te parecía Helen Hopkins?

-No- Dijo. -Por cierto, ¿A dónde vamos?

-A la casa de Helen Hopkins. Jay Hopkins quiere conocernos.

-¿Por qué?

-No tengo ni idea.

-Bueno, sonaba como que ninguno de ellos quería hacer el esfuerzo de hablar con el otro, a pesar del hecho de que uno de ellos era la madre de un adolescente muerto, y

que la otra era la madre de una adolescente desaparecida. Y esos chicos se amaban. Pero les debió de sentar como un jarro de agua fría saber que Teenie estaba embarazada.

-Sí. Y obviamente no se lo había dicho a su madre. Y Dell no se lo había dicho a Sybil, seguro. Pero se lo había dicho a su hermana menor. ¿No crees que es extraño?

-No. Te contaría cualquier cosa a ti antes que a mi padre o a tu madre.

Me sentí más cálida inmediatamente. -Pero eran circunstancias diferentes. Estos dos crecieron en condiciones normales.

-¿Normales? Helen era una alcohólica, y se divorció de su marido porque bebía y le pegaba. Sybil Teague es la mujer más fría que jamás he conocido, y si no se casó con ese pobre tipo para conseguir su dinero... bueno, me parece que lo único que quiere es a su hijo Dell, a ella misma, y luego por último a Mary Nell.

-Vale- Dije -Vale- A veces Tolliver me asombraba, y esta era una esas ocasiones.

Condujimos por la ciudad, llenándonos de las limitadas vistas y sonidos de Sarne. Como el fin de semana se había terminado, la ciudad había vuelto a su ritmo de vida invernal. Estaban quitando los cárteles de las farolas. Nadie llevaba un hermoso vestido. La Tía Sally tenía un cartel de cerrado durante el invierno en la puerta. Los caballos y carruajes ya no estaban en la plaza.

Nuestro teléfono sonó mientras íbamos de nuevo hacia la pequeña casa de Freedom Street. Yo respondí ya que Tolliver conducía.

-Hola- Dije, y una voz lejana preguntó -¿Harper?

-¿Sí?

-Soy Iona. La tía de Tolliver.

-Iona- Le susurré a Tolliver. Puse de nuevo mi boca sobre el micrófono. -Sí, ¿Qué quieres?

-Tu hermana se ha escapado.

-¿Cuál de ellas?

-Mariella.

Mariella acababa de cumplir once años. Tolliver y yo le habíamos enviado una postal, con algo de dinero. Por supuesto, no habíamos obtenido una carta de agradecimiento de ningún tipo, y cuando llamamos – vale, llamé – el mismo día, Iona me dijo que Mariella había salido. Estaba segura de haberla escuchado de fondo.

Esto se parecía horriblemente a la historia de Cameron. Me obligué a decir -¿Se ha escapado con alguien o simplemente ha desaparecido?

-Se escapó con un chico de trece años. Un delincuente llamado Craig.

-¿Y?

-Queremos que vuelvas para buscarla.

Mantuve el teléfono alejado para poner la mueca de incredulidad que era necesaria en este momento.

-Llevas cuatro años diciéndole lo horribles que somos Tolliver y yo- Le dije a mi tía Iona. -Si la encuentro no vendría corriendo hacia mí. Se iría en dirección contraria. Además, solo busco gente muerta. Búscala tú, llama a la policía, por supuesto. Seguro que no lo has hecho- Apreté el botón para colgar y terminar nuestra conversación, si es que se podía llamar así.

-¿Qué?- Preguntó Tolliver. Le repetí las palabras de Iona.

-¿No crees que has sido algo brusca?- Sus palabras eran suaves, pero me molestaron.

-Deberíamos estar en Memphis y Millington, y ya nos hemos retrasado suficiente. No hay forma de saber dónde está Mariella, ni ese tal Craig. ¿A dónde han podido ir? No pueden conducir. Estarán cerca de la carretera que va a casa de Iona, seguro. No ha acudido a la policía porque es demasiado orgullosa para decirles que se ha fugado-

-¿Recuerdas como era Cameron cuando tenía once años?-Tolliver preguntó. -Yo no la conocía todavía. Pero seguro que también se fugó, ¿eh?

-No- Dije. -Todavía estábamos a salvo cuando Cameron tenía once- Aunque probablemente las señales del divorcio de nuestros padres acababan de aparecer por aquel entonces, solo éramos demasiado jóvenes para interpretarlas. Todavía estábamos en nuestro caparazón de seguridad. -Quizás Mariella y su amigo se han unido al circo- Sugerí. -O se han ido de viaje con un grupo de rock.

-Creo que estás siendo anticuada- Dijo Tolliver. -Las chicas de hoy en día quieren ser diseñadoras o supermodelos.

-Bueno, Mariella nunca lo conseguirá- Dije. La última vez que habíamos visto a nuestra hermana Mariella, era bajita y regordeta, y las modelos no suelen serlo. Era todavía un poco joven para pegar el estirón.

-Llamarán después a Mark- Dijo Tolliver. Su hermano mayor no vivía demasiado lejos de Will y Iona.

-Pobre Mark- Dije. Siempre ayudaba a los demás, y necesitaba un descanso. Su primer matrimonio había terminado de forma espectacular rápidamente, y había estado saliendo con un montón de perdedoras desde entonces. Mark era un buen tipo, y se merecía algo mejor, pero siempre escogía lo peor. -Le deberíamos llamar esta noche.

-Buena idea. Bueno, aquí estamos de nuevo.

La pequeña casa parecía tenebrosa. Jay Hopkins quizás tuviera problemas para vender la casa, aunque estaba recién pintada y el patio estaba en buenas condiciones.

Jay Hopkins era tan delgado como lo había sido su ex-mujer. Me imaginé sus esqueletos golpéenos mientras tenían sexo, una imagen que rápidamente aparté de mi mente. Estaba sentado en las escaleras del porche, así que fui capaz de mirarle bien mientras atravesábamos el patio. El ex de Helen tenía el aspecto desnutrido de un bebedor habitual, y podía haber pasado por alguien de una edad variada, desde los cuarenta – su edad real – hasta los sesenta. Su pelo era escaso y de color rubio, y fumaba con caladas rápidas.

-Gracias por venir- Dijo -Usted debe ser la tipa psíquica-

-No soy psíquica-Expliqué, quizás por la millonésima vez. Quise decir que tampoco era una –tipa-, pero eso sería evidente y el tema me aburría. -Solo encuentro cuerpos-

-Soy Tolliver Lang, el hermano de Harper- Tolliver extendió su mano. -Siento su pérdida.

-Toda mi familia está muerta ahora- Dijo Jay Hopkins. -Mis dos hijas, y ahora mi mujer. No podía perderse mucho más que eso.

Busqué algo mentalmente para decir en ese momento, pero no se me ocurrió nada. Quizás no había nada que decir ante eso.

-Siéntense- Dijo Jay, cuando la pausa se volvió dolorosa.

-Antes de hacerlo- Dije bruscamente. -Tengo una pregunta para usted-¿Su mujer dejó la habitación de Teenie tal y como estaba?

-Sí, porque siempre esperaba que fuera a regresar- Dijo vacilante. -Sally y Teenie compartieron habitación hasta que Sally se casó con Hollis, y entonces Teenie la tuvo para ella sola. ¿Qué es lo que quiere saber?

-¿Puedo verla?

-Dijo que no era psíquica. ¿Qué espera encontrar?- Jay Hopkins era más agudo de lo que había pensado. Quizás hoy no había empezado a beber todavía.

Dudé. -Quiero ver si queda algún mechón de pelo en su cepillo- Dijo finalmente.

-¿Para qué?- Encendió otro cigarrillo. Era su casa, me recordé a mí misma.

-Quiero hacer una prueba- Dijo.

-¿Para averiguar el qué?

Ahora había hecho una pregunta de más.

-Creo que lo sabe- Dijo Tolliver de pronto. -Creo que usted también quiere saberlo-

Jay sacó el cigarrillo de entre sus labios. -¿De qué está hablando, señor?

-Se pregunta quién era su padre.

Jay se congeló en el sitio, supongo que asombrado de que alguien fuera capaz de decirlo en voz alta. -Era mi hija- Dijo finalmente, con una voz muy definitiva.

-Sí, por lo que importa. Pero tenemos que saber cuál era su padre biológico- Dijo Tolliver.

-¿Por qué? Yo soy el que va a enterrarla. No pueden quitarme eso- Esta era la voz de un hombre que había perdido muchas cosas, aunque estaba segura de que él también había ayudado a echarlas a perder.

-Si su padre no ha mostrado signos de querer reclamarla, no lo hará ahora- Dijo razonablemente.

-Hay muchas probabilidades de que yo sea el padre de Teenie. No quiero que nadie piense mal de Helen-

Demasiado tarde. -Creo que todo el mundo sabe que Helen era humana- Dijo amablemente -Creo que la culpa sería del padre, por no hacerse responsable- Estaba pensando, si Tolliver puede sujetarle y yo corro escaleras arriba...

-Está bien- Dijo Jay Hopkins. Sonaba derrotado, demolido, y sabía que mi petición era una cosa más que se añadía a sus penas. Pero en este momento, su autoestima no me importaba mucho. Dudaba que le quedara mucha que conservar.

-¿Qué harán con su pelo?- Preguntó.

-Enviarlo a un laboratorio, para que miren su ADN.

-¿Cómo?

Me encogí de hombros. -Por mensajería, supongo.

-Su habitación está a la izquierda- Sus codos estaban sobre sus huesudas rodillas, e inclinó la cabeza sobre sus manos. Había algo petulante en él. Debería haber sido avisada.

La casa era tan pequeña que no había dudas de a qué habitación se refería. Todavía tenía dos camas, con una mesilla de noche entre ellas. Las paredes estaban cubiertas de posters y papeles. Había ramilletes secos, invitaciones para fiestas, cartas de amigos y pegatinas con frases, un gran sombrero y una manta de Dairy Queen. Pequeñas cosas que les provocarían recuerdos sobre quién se los dio, y ahora esos recuerdos ya no existían. Estaba dispuesta a apostar que habían quitado las cosas de Sally al casarse. Todas estas cosas eran de Teenie. No había ningún pelo en su cepillo en la estantería bajo el pequeño espejo. Me pregunté si la policía lo habría cogido, para una muestra de ADN. Rebusqué en el bolso que había en unos cajones. Lo vacié sobre una de las camas y apareció un pequeño cepillo lleno de pelo negro de Teenie. Puse el cepillo en un sobre marrón que había traído conmigo. Estaba segura de que mucha gente había rebuscado en esta habitación a conciencia – la policía y Helen, por supuesto. Yo también rebuscaría en la habitación de mi hija si desaparecía. Rasgaría las paredes si era necesario. No parecía tener sentido conservarla por las pruebas.

Obtuve una muestra de pelo de Jay Hopkins, quién hizo una broma seca de lo poco que le quedaba para ir dándolo por ahí. Ahora tenía pelo de ambos. Para enviarlo.

Tolliver tenía un amigo que trabajaba en un laboratorio privado de Dallas. Podía hacer cosas que yo no. Su amigo era una mujer, y siempre mantenían charlas amistosas, eso no mataba a nadie. Bueno, hacía que se me revolviere el estómago, pero no me iba a morir por ello.

Estaba ansiosa por marcharme, pero Jay quería saber de qué hablamos con Helen, y me sentí obligada a contarle lo mismo que le dije a la policía. Me había dado permiso también para llevarme el cepillo de Teenie, y de pronto parecía más interesado que triste ante la idea de averiguar quién era el padre biológico de Teenie.

-¿Y vas a pagar esto?- Tolliver preguntó mientras nos alejábamos. Nos fuimos a la oficina de la mensajería, que estaba bastante alejado de la plaza. Un pequeño negocio en Sarne – en el sur en general – tenía que diversificarse, pero estaba acostumbrada a eso y me gustaba. Vino un cartero y seguí el consejo de la amiga de Tolliver y lo empaqueté en varios sobres

-Sí Dije. Voy a pagar esto.

-¿Porqué lo estás haciendo?

-No lo sé. Quiero marcharme, Quiero justicia, Me parece horrible que Helen perdiera a sus dos hijas por asesinato.

-¿Esto no es por Hollis?- Tolliver preguntó, su voz afilada. -¿Es porque quieres impresionar a un agente de la ley?

Tuve ganas de darle una bofetada a Tolliver, o de gritar. Pero le miré un momento y no hice ninguna de las dos cosas. Después de un largo momento, dijo, -Vale, lo siento-

-¿Dijo que le costaría tres días hacer un análisis preliminar?- Le pregunté.

-Sí. Más tiempo para un análisis definitivo, pero tres días es rápido para un sí o no. Ya que son pelos, y no muestras de sangre.

Nos marchábamos de la tienda cuando un coche patrulla aparcó junto al nuestro. Un ayudante del sheriff salió, un hombre que no había visto antes. Era alto, delgado y de edad media, con el pelo casi rapado. Llevaba gafas muy feas y estaba tan tenso como una serpiente. Miró la parte trasera del coche fijándose en la matrícula como si estuviera en alemán.

-He buscado su matrícula- Dijo. -Tienen una orden de arresto en Montana-

-No es verdad- Dije. Pero Tolliver me cogió del brazo.

-Y tiene rota una de las luces traseras- Señaló, pero no fui tan tonta como para acercarme para verlo. Esperó una reacción por nuestra parte, parecía algo decepcionado cuando no obtuvo ninguna. -¿Usted, señor, es el dueño del coche?-

-Sí- Dijo Tolliver cuidadosamente.

-Inclínese contra el coche con las manos sobre el capó. Voy a tener que arrestarle-

Sentí como un zumbido resonó en mi cabeza, era distante. Me congelé mientras mi hermano silenciosamente hacía lo que le habían dicho. Tolliver también había visto la tensión en el cuerpo del oficial.

-Que...- Tuve que aclararme la garganta. -¿Qué está haciendo?-

-Orden de arresto, tendrá que ir a la cárcel mientras arreglamos esto.

-¿Qué?- No podía comprenderle porque el zumbido aumentó.

-El juez vendrá pronto. Si hay algún error, lo resolverá rápidamente.

-¿Qué?

-¿No me comprende?- Dijo el hombre alto. -¿No habla inglés, mujer?

-Está arrestando a mi hermano- Dije.

-Exacto.

-Porque dice que le buscan en Montana.

-Si, señora.

-Pero no es cierto. Los cargos fueron desestimados.

-Eso no es lo que dice el ordenador. Y, señora, aparte de eso, está el asunto de la luz trasera- Y señaló. Mientras Tolliver se quedaba donde estaba, me incliné cuidadosamente sobre el coche, manteniendo una distancia de seguridad entre el oficial y yo. La luz estaba destrozada.

-Estaba bien cuando entramos en la tienda- Dije.

-Nos tendrá que disculpar de no poder aceptar su palabra- Dijo el oficial, sonriendo. Rodeó el coche, tratando de mantenerse alejado de mí, y cacheó a Tolliver. Podía ver trozos de cristal esparcidos por el suelo.

-¿Cuándo le podré sacar?- pregunté, tratando de imaginarme que el oficial no estaba ahí. Esto era una trama, pero no podía hacer nada.

-Cuando el juez ponga la fianza por la luz trasera, y arreglemos todo- Dijo el oficial. - No tenemos un juez local, tendremos que esperar a que venga.

Suspiré. No pude evitarlo. Cada reacción de miedo que daba aumentaba la confiaba y poder del oficial, pero no había nada que pudiera hacer para evitarlo. Estaba al borde de un ataque de pánico, y estaba rebuscando en mi cabeza algo para arreglar esto, ahora mismo.

-¿Cuál es su nombre?

-Bledsoe- Respondió, no demasiado alegre.

-Harper- Dijo mi hermano. Ahora estaba esposado, y el zumbido aumentó más y más mientras miraba el metal sobre sus muñecas. El oficial me miraba incómodo. Había dejado de sonreír. -Llama a Art. Te recomendará a alguien- Art Barfield era nuestro abogado. Su oficina estaba en Atlanta, que era donde necesitamos por primera vez sus servicios.

El oficial me miró más nervioso cuando se dio cuenta de que teníamos un poderoso abogado a nuestras espaldas (cosa que no era exactamente verdad) y empezó a decir algo. De pronto se lo pensó mejor y se quedó en silencio. Entonces se lo pensó de nuevo. -No haga una montaña de esto, señorita. No le va a pasar nada a su hermano en nuestra cárcel-

Ni siquiera había pensado en eso. Estaba centrada en mi egoísta sentimiento de necesidad de Tolliver, mi miedo de pensar como me las apañaría sin él. Me había

aterrado por algo equivocado, lo noté de inmediato. Noté que Tolliver iba a estar en manos del oficial, quién estaba lleno de poder.

Tolliver empezó a rodear el coche para ir hacia mí, y el oficial tiró de sus esposas.

Tuve que recomponerme. Me concentré, completamente, empujando a un lado a la niña aterrada que había en mi interior. Respiré profundamente. Tenía que centrarme en Tolliver ahora, no en mí y en mis temblorosas manos. Mi cerebro empezó a funcionar de nuevo; quizás no bien, pero empecé a pensar algo.

Miré directamente a los ojos de Bledsoe. -Si algo le sucede a Tolliver en su cárcel, sería muy, muy desafortunado- Eso no era una amenaza, ¿Verdad? NO quería darle excusas para encerrarme a mí también.

-Voy a sacar el teléfono móvil del bolsillo de mi hermano, ahora- Dije, con un tono de voz casi por debajo de un susurro. Dejé mi bolso sobre el coche para que fuera obvio que no iba armada. Nadie se movió mientras levanté mis manos y me acerqué lentamente a Tolliver. Quise que el oficial se muriera. Quise estar de pie sobre su tumba. Nunca aparté mi mirada de sus ojos, que eran estrechos y azulados. Sus pestañas se movieron, y apartó la mirada hacia su coche patrulla, fingiendo estar fascinado por la voz que salía de la radio.

Deslicé mi mano dentro del bolsillo de Tolliver y saqué el teléfono.

-Orgulloso de ti- Murmuró Tolliver y sonrió, le devolví la sonrisa lo mejor que pude. Puse mi cabeza sobre su hombro un segundo, y después me enderecé, ampliando la sonrisa lo máximo que pude, mientras el oficial metía a Tolliver en el asiento trasero del coche patrulla. El policía entró, y mientras le miraba, retrocedió y se llevó a Tolliver.

Me quedé de pie en la acera hasta que el tipo de la tienda salió para preguntarme si estaba bien.

Capítulo 12



Conduje hasta el motel lenta y cuidadosamente. Sentí como si me hubieran amputado la mano derecha, o uno de mis pies. Me sentí tan expuesta y vulnerable como si tuviera un cartel en la espada, igual de discreto que si una jirafa recorriera las calles de Sarne.

Cuando regresé a la habitación, cerré la puerta con llave y me sentí cerca del abismo. Mi pierna derecha, maltrecha por el impacto del rayo, temblaba y casi no podía soportar mi peso. Pero conseguí sujetarme a algo, con las uñas. Me miré en el espejo por encima del lavabo. -Voy a soportarlo- Me dije a mí misma en voz alta. -Voy a aguantar porque soy lo único que tiene Tolliver- Me sentí mejor después de mirarme al espejo un minuto y ver mi propia determinación. Parecía una persona capaz de soportar cualquier cosa.

Llamé a Art Barfield. Art no era un abogado muy famoso a nivel nacional, ni era miembro de una gran firma. Era respetado en el sur por su vieja y adinerada familia, y bien conocido en Atlanta por sus excentricidades. Estaba con dos abogados más, abogados que eran ligeramente más tradicionales que Art.

Su secretaria era como una flecha, y no le gustó mucho que le dijera que quería hablar con Art. Pero después de hablar con su jefe, escuché su voz sureña y la tensión que me había creado desapareció al instante.

-¿Dónde estás, querida?- Art preguntó.

-Sarne, Arkansas.

-Dios mío, ¿Qué demonios haces allí?

Casi sonreí. -Tenemos un caso aquí. Pero hubo complicaciones. Cuando salimos de una tienda, apareció un imbécil oficial esperando para arrestar a Tolliver- Le expliqué la orden de búsqueda y la luz rota.

-Hmm. ¿Así que Tolliver está en la cárcel?

-Sí- Eso se pareció demasiado a un gemido. Sujeté el teléfono tan firmemente que mis dedos se pusieron blancos.

-¿Ahora estás sola, cielo?

-Sí.

-Eso no es bueno. Por supuesto que no quieren a Tolliver en Montana. Aclaremos todo eso. No puede ser arrestado por una luz rota, así que el policía lo arrestó por otra razón.

Eso no era lo que diría yo para liberar a Tolliver, pero me alegré de hablar con alguien que diera por sentada la inocencia de Tolliver.

-¿Vas a ser capaz de manejar esto, querida?- La voz de Art era amable, pero también brusca, como si esperara una respuesta rápida.

-Sí, estaré bien- Dije, segura de que estaba mintiendo.

-Eso quiere decir que lo intentarás- Art tradujo.

-Sí.

-Bien por ti, cielo. Te diré algo, conozco un abogado en Little Rock que puede ir allí y apañar todo esto. Su nombre es Phyllis Folliette. Escribe eso, ahora.

No había nada malo con mi memoria, pero lo escribí, junto con su número de teléfono.

-La llamaré en cuanto colguemos, y ella contactará contigo de inmediato, o al menos lo antes posible.

-Eso está bien- Dije. -Eso es bueno. Escucha, ¿Art? No pueden abrir paquetes que hemos enviado por mensajería, ¿Verdad?

-No- Dijo. -Supongo que necesitarían una orden para eso- Entonces me dijo que llamara si necesitaba algo más y colgó.

Esperaba que Bledsoe no supiera lo que estábamos haciendo en la tienda; no había entrado para preguntar qué hacíamos allí, y no me preguntó. Así que quizás el envío de la muestra de pelo no era el motivo para el arresto de Tolliver. Quizás había algo más.

Harvey Branscom, aunque no era mi tipo favorito, me había parecido un tipo independiente, uno que conocía el negocio. ¿Por qué consentiría formar parte de esta charada? ¿Quién podría causarle tanta influencia? Él debía de saber lo que había hecho el oficial.

¿Qué ganaba con encerrar a Tolliver? Esa era la pregunta crucial. ¿Cuál era el resultado de eso?

Bueno, lo primero que se me ocurrió es que así nos tendríamos que quedar más tiempo en Sarne. Pero no podía comprender por qué eso sería una ventaja para nadie. Un salvaje pensamiento pasó por mi mente, y lo consideré. ¿Podría Hollis haberse vuelto tan loco por mí en un tiempo tan corto como para desear encerrar a Tolliver para mantenerme allí? No podía creerme eso. A decir verdad, era mucho más sencillo imaginarme ese escenario con Mary Nell haciendo eso con Tolliver, porque la orden de búsqueda y el faro roto parecían pasos de aficionado. Pero parecía improbable que Mary Nell supiera que habíamos tenido problemas en Montana hace un tiempo, y aunque lo supiera, no podría meterse en el ordenador de la policía para falsear los datos.

Traté de imaginar una progresión creíble de causas y efectos, oportunidad y motivos, sentada sola en la habitación del motel. Cuando mi mente se quedó en blanco, abrí la puerta de la habitación de Tolliver y fui a sentarme allí. Ya habían hecho las camas y puesto toallas limpias, así que no quedaba rastro de Tolliver en la habitación, al menos a simple vista. Por un rato, estar allí me hizo sentirme mejor; pero después, me sentí tonta y como una intrusa, así que volví a la mía.

Llamaron a la puerta, y casi salté al techo. Miré el reloj. Había estado sentada ahí, con mis pensamientos corriendo por mi mente como un hámster en una rueda, por más de una hora.

En la puerta, Hollis dijo -Lo siento.

-Has... ¿No has tenido nada que ver con esto, verdad?

-No- Dijo, sin sonar ofendido. Sonaba casi amable, el tono de voz que pones cuando tienes miedo de que un perro se vuelva contra ti. -Marv Bledsoe y Jay Hopkins, solían beber juntos.

Recordé la mirada de Jay Hopkins, y estaba segura de que había llamado a Marv para decirle donde podía encontrarnos. Normal que no le importara darnos muestras. No creía que tuviéramos tiempo de enviarlas por correo.

-Nunca confié en Jay, ni en Marv. Por desgracia, Harvey sí, o al menos actúa como si lo hiciera. Y los estatales se han ido. Se fueron para ver otro asesinato que creen que pueda estar relacionado con el de Teenie y Dell. Así que no hay nada que frene a Marv, como debería ser.

-Así que, ¿Has visto la orden?

-No, no yo. Escuché que tuvisteis algunos problemas en Montana el año pasado mientras trabajabais.

-Sí, pero se resolvió todo. No piden fianza por Tolliver. Lo sabría. Y no teníamos una luz rota esta mañana cuando salimos.

-¿Le viste hacerlo?

-No, no le vi.

-Si Marv se ha inventado todo esto, tendrá alguna forma de deteneros- Hollis dijo, sentándose pesadamente sobre el borde de mi cama. -Pensé que sería mejor venir a ver como estabas. Tengo la impresión de que dependes mucho de tu hermano.

-Así es- Dije simplemente. -Pero estaré bien. Ya he llamado a un abogado de Little Rock. Va a llamarme.

-Eso es bueno- Dijo Hollis de corazón. -Lo estás haciendo muy bien- De nuevo, los ánimos eran demasiado falsos.

Sabía que no era, ya sabes, la Sra. Estabilidad. Pero hay una diferencia entre saberlo y que te lo pasen por la cara. -No puedes ocultar lo rara que eres- Era el mensaje entre líneas. -Necesitas cuidados especiales y tratamiento- Empecé a tensarme de nuevo.

-Hollis- Dije, escuchando como mi voz salía en forma de gruñido. -Asegúrate de que no le pase nada a Tolliver mientras esté en la cárcel. ¿Vale?

Podía ver su resentimiento con lo que eso implicaba, pero en ese momento, no me importaba eso. Lo que me importaba era ver en su cara que nada le pasaría a mi hermano en la cárcel, que sería tratado bien.

No encontré en Hollis esa expresión.

-Hollis, escúchame- Dije, con la voz más tranquila que pude encontrar. -Sabes que adoro esta ciudad y la vida que tenéis aquí. Pero algo está pasando en Sarne, hay una manzana podrida en la cesta. Hay mucho que no sabemos sobre esas muertes. Alguien que conoces asesinó a Dell Teague y a Teenie Hopkins. Alguien mató a tu mujer Sally y mató a Helen Hopkins de una paliza. Y alguien que conoces no quiere que mi hermano se marche, por algún motivo. Ahora, tenemos que averiguar quién es esa persona. Vine aquí, hice mi trabajo, y lo hice rápido y bien. Ahora, Tolliver y yo deberíamos poder irnos y dejaros que resolvierais vuestros malditos problemas.

-Estaba empezando a importarte yo cuando todo esto sucedió- Hollis dijo, ante mi total sorpresa. Parecía el tipo de cosa que los hombres creen que diría una mujer.

-Sí- Dije. -Así era.

-Se que alguien es responsable de todas las muertes- Dijo. -Lo sé. Y sé que es alguien que conozco. Pero no puedo imaginarme el porqué. Sally era una buena mujer,

amable, y la quería- Hollis estaba teniendo problemas en mantener el hilo de sus pensamientos igual que yo.

-Sabía algo- Dije. -Conocía un secreto, uno grade. Murió la primera-

Lo pensamos unos segundos.

-¿Puedes recordar algo de ella, de los días antes de que muriera? ¿Estaba excitada, triste, preocupada?

Hollis pareció profundamente deprimido. Quise tocar su pelo, acariciarlo, pero mantuve mis manos en mi regazo. -Parecía como una persona que guardaba un secreto- Dijo pesadamente. -Me hablaba de casi todo, pero algunas cosas sobre su familia y el caos en el que se había metido su madre – supongo que no sorprende mucho que no quisiera hablar de sus problemas de bebida y peleas, y su divorcio, o de su madre y padre...bueno, de sus infidelidades.

Pensé en esa frase. -Entonces, era abierta y sincera contigo con casi todo excepto con su familia- Dije.

Dudó. -Sí- Dijo finalmente, firme. -Todo excepto su familia.

-¿Crees que tenía un secreto porque acaba de descubrir algo – tipo ¡Aha! ¡Eureka! – o porque su madre o Teenie le habían dicho algo?

Hollis trató de recordar, mientras yo trataba de no parecer impaciente. Me daba pena tener que hacerle pasar por el dolor de nuevo, pero era necesario. Una parte de mí estaba preguntando -¿Por qué no hizo esto antes?- Por supuesto, había pensado que su mujer había muerto accidentalmente. Ahora que sabía que había sido asesinada, seguramente le habría estado dando vueltas en su cabeza.

-Creo que averiguó algo- Dijo. -Es casi imposible decir lo que pasa por la cabeza de alguien, ¿Sabes? Y estoy pensando que quizás no conocía a Sally tanto como creía. Si hubiéramos estado casados más tiempo, confiado más uno en el otro, me hubiera contado qué le preocupaba, en lo que pensaba. Podríamos haberlo arreglado juntos. Pero no llevábamos tanto tiempo casados. No habíamos sido puestos a prueba-

Esto no nos llevaba a ninguna parte. -¿Pasó algo justo antes de que ella muriera?- Pregunté, notando que quizás sonaba insensible. -¿Algo que hubiera podido provocar su muerte?

-Solo la muerte de Dick Teague- Dijo Hollis.

-¿Cuándo murió?- Pregunté. Lo había leído en las noticias del periódico, pero no había apuntado la fecha.

-Creo que en febrero. Me parece- Dijo Hollis después de pensarlo un rato. -Cuando Sybil le encontró, no pudo ocuparse de todo el funeral, así que contrató a Helen ya Sally para limpiar la casa. ¿Sabías que Sybil solía hacer que Helen le limpiara la casa antes de que empezara a beber tanto? Sybil contrató a Barb Happ después de eso. Yo tampoco quería que Helen limpiara para nadie, pero Sally disfrutaba limpiando y dijo que podría hacerlo en su día libre, no solo porque le daba pena Sybil, si no porque quería algo de dinero extra para navidad. Sally llamó ese día preocupada por algo.

-¿Pero no te dio ninguna pista?- Había asumido que Sally había descubierto el embarazo de su hermana, pero Sally había muerto meses antes del hecho.

-Por supuesto, le pregunté cómo fue el trabajo. Dijo que limpió el piso de abajo mientras su madre se ocupaba del piso de arriba, y eso es todo lo que dijo. El estudio estaba igual que antes de que Dick cayera muerto, y eso le hizo gracia, dijo. Pero esa noche, buscó en uno de sus libros de la escuela. Dejaron de usarlo en la escuela, así que les dejaron llevárselos si querían, y eso hizo ella. Sally estaba interesada en algo que me sorprendió.

-¿Qué libro era?

-Tenía varios. No puedo recordarlos ahora. Solo lo recuerdo porque parecía tan... como si estuviera pensando mucho en algo, y cuando Sally encontró el libro, lo estudió un largo tiempo. Eso era inusual.

-¿Crees que podrías recordarlo?

-Quizás. Miraré esta tarde, a ver si puedo encontrarlo. Me parece que tenía la cubierta roja...- Hollis parecía distante, como si sus ojos estuvieran repasando la escena, supongo que así era.

El teléfono sonó. Salté como un metro sobre el suelo. -¿Hola?- Dije.

-¿Srta. Connelly?-Era una voz de mujer, del sur y de alguna forma sonaba inteligente.

-Sí.

-Soy Phyllis Folliette. De Huff, Moon y Green.

-Cierto. Oh, bien-Hollis señalaba la puerta, indicando que tenía que irse, y asentí con la cabeza y le despedí con la mano mientras volvía a poner mi atención en la abogada.

-Vale- Dijo ella, y su voz se volvió cuidadosamente suave. -Escuché que están en algún tipo de problema, en Sarne.

-Si.

-Solo quería decirle, que llamé a la oficina del sheriff y dijo que su hermano no estará retenido más de dos días. No puedo sacarle hasta que lo diga el juez, ¿Entendido?

-Sí, lo comprendo.

-Y el juez no llegará hasta pasado mañana.

Vale, no era estúpida. -Comprendo que dos días son pasado mañana- Dije claramente.

-Um. Lo sé... Siento si le ha molestado- Se disculpó la abogada. -La costumbre.

-Um...

-Entonces, iré a Sarne, pasado mañana, para sacar a su hermano de la cárcel- Dijo. - Los cargos suenan como un montón de basura, pero llamaré a Montana a primera hora de la mañana para aclarar esto. Mientras tanto, no haga nada brusco, y no se preocupe. Art me ha encargado que le diga eso. ¿Vale?

-Sí.

-Vale. Ahora voy a pasarle con su contable, para que se pueda ocupar de esa parte.

Todo el mundo quiere cobrar, hasta yo – especialmente yo, ya que en cualquier momento mi don podría desaparecer. Quería usarlo mientras lo tuviera, y es mi única cosa valiosa. Debería ayudarme a vivir, supongo. Ya que me impedía tener una vida normal.

Después de arreglar algunas cosas con el contable, colgué el teléfono y pensé qué era lo siguiente que tenía que hacer. Recogí las cosas de Tolliver y las metí en mi habitación. Fui hacia la recepción del motel y le dije al horrible y viejo Vernon McCluskey que no íbamos a utilizar la segunda habitación de momento. Dijo que estaba listo para que nos fuéramos, y le dije que tenía que quedarme en Sarne un par de días más. No podía echarme, no legamente – aunque hoy era un día en el que la legalidad no estaba muy clara en Sarne. Si trataba de hacerme marchar, iría a la siguiente ciudad, que estaba en un estado diferente.

Mientras pensaba en ello, regresé a la habitación. Me encontré agitando los brazos al aire como hacen los niños, para centrarme. Necesitaba algo más que eso, comida mejor, pero no quería salir yo sola. Era una cosa saber que Tolliver me esperaba en el motel o que estaba en algún lugar de la misma ciudad; y otra totalmente diferente saber que estaba encerrado en la cárcel. Me preguntaba qué le darían para cenar, y cuando podría verle. Me preguntaba si tendría compañero de celda. Me preguntaba como de rudo podría ser su compañero.

La persona más importante que conocía en Sarne, dejando a un lado el sheriff, era Sybil Teague. No sabía si le importaría, y dudaba que me fuera a ayudar, pero la llamé de todas formas.

-Mi hermano está en la cárcel, Sybil- Dije, después de que me dijera que se alegraba de escucharme.

-Paul Edwards me lo ha mencionado esta tarde- Dijo Sybil, con su voz fría de mujer rica. -Lo siento mucho.

Eso no sonaba prometedor. -La policía no busca a Tolliver- Dije, lo más tranquilamente que pude.

-Sé que mi hermano es el sheriff, pero debe darse cuenta que no puedo interferir en asuntos legales- Sybil Dijo, y su voz era heladora más que fría.

-Tolliver es mi hermano, y el oficial de tu hermano le ha encerrado, por razones que solo sabe él-

-¿Qué oficial?- Dijo Sybil, y eso me sorprendió.

-Uno llamado Bledsoe. Que coincidencia, ¿Eh?- Quería que Sybil confesara que me había echado encima al oficial, para saber quién era mi enemigo.

-Ese es Marv- Dijo lentamente, y ahora parecía algo menos feliz, porque había tratado de culparla o por otra cosa. -El primo segundo de Paul. Pero eso no quiere decir nada.

¿Todo el mundo relacionado con el caso estaba emparentado o qué?

Sybil no quería hacer nada para ayudarme, y no estaba segura de si quería que hiciera algo concreto. No estaba feliz, y pude notar que no pensaba que Tolliver fuera culpable. Pero tampoco quería o podía interferir con el sheriff. Colgamos, las dos igual de infelices.

Pensé mucho un largo rato. Entonces llamé a Mary Nell Teague al móvil. Le había dado el número a Tolliver, y lo había sacado del bolsillo de su chaqueta cuando recogí sus cosas. Lo había escrito bajo su nombre lleno de florituras.

Mary Nell no se alegró de escuchar mi voz al otro lado de la línea.

-Tolliver no puede llamarte- Dije. -Ya que tu tío Harvey le ha metido en la cárcel- Eso no era del todo exacto, pero no quería ser justa.

Pegó un grito y siguió así durante un minuto mientras yo esperaba pacientemente al otro lado de la línea.

-Por supuesto, que no le busca la policía de Montana- Dijo ella. -Es una locura.

Aunque Mary Nell basaba su opinión en su atracción sexual por Tolliver más que en hechos, era bueno escuchar que alguien estaba de su lado. Para poner a la adolescente en el buen camino, le dije que su madre se había negado a ayudarme. No lo dije tan bruscamente, pero me aseguré de que captara la idea. Eso aseguraba que la vida de Sybil sería desagradable al menos durante veinticuatro horas, cosa que era justo lo que se merecía. No soy muy rencorosa.

Llamé después a Hollis, y no obtuve respuesta. Considerando su salida anterior, como si tuviera que irse urgentemente a otro lugar, me pregunta si había vuelto a patrullar. ¿O quizás solo estaba siendo una rata cobarde? ¿Quizás el sheriff le había dicho que se mantuviera alejado de mí si quería mantener su trabajo? Hollis probablemente quería mantenerlo. Traté de no culparle, pero era suficientemente miserable en ese momento como para pensar que era una rata cobarde.

Consideré mi siguiente acción. La posibilidad de romper a llorar cruzó el horizonte, temblando y estremeciéndome. Pero eso sería contraproducente, y había algo más que tenía que poder hacer, aparte de quedarme sentada en la cama del maldito motel. Podría ir a darle una paliza a Bledsoe; y en ese momento sentí que podría sacar su hígado con mis uñas. Pero seguramente había algo más constructivo que hacer... consideré todo lo que sabía, y entonces se me ocurrió. Llamé a Hollis de nuevo y dejé un mensaje en su contestador.

-Si no lo coges es porque no quieres hablar conmigo, me parece bien, pero quiero que sepas esto: Voy ahora mismo a tu casa y voy a rebuscar en tus estanterías- Me arrepentí de haberle devuelto el dinero la otra vez, ya que lo podría haber usando como incentivo si todavía lo tenía.

Corrí hasta la casa de Hollis, ya que necesitaba hacer ejercicio. Quizás me ayudara a mantenerme tranquila más tiempo. La pierna me dolió un par de veces, pero no fue nada horrible. No había coches aparcados en el exterior. Había planeado entrar estuviera Hollis dentro o no, así que no me importaba. Pero no quería ser arrestada mientras lo hacía. Por suerte, la puerta trasera estaba apartada de la mirada de curiosos por espesos arbustos. Ya que era un día entre semana, los posibles vecinos estarían fuera.

Para ser policía, tenía muy poca seguridad. Encontré la llave de repuesto en el tercer lugar en el que busqué – colgando de un clavo por encima de la puerta en el poche. Era una esquina oscura, ligeramente oculta de la vista, pero mis dedos palparon hasta que sentí el clavo, y en un segundo tuve la llave en la mano. Me alegró encontrarla; esto me evitaría tener que romper una ventana para entrar – un gran riesgo, como cualquier policía debería saber.

Ya que el día estaba de nuevo nublado, tuve que encender la luz del comedor. Solo había pasado por delante la otra vez, cuando fuimos a su habitación, así que no me era muy familiar. La pequeña habitación era confortable y... acogedora, con un sillón reclinable y esponjoso. Había una inusual mesa de café delante de la mecedora, y una mesa con una lámpara, revistas y un libro, junto a varias notas. Justo al lado había una estantería llena de libros, la mayoría de suspense, y novelas de Jayne Anne Krent, Sandra Brown, Nora Roberts y demás. Tres eran de misterio – Lee Child y Thomas Cook – que seguramente pertenecían a Hollis.

Hice una revisión general de la casa para asegurarme que estaba buscando en el lugar adecuado. La habitación no tenía estanterías, y la segunda habitación (usada ahora como sala para el ordenador) solo tenía el ordenador y guías de video juegos. En la cocina había un par de libros de recetas, y en el baño una cesta con revistas. Volví al comedor, y revisé los estantes.

Hollis me había dicho que había sacado sus viejos libros de la escuela. Estaba dispuesta a apostar que todavía no los había guardado, y tenía razón. Sally Hopkins Boxleitner se había quedado con un libro de poesía inglesa, una copia de Julio Cesar y El mercader de Venecia, y un libro de historia americana. Había un libro de biología básica también, bastante desgastado.

Según Hollis, el libro tenía una portada roja. Tanto el libro de historia como el de biología eran de color rojizo, al menos el lomo.

-¿Qué demonios estás haciendo aquí?- Supongo que parte de mí asumió los sonidos de Hollis entrando, porque no me sobresalté. Sonaba bastante enfadado.

-Estoy tratando de buscar lo que Sally buscaba esa noche- Dije. -Encontré tu llave de repuesto en menos de dos minutos. Toma. El libro de historia. ¿Este era suyo?-

-¿Por qué no has esperado a que regresara a casa?- Quizás sonaba algo menos molesto ahora.

-Pensé que me estabas evitando, así que pensé que no me ibas a dejar entrar-

-¿Así que decidiste entrar sin más? ¿Sabes que es ilegal?

-Igual que meter a un hombre en la cárcel por algo que no es cierto. ¿Este era el libro que tenía en las manos?-

-Quizás- Dijo, distraído. -¿Hay otro rojo?

-Sí, el de biología, este.

-Quizás fuera ese.

-Vale. Mira tú en el de historia. Yo miraré el de biología.

Giré el libro, lo sacudí y cayó un trozo de papel. Supuse que sería una vieja lista de la compra o una nota que le había escrito a un chico que se sentaba junto a ella en la cuarta hora en la escuela. Pero era algo mucho menos obvio.

Era media hoja de papel blanco, y en él había escrito -SO, YO, DA, NO.

-Si lo hubieras dejado dentro, sabríamos en donde estaba- Señaló Hollis.

-Tienes razón- Dije ausentemente. -Lo he estropeado. ¿Te dice algo esto?

-No, no a primera vista. Pero esa es su letra... la de Sally.

Había un nuevo tono en su voz que penetró en mi sistema emocional.

-Lo siento- Dije, haciendo un gran esfuerzo. -Sé que esto es revolver lo que querías olvidar.

-No, no trato de olvidar a Sally- Dijo. -Pero trato de pensar en el resto de mi vida. Y las ideas de los últimos días, la idea de que Sally fue asesinada, de que el hijo de puta que lo hizo va por esta ciudad, hablándome, libre, no paran de rondarme la cabeza. Y el hecho de cada vez que te veo, me dan tantas ganas de follarte que me duele. Entrás en mi casa sin permiso, en mi maldita casa, y quiero follarte ahora mismo sobre el suelo-

-¿Si?

-Si.

Era como si hubiera encendido un interruptor. De pronto, yo también lo estaba pensando, pensando que sería bueno olvidarme de mis problemas unos minutos, y me giré quitándome la camiseta.

Fue rápido y violento y el encuentro más excitante que he tenido jamás. Uñas y dientes, piel contra piel, el sonido de un cuerpo contra otro. Después, se tumbó a mi lado en el suelo en el pequeño espacio que había y dijo -Tengo que limpiar- Estaba respirando agitadamente, y las palabras salieron lentamente.

-Un poco de polvo- Dije. -Pero eran una buena compañía.

Resolló al reírse, y me puse el sujetador de nuevo porque había corriente de aire en el suelo. Me giré de lado y me puse sobre un codo.

-Te hecho heridas en la espalda- Dije, mirando los arañazos y la sangre. -Lo siento.

-Se sintió bien cuando sucedió- Dijo, y estaba empezando a quedarse dormido. -No me importa.

Mientras se dormía, me giré de nuevo y ojeé el libro de biología. Era un libro muy básico, con capítulos sobre células y reproducción, el sistema nervioso de los humanos, cómo funcionan los ojos, y...

Miré las marcas de arañazos del hombro de Hollis y sacudí la cabeza. Miré de nuevo al gráfico de la página.

Me puse de nuevo los vaqueros.

-Hollis- Dije suavemente.

-¿Mmph?- dijo, abriendo los ojos.

-Tengo que irme.

-¿Qué? Espera un minuto. ¿Dónde está tu coche?

-Vine corriendo desde el motel hasta tu casa. Volveré andando.

-No, espera un minuto, te llevaré al motel. O puedes quedarte aquí. Sé que no te gusta estar sola.

No era estar sola lo que me ponía ansiosa. Era estar sin mi hermano. Pero no quería explicarle eso. -Necesito volver al motel- Dije, lo más apesadumbrada que pude. -Creo que el abogado podría volver a llamarme- Vale, eso era una mentira, pero estaba tratando de evitar herir sus sentimientos. Tenía que hacer algunas cosas, y tendría vía libre si Hollis no andaba cerca. Se puso su uniforme.

-¿Has comido ya?- Preguntó Hollis, mientras íbamos por la calle principal.

-Ah... no. Creo que no- No había ni siquiera terminado la barra de cereales.

-Entonces al menos deja que te lleve a comprar un bocadillo o algo.

-Eso estaría bien- Dije, de pronto notando que tenía hambre.

El coche se llenó del olor de pollo frito; mi boca estaba salivando.

Cuando Hollis aparcó ante la puerta de mi habitación salí del coche con la bolsa que contenía el bocadillo; quería usar la luz de sus faros para poder meter la llave en la cerradura. El motel era de todo menos bien iluminado. Hollis empezó a retroceder mientras abría la puerta. Me giré para despedirle con una mano mientras en la otra llevaba la bolsa. Casi no pude ver como él me despedía mientras cambiaba de marchas.

De pronto, desde dentro de la habitación me cogieron del brazo y me agitaron, entonces me encontré en el suelo de la habitación a una velocidad increíble.

Rodé y me tiré encima del atacante, empujándolo contra la puerta abierta. Nunca te dejes acorrallar. Tienes que pelear al instante, lo había averiguado siendo una adolescente, o tu oponente tendrá el poder; o te duelen las heridas o te aterras. Y tienes que atacar con todas tus fuerzas. Empuja, muerde, araña, pateas, aprietas; déjate llevar. Si estás dedicada a herir al otro, tus propias heridas no duelen tanto. Casi no sentía los golpes del hombre en mis costillas cuando le cogí de los testículos y tiré hacia abajo, y entonces le mordí en el cuello lo más fuerte que pude. Estaba gritando y tratando de defenderse cuando Hollis entró.

Me senté con la espalda contra la pared del motel, gimiendo y temblando con la emoción de la pelea, y miré mi atacante, quién Hollis estaba esposando con pocos movimientos. Era Scott, por supuesto, el admirador adolescente de Mary Nell, Scott, el que había tratado de atacarme antes. Ahora estaba sollozando, pequeño mocoso bastardo.

-¿Estás loco?- Le gritó Hollis. -¿Estás chiflado? ¿Atacando así a una mujer?

-Ella es la que está loca- Dijo Scott. Escupió algo de sangre. -¿La has visto?

-Scott, ¿Por qué demonios decidiste hacer esto?- Podía ver que Hollis estaba totalmente asombrado. -¿Quién te dejó entrar en la habitación?- Sacudió al chico.

El adolescente se mantuvo en silencio, mirando a Hollis.

Vernon McCluskey salió de su oficina y bajó por la acera hacia donde estábamos.

-Vernon, ¿Le has dejado entrar en la habitación de Harper?

-Nah- Dijo Vernon. Miró al chico despectivamente. Sabía que no era por haber atacado a una mujer, pero porque había fallado en su ataque. -Yo le alquilé la habitación de al lado. La que antes ocupaba su hermano. Si dejó sin cerrar la puerta que las une es cosa suya. Yo no sabía que Scott iba a hacer esto- Vernon sacudió la cabeza con falso pesar.

Hijo de puta.

Si me sentía paranoica, tenía mis buenos motivos.

-Levántate, Scott- Dijo Hollis. -Vas a ir a la cárcel. Harper ¿Vas a poner cargos?

-Oh, claro que sí- Necesitaba una mano, pero Hollis estaba escoltando a Scott a su coche, y no se lo hubiera pedido a Vernon por nada del mundo. Temblorosa, me puse de pie. Mis músculos tensos estaban temblando, y me sentí débil y enferma. Odiaba a casi todo el mundo. -Quizás tenga que esperar hasta mañana, pero voy a poner cargos. Estaba dispuesta a perdonarle la primera vez, cuando parecía un adolescente loco de celos, pero esto va mucho más allá.

¿Qué demonios había inducido a este chico, que tenía tanto miedo de sus padres y del entrenador, a intentar algo como esto? ¿Qué le habían ordenado hacer? ¿Matarme, darme una paliza?

-Pagado- Dije. Hollis se detuvo, a medias de meter al chico en el coche. -Seguro que alguien le pagó para hacer esto.

Y por la cara de Scott vi que había dado en el clavo. -¿Tenías que romperme algún hueso?- Le pregunté. -¿O matarme?

-Cállate- Dijo, girando su cara de mí. -No me hables más.

-Cobarde- Dije, y recordé que Harvey Branscom le había dicho lo mismo la mañana anterior. Harvey tenía razón.

-Que te den- Dijo Scott, y entonces Hollis cerró la puerta tras él.

Vernon todavía estaba de pie cuando se fueron.

-Si haces algo más aparte de coger mi llave el día que nos vayamos, pondré tantas denuncias que te irás a la bancarrota- Dije. Sabía muy bien que había dejado cerrada la puerta que había entre las habitaciones. -Si me sucede algo, mi hermano vendrá a ajustar cuentas. Si le pasa algo a él, nuestro abogado lo hará.

No dijo nada, pero me miró con hostiles ojos mientras cerraba la puerta y ponía el pestillo. Cogí la bolsa del bocado. Por suerte, no había pedido nada de beber, ya que tenía botellas en el frigorífico de la habitación. Vernon probablemente me hubiera arrestado por deterioro de material si tiraba una coca-cola en su verde moqueta.

Puse una silla bajo el manillar de la puerta y puse el frigorífico contra la puerta que unía ambas habitaciones. No sujetaría la puerta, pero retrasaría la entrada y podría escucharlo. Usé mi teléfono móvil para llamar a Art en Atlanta, y le dejé un mensaje en su contestador detallando lo que acababa de suceder. Solo para que lo supiera.

Estaba tan sola que lloré.

Entonces me comí lo de la bolsa, no porque quisiera (ya estaba frío para entonces) pero porque necesitaba energías. Me quité la ropa con dedos temblorosos. Estaba hecha un asco; había tenido sexo y una pelea en la misma tarde, y necesitaba una ducha. Me miré al espejo que había sobre el lavabo. Mis costillas ya se estaban poniendo moradas en el lado en que Scott me había dado un par de buenos golpes. Respiré profundamente, tratando de ver si tenía costillas rotas. No lo creía, después de unos movimientos experimentales.

Me aliviaba un poco pensar que si había sido un día malo para mí, sería peor para Scott. Había pasado de ser el capitán del equipo de fútbol y adecuado para Mary Nell a

un delincuente. Su dolido orgullo lo había hecho; eso y un soborno. Suponía que estaría avergonzado de los acontecimientos de la mañana. El entrenador probablemente le habría hecho quedar como un tonto, después de que el sheriff le hubiera llamado cobarde. En vez de tomarse esas palabras en serio, se había enfadado y cuando le habían ofrecido dinero había saltado para recuperar su autoestima. Era una de esas situaciones donde aprendes de qué estás hecho. Por desgracia para Scott, averiguo que era algo más débil de lo que se pensaba.

Hollis llamó después de meter a Scott en la cárcel. Quería saber cómo estaba y decirme que no habría nada por la noche que me fuera a molestar. -Ya averiguaremos que significaban las iniciales- Dijo. -Conocía a mi mujer, y lo comprenderé antes o después.

No creo que tuviéramos hasta -después'- y no sabía si conocer a Sally ayudaría o no. Ella sabía exactamente lo que ella quería decir, y se refería a algo sencillo y obvio. Con todos mis respetos a Sally, si una chica que se había graduado en Sarne podía descubrir algo después de mirar un libro de biología, yo sería capaz de hacerlo también. Igual que un gran número de gente, y eso era lo que me preocupaba. -SO YO DA NO- escribí en la libreta que había junto al teléfono. Lo escribí como una sola palabra. Lo escribí del revés. Traté de hacer palabras con las letras. Me dormí con el lapicero en la mano.

Capítulo 13



Un golpe en la puerta me despertó. Abrí un ojo y miré el reloj que había junto a la mesa. Eran las siete de la mañana.

-¿Quién es?- Pregunté con cuidado, cuando fui hacia la puerta.

-Mary Nell.

Oh, maravilloso. Moví la silla para abrir la puerta, y entró. -Tenemos que sacarle- Dijo dramáticamente, y tuve ganas de golpearla.

-Sí- Dije. -Yo también quiero que salga- Si había algo de sarcasmo en mi voz, Nell Teague no lo notó.

-¿Qué has hecho para ello?

Parpadeé, me senté a un lado de la cama. -He contratado una abogada que vendrá mañana- Dije.

-Oh- Dijo, con menos humos. -Bueno, yo llamé a Toby Buckell, pero se rió de mí. Dijo que no ocuparía a no ser que le llamara un adulto.

Me lo podía imaginar. -Siento que te tratara irrespetuosamente- Dije, tratando de parecer que lo sentía de verdad. -Aprecio tu esfuerzo. Pero Tolliver es mi hermano, y yo soy la que tiene que ocuparse de esto- Quería ser amable con esta chica, pero me estaba desgastando. Hablando de dramas. Entonces me acordé de que ella había perdido a su hermano y a su padre en un breve periodo de tiempo, y me obligué a ser más hospitalaria.

¿Te gustaría algo de café, o un refresco?- Pregunté.

-Claro- Dijo ella, acercándose al frigorífico y sacando una coca-cola. Saqué café de la cafetera del motel, era un café horrible, pero al menos estaba caliente y contenía cafeína. Miré a mi visitante. La cara de Mary Nell no llevaba maquillaje, y su pelo estaba sujeto en una coleta. Parecía tener su edad, ni un año más ni uno menos. Ahora debería estar trabajando en su ensayo de inglés, o al teléfono con alguna de sus amigas hablando de su cita de la última noche, en vez de en una habitación de motel con una mujer como yo.

-Has dicho que has llamado a otro abogado- Dije. -¿Porqué no Paul Edwards?

Dijo de pronto. -Creo que mi madre se va a casar con el Sr. Edwards.

-¿No te gusta?- Estaba buscando algo que decir.

-Nos llevamos bien- Dijo Mary Nell. -Siempre está cerca. Él y mi padre eran amigos, y mi madre siempre le pedía opinión para todo. A Dell nunca le gustó el Sr. Edwards demasiado, tuvieron una gran pelea antes de que Dell muriera.

-¿Sobre qué?- Pregunté, tratando de sonar casual.

-No lo sé. Dell no me lo dijo. Había averiguado algo, y se fue a hablarlo con el Sr. Edwards, pero a Dell no le gustó lo que el Sr. Edwards le dijo.

-¿Algo que había averiguado sobre Paul?

-No sé si era sobre el Sr. Edwards o otra cosa. Dell solo pensó que el Sr. Edwards sería capaz de ayudarlo, de darle una respuesta.

-Oh- Ninguna de las letras eran P o una E, suponiendo que las letras que había escrito Sally fueran iniciales de una persona. Maldición, ¿Por qué la gente no escribía frases enteras? A la mierda las abreviaturas.

-Pensé que tú y Dell erais cercanos- Dije, cosa que fue falta de tacto y estúpida. -Me sorprende que no te dijera porqué estaba molesto.

Me dedicó una mirada escandalizada. -Bueno, para ser hermano y hermana éramos íntimos-

-¿Qué quiere decir eso?

-Hay cosas de las que los hermanos no hablan entre ellos- Dijo, como si le hubieran pedido que le explicara qué era la nieve a un esquimal. -Quiero decir, hay cosas de las que Tolliver y tú no habláis, ¿Verdad? Oh, lo olvidaba. No eres su verdadera hermana. Así que no lo puedes saber-

Touché.

-Los hermanos no hablan de sexo, ni aunque crezcan- Me dijo. Recordé lo estupefacta que estaba cuando nos contó que su hermano le había dicho que Teenie estaba embarazada. -Los hermanos no hablan de quién se lo hace con quién. Pero el resto, eso es de lo que hablan.

-¿Scott y tú hablasteis de cómo vino aquí a darme una paliza?- Pregunté.

Se estremeció. -¿De qué estás hablando?

Así que todavía no se había extendido la historia en Sarne, y ella no lo sabía. -Alguien le pagó a Scott para que viniera a esconderse en mi habitación la noche

pasada. Supuestamente tenía que darme una paliza. Fue como la otra mañana, solo que esta vez estaba solo. Si Hollis Boxleitner no hubiera estado conmigo, ahora podría estar en el hospital.

-No lo sabía- Dijo ella, y de nuevo me sentí culpable. Pero no hay forma amable de contarle eso a nadie. Y lo había minimizado lo más que había podido. -¿Qué está pasando en nuestra ciudad? ¡Estábamos bien hasta que vinisteis!

Esa era una buena salida. -Tu madre me invitó- Le recordé. -Y todo lo que hice fue encontrar el cuerpo de Teenie, como tenía que hacer.

-Hubiera sido mejor que no la encontrara- Dijo Nell de forma infantil, como si yo hubiera podido predecir lo que iba a suceder.

-Ese era mi trabajo. Ella no debería haber estado en los bosques esperando a ser encontrada. Hice mi trabajo, y fue lo correcto Dije lo más tranquilamente que pude.

-¿Entonces por qué está pasando todo esto?- Preguntó, como si debiera darle una respuesta. -¿Qué está pasando?

Sacudí la cabeza negativamente. No tenía ni idea. Cuando tuviera una, una que sacara a mi hermano de la cárcel, nunca iba a poner un pie en Sarne otra vez.

Nell se fue a clase, pareciendo aturdida y muy joven.

Me pasé por la comisaría para que me tomaran declaración sobre el incidente de la noche anterior y pregunté si podía ver a Tolliver. Casi tenía miedo de preguntar a la mujer de la mesa, era una gran mujer que había estado la primera vez que fui allí la semana pasada. Tenía miedo de que una vez supieran que quería verle, ellos trataran de impedírmelo. Y ni quiera sabían quiénes eran “ellos”.

-Las horas de visita son de dos a tres los martes y viernes- Dijo ella, apartando su mirada de mí como si fuera demasiado repugnante para su vista.

Como era martes, podría verle por la tarde. Lo que me causó un enorme alivio. Pero hasta las dos de la tarde, no tenía nada que hacer. Estaba harta de la habitación del motel.

Fui al cementerio, uno reciente. Quería visitar al resto de los Teague, la parte muerta de la familia. Esta vez pude aparcar cerca de la tumba de los Teague, y me alegré porque la temperatura estaba bajando rápidamente. Estaba en Arkansas a principios de Noviembre, así que la nieve no era muy probable; pero en los Ozarks, tampoco era algo imposible. Llevaba una bufanda roja rodeando mi cuello y llevaba guantes rojos. Llevaba una chaqueta azul brillante. Me gusta ser visible, especialmente en Arkansas en la temporada de caza. Era la primera vez que me había abrigado tanto

este otoño, y me sentí como un niño que es enviado a jugar con la nieve por primera vez.

Miré a mí alrededor hacia el vacío paisaje. Al otro lado de la carretera, hacia el oeste, había árboles. Había un grupo pequeño de cosas, quizás una veintena, hacia el norte; tenían jardines y barbacoas fuera de sus puertas deslizantes. No se veían coches; todo el mundo trabajaba para mantener ese nivel de vida. El cementerio se extendía hacia el sur en una ladera, la parte que también bloqueaba la vista de la zona este. Era un lugar tranquilo.

Fue fácil localizar la tumba de los Teague. Había un gran monumento en un pedestal en el centro, con TEAGUE grabado en él, dos veces, una en el norte y otra en el sur.

Me moví entre los Teague, trabajando de tumba en tumba. En conjunto no era una familia de largas vidas. El abuelo de Dell había vivido hasta los cincuenta y dos, cuando tuvo un ataque al corazón. Dos de los familiares de los abuelos estaban también, muertos de muy jóvenes. La abuela de Dell era la más dura. Había muerto a los setenta y dos, y había muerto hace dos años – de neumonía. Saludé a Dell; su disparo rompía los esquemas, por supuesto. Hice la resta ante la tumba del padre de Dell y averigüé que solo tenía cuarenta y siete cuando Sybil lo encontró muerto sobre su mesa.

Por supuesto, Dick Teague había sido mi objetivo todo el tiempo. Cuando llegué a su lugar de descanso, sentí anticipación, como lo que sientes antes de morder el postre. Bajo el suelo rocoso mi sentido especial se dejó llevar, estableciendo contacto con el cuerpo que había debajo de mí. Examiné a Dick Teague con la atención que se merecía. Pero encontré una barrera de zapatos, tierra y ataúd amortiguaban la respuesta. Necesitaba más contacto. Me recosté sobre la tumba con las manos en la tierra. Justo cuando me agaché escuché un ruido de crujidos proveniente del bosque que había al oeste del cementerio, y algo me rozó la cara lo suficientemente fuerte como para hacerme gritar.

Me puse la mano sobre la cara, y el guante se manchó de sangre. Mi sangre era de una tonalidad roja diferente que el rojo escarlata del guante, y lo miré algo aturdida. Escuché el crujido de nuevo, y de pronto me di cuenta de que alguien me estaba disparando.

Pasé de posición medio sentada a tumbada en una décima de segundo. Gracias a Dios que no estaba en Delta, donde todo era tan plano que no me hubiera podido esconder ni detrás de una mosca. Me acurruqué para ponerme a cubierto en la zona este del monumento. No era tan ancho como yo, pero era lo mejor que podía hacer.

Por un milagro, había puesto mi teléfono en mi bolsillo, y me quité un guante y llamé al 911. Pude ver que la persona que respondió era la mujer con la que acababa

de hablar en la comisaría. -Estoy en el cementerio de la 314, y alguien me está disparando desde el bosque- Dije. -Dos disparos.

-¿Le han dado?

-Solo por un trozo de granito. Pero me da miedo moverme- Empecé a llorar de miedo, e hice un esfuerzo para mantener mi voz nivelada.

-Vale, ahora enviaremos a alguien- Dijo. -¿Quiere quedarse al teléfono?- Se giró un momento y escuché como le daba la localización a un agente. -Quizás solo sea un cazador que se ha equivocado.

-Solo si el ciervo es azul chillón.

-¿Ha escuchado más disparos?

-No- Dije. -Pero estoy detrás del monumento de los Teague.

-¿Escucha el coche acercándose ya?

-Sí, escucho la sirena- No era la primera vez que me alegraba de escuchar la sirena de la policía en Sarne. Me limpié la cara con el guante limpio. Un coche de policía aparcó junto al mío, y Bledsoe, el oficial que había detenido a Tolliver, salió de él. Se paseó hasta donde yo estaba.

-¿Dice que alguien le está disparando?- Preguntó. Podía apostar que él estaría encantado de sacar su pistola y probar su suerte conmigo.

Me levanté lentamente, luchando contra mis débiles piernas. Me incliné contra el monumento de granito, pensando que respirar profundamente varias veces me ayudaría.

Me miró la cara. Su comportamiento se volvió mucho más profesional. -¿De dónde dice que venían los disparos?

Señalé al bosque que había al otro de la carretera hacia el oeste, la parte más cercana al cementerio. -Ves, mira la tumba de Dick Teague- Dije, señalando la pequeña esquirla que había saltado al ser alcanzada.

De pronto, Bledsoe estaba revisando el bosque con los ojos estrechos. Su mano se posó sobre su Holster.

-¿De dónde sale la sangre?- preguntó. -¿Te alcanzó?

-Ha sido la esquirla de la tumba- Dije, y no me alegró mucho lo inestable que era mi tono de voz. -La bala pasó muy cerca. La esquirla me dio en la cara.

Miré al suelo, recogí la esquirla y se la di.

-Bueno, podría haberlo hecho usted misma- Dijo, sin mucha convicción.

-No me importa lo que piense- Le dije. -No me importa lo que escriba en su informe. Mientras viniera para evitar que el tipo dejara de dispararme, no me importa-

-¿Dice 'el tipo' por algún motivo?- Preguntó.

-Para nada- Mi respiración ya casi era normal ahora. Mientras me acostumbraba a que nadie iba a tratar de matarme en el siguiente segundo, volví a mi opinión anterior sobre el oficial.

-¿Qué estaba haciendo aquí, de todas maneras?- Él también, estaba volviendo a su hostilidad.

-Solo de visita-

Pareció asqueado. -Usted es algo rara, ¿Lo sabe?

-Podría decir lo mismo. Escuche, me voy a ir mientras se queda aquí, porque no quiero morir en esta ciudad. Gracias por venir. Al menos...- Me detuve antes de terminar. -Al menos la policía de aquí no está totalmente corrupta- Supuse que eso no era muy diplomático, especialmente ya que el oficial no estaba ante mí apuntadome y gritándome -¡Adelante, dispárale!

Me dedicó un breve asentimiento de cabeza. Mientras cerraba mi puerta, dijo -¿Estaba sobre la tumba de Dick Teague?

Asentí.

-¿Quería saber qué le mató?

Asentí de nuevo.

-¿Bueno, qué fue? Según usted.

-Ataque al corazón. Igual que su padre- Mire al oficial, asegurándome de que su cara estaba serena y sincera.

-¿Entonces el médico tenía razón?

-Sí.

Asintió. Arranqué el motor y encendí la calefacción. Cuando me detuve en el cruce de la carretera del cementerio con la principal, miré por el espejo retrovisor. El oficial Bledsoe iba detrás de mí. Noté que tendría que pasar antes por el motel antes de ir a ver a Tolliver, a no ser que quisiera provocarle un ataque al corazón. Mi mejilla estaba manchada de sangre seca, y tenía alguna mancha también en el abrigo.

Odiaba el motel a estas alturas, pero (ya que no había ningún atacante dentro cuando abrí la puerta) tuve que admitir que era más seguro que la calle. Sarne estaba empezando a ser una zona peligrosa para mí. Cerrando la puerta con pestillo, me fui a lavar la cara y a ponerme algo de maquillaje, incluyendo un brillante pintalabios. No quería parecer un fantasma cuando fuera a ver a Tolliver. Posiblemente el maquillaje de mis mejillas desviaba la atención de la herida, pero odiaba usarlo. Puse la chaqueta manchada de sangre y los guantes en la bañera y lo mojé todo en agua fría. Saqué la chaqueta de cuero negra.

Mientras iba hacia la cárcel, me di cuenta de que iba revisando los alrededores cada pocos segundos. Traté de no sentirme ridícula. Nadie iba a tratar de matarme a plena luz del día en mitad de la ciudad, me dije a mi misma. Pero claro, eso había pensado también la última vez que había visto a Scott; que era un adolescente inofensivo cuyo castigo sería más que suficiente. Ja.

Había estado antes en una cárcel. Ser registrada y tener que dejar que los guardias vacíen el bolso no era nada nuevo para mí. Aunque estaba lejos de ser agradable. Los movimientos bruscos que había hecho en el cementerio habían reabierto las heridas de la noche anterior. Yo era una masa de miseria, odiaba estar tan necesitada.

Ver a Tolliver entrando en la celda con un traje naranja hizo que mi cerebro se encendiera. Cuando el guardia le acomodó dentro, tuve que taparme la boca con las manos. Dos otros presos entraron con él (ninguno de ellos era Scott), y se fueron a ver a sus visitas en otras dos mesas. Las normas de la cárcel de Sarne eran: Mantén tus manos sobre la mesa para que sean visibles todo el tiempo. No intimes nada a no ser que lo hayas hablado antes con los guardias. No hables en voz alta ni te levantes de la silla hasta que los presos hayan abandonado la habitación.

Tolliver me cogió las manos. Nos miramos mutuamente. Finalmente dijo, -Te han hecho daño.

-Sí- Dije.

Su cara estaba rígida. -TU cara. ¿Alguna te alcanzó?

-No, no- No había preparado una historia para él. Sería estúpido tratar de disimularlo ya que él estaba en la cárcel. No pude pensar en una mentira que explicara todo, ni siquiera por la tranquilidad mental de Tolliver. -Alguien me disparó desde el bosque- Dije. -No me hice daño, salvo este arañado. No volveré al cementerio-

-¿Qué está pasando en esta ciudad?- Tolliver estaba teniendo problemas para controlar su tono de voz. -¿Qué le pasa a esta gente?

-¿Has visto a Scott?- Le pregunté, tratando de poner algo de alegría en mi voz.

-¿Scott el crío?

-Sí.

-Trajeron a alguien ayer por la noche, pero no le he visto aún. ¿Por qué le han encerrado?

-Estaba en mi habitación del motel cuando Hollis me trajo de vuelta, y él...

La expresión de la cara de Tolliver me detuvo.

-Tienes que calmarte- Dije, tranquila y silenciosamente, sujetando sus manos como si fueran salvavidas y yo me estuviera ahogando. O él. -Tienes que hacerlo. Simplemente tienes. Ahora escucha, voy a estar bien. He llamado a los abogados, y a una mujer, Phyllis Folliette, de Little Rock, vendrá mañana para sacarte. Es una amiga de Art, así que está bien. Saldrás, y estaremos bien- Cambié mi posición en la silla, evitando un gemido.

-Ese Scott es un bastardo- Dijo Tolliver. Su voz era engañosamente tranquila.

-Sí- Dije, y lancé una especie de gruñido. -Sí, eso es lo que es, está bien. Pero creo que alguien le pagó para ser más el bastardo que realmente es.

Le conté a Tolliver sobre la muerte de Dick Teague, el hecho de que Sally había sido contratada para limpiar el despacho, el hecho de que había visto algo en la mesa de Dick que le había llamado la atención, tanto que había vuelto a casa y había consultado un libro de texto. -SO YO DA NO- tampoco le dijo nada a Tolliver.

-¿Quizás sea un anagrama?- Preguntó.

-No he sido capaz de formar una palabra si lo es- Dije. -Y eso no son las iniciales de nadie. Traté de escribirlo al revés. Traté de asignarles números. Traté de poner las letras en orden alfabético, y al revés. No creo que Sally Boxleitner pudiera crear un código mucho más completo que eso-

Tolliver pensó un minuto. Bajo mis dedos, pude notar su pulso, vivo y constante.

-¿Y qué había en su mesa?- preguntó Tolliver.

-Papeles del seguro.

-¿De quién?

-Según Sybil, estaba revisando las facturas médicas de la familia de ese año-

-¿Y tuvo un verdadero ataque al corazón?

-Sí, eso es lo que fui a ver al cementerio. Le viene de familia; al menos, el padre de Dick murió de la misma forma, muy pronto - aunque no tan pronto como Dick-

-Podré pensar mucho en ello, ya que no tengo nada más que hacer- Dijo Tolliver, tratando de no sonar muy amargo.

Me aclaré la garganta. -Te he traído uno de tus libros. Lo están mirando en busca de mensajes ocultos, supongo, y cuando terminen te lo llevarán a la celda-

-Oh, gracias- Hubo una pausa mientras trataba de no decir nada, pero no lo consiguió. -Sabes, estoy aquí, así que no podré hacer nada si alguien trata de hacerte daño.

-Lo sé.

-Me siento más furioso que en toda mi vida.

-Lo entiendo.

-Pero tenemos que averiguar quién me quería aquí dentro.

-Claro... ¿Quizás sea Jay Hopkins?

-¿Por qué piensas eso?

-Marv Bledsoe es un buen amigo suyo. Y Marv es un primo de Paul Edwards. O si no pudo ser el sheriff en persona, quién le dijo a Marv que te arrestara-

-De los tres, creo que Jay es el más probable.

Asentí. Jay era el más débil de los tres.

-Se ha terminado el tiempo- Dijo el guardia, y los otros dos visitantes se levantaron. Tolliver y yo nos miramos uno al otro. Estaba haciendo un gran esfuerzo para no mostrar lo ansiosa que realmente estaba. Sospechaba que Tolliver estaba haciendo lo mismo.

-Te veré mañana en el juicio- Dijo, cuando el guardia mostró signos de impaciencia. Solté sus manos y empujé la silla hacia tras.

Cinco minutos más tarde, estaba de pie en el frío día, preguntándome que podría hacer ahora. No podía dejar de pensar que alguien me estaba vigilando, y que ese alguien tenía un rifle en sus manos. Me preguntaba si viviría lo suficiente para sacar a Tolliver de la cárcel. Me desprecié a mi misma por tener miedo, porque al menos yo era libre; mi hermano no. Probablemente él no estaba más a salvo en la cárcel que yo andando por aquí fuera, especialmente si nuestro enemigo resultaba ser el sheriff.

Podía ver por el tráfico que había junto a la escuela que se habían terminado las clases. Así que no me sorprendió cuando mi nueva mejor amiga, Mary Nell, apareció en su pequeño coche. -Venga a dar una vuelta-Dijo, y me subí al asiento delantero. Me sorprendió que fuera sola, y también me sorprendió que se hubiera acercado a mí en un lugar tan público.

-¿Le has visto?- Preguntó, conduciendo a una velocidad que pensaba que era demasiado imprudente.

-Sí.

-No me han dejado, ya que yo no soy ni familia ni la esposa- Dijo eso con gran molestia, como si fuera extremadamente estúpido que los guardias no hubieran dejado que una adolescente enamorada visitara a un preso. Me estaba empezando a cansar esta chica, con su enamoramiento trivial y su sentido de los privilegios. Pero también sentía algo de pena por ella, y esperaba que nos pudiera ser útil para averiguar lo que realmente estaba sucediendo en Sarne.

Y necesitaba empezar a hacerlo ahora. -Mary Nell, ¿Qué sabes sobre Jay Hopkins?-

-Solía ser el marido de la Sra. Helen- Dijo ella. -Lo sabes.

-¿Tenía contacto alguno con Dell?

-¿Qué importa eso? No me gusta pensar en gente como él, son basura-

-Esto no va a ser fácil, pero es tiempo de que crezcas un poco

-Como si no lo hubiera hecho este último año.

-Has tenido grandes tragedias este último año, pero por lo que puedo decir, no te ha hecho madurar en absoluto.

Aparcó a un lado de la calle, con lágrimas en los ojos. -No puedo creerlo- Dijo ahogadamente. -¡Eres muy cruel! Tolliver se merece una hermana mejor que tú.

-Estoy de acuerdo. Pero soy lo que tiene, y tengo que hacer todo lo posible por él. Él también es todo lo que yo tengo- Noté que todavía no había respondido a mi pregunta. Pero supuse que eso en sí mismo ya era una respuesta.

Se secó las lágrimas con un pañuelo de papel y se sonó la nariz.- ¿Porqué no deja de preguntarme por la gente?

-Alguien me disparó hoy. Alguien pagó a tu admirador adolescente para darme una paliza, y alguien le dejó entrar en mi habitación. No creo que a él solo se le ocurriera hacer todo eso, ¿Y tú?

Sacudió negativamente la cabeza. -Cuando hablé con Scott ayer, estaba molesto conmigo, y contigo, pero iba a mantenerse alejado de ti. Sr. Random, el entrenador del equipo de futbol, le gritó delante de todo el equipo y le obligó a dar veinte vueltas al campo. Y el padre de Scott le ha prohibido ver la televisión o usar el teléfono durante un mes.

-¿Entonces que pudo pasar entre medio, para que viniera a esconderse en mi habitación así?- Dar veinte vueltas al campo, sin tele ni teléfono. Me alegraba saber que hacerme daño venia con un duro castigo.

-¿Has pensado que quizás fuera tu amigo, Hollis, quién se lo pidió?- Mary Nell había decidido contraatacar.

-No, nunca lo hice. ¿Por qué piensas eso?- Mary Nell estaba tratando de enfadarme, y estaba cerca de conseguirlo, pero me obligué a mantener el control sobre mí misma.

-Bueno, quizás Hollis solo quería tener la oportunidad de salvarte de algo malo, para que pareciera un héroe. Y quizás te disparó, cosa que solo dices tú – que pasó, quiero decir-

-¿Porqué me dispararía?

-para hacer que le necesitaras- Dijo ella. -Para que te quedes con él. Ahora que tu hermano está fuera, te sientes necesitada, ¿Verdad? Así que quizás Hollis hizo que arrestaran a Tolliver-

Me impresionó Mary Nell. Este era un pensamiento profundo para una chica de diecisiete años. Lo que decía tenía sentido, al menos algo. No quería creer su teoría sobre Hollis, y no pensaba que ella se lo creyera, pero tuve que considerar la opción durante varios segundos. Recordé haber tenido sexo con Hollis la noche anterior, y tuve un momento de duda, preguntándome si me había traicionado desde el principio. Entonces noté, más racionalmente, que Mary Nell se vengaba de mí por varios motivos, mayormente porque yo tenía una relación más íntima con mi hermano de la que ella tendría jamás.

Chica tonta. Pero mirándola, mientras se retocaba la cara y se peinaba el pelo, me di cuenta de que solo era siete años menor que yo. La vida de Mary Nell no había sido un camino de rosas, claro está, pero probablemente había sido mejor que la mía. Cuando yo tenía la edad de Mary Nell, aparte de haber sido golpeada por un rayo, mi vida había cambiado para siempre. Había visto como adultos que conocía y quería, tiraban su vida por el desagüe. Entonces perdí a mi hermana Cameron; literalmente, pérdida.

-No me mires así- Dijo Mary Nell, -¿Sabes siquiera dónde estás? ¡Dios, deja de hacer eso!

Parpadeé. No me había dado cuenta de que la estaba mirando fijamente.

-Lo siento- Dije automáticamente. -¿Tu madre me dijo que te hicieron una tonsilectomía el año pasado?

-Eres rara. Tan jodidamente rara- Dijo, atreviéndose a decir una palabra mala ante mí, desafiándome a corregirla.

No tuve reacción alguna. -Respóndeme- Dije, después de una pausa.

-Así es- Dijo, cansada.

-¿Estuviste en un hospital de aquí?

-En la ciudad de al lado, Monte Parnassus. Nuestro pequeño hospital cerró hace un par de años.

-¿Dell fue a ese mismo hospital cuando le tuvieron que dar puntos?- Estaba pensando de nuevo en la conversación que había tenido con Sybil en su casa. Era complicado. No estaba segura de qué intentaba demostrar; quizás lo sabría cuando lo escuchara. -Se había roto una pierna, ¿O era algo más?

-Ese fue el chico que conducía el coche. A Dell le dieron puntos en la cabeza. Al principio el médico pensó que podría tener más complicaciones, y estuvo inconsciente un rato, pero solo le dejaron allí una noche.

-Y tú padre también estaba en el hospital- Dije. Tratando de sacar algo de ninguna parte.

-Sí, tenía neumonía- La cara de Mary Nell se entristeció. -Tenía un corazón muy débil, y la neumonía le debilitó. Le dije que se pondría mejor, pero el día antes de morir, dijo 'Nelly, no soy el hombre que era antes de coger esta enfermedad.

-¿Te llamaba Nelly?

-Sí, o Nell. Le gustaba que yo y mi hermano fuéramos Nell y Dell- La cara de la adolescente colapsó mientras la miraba. -No tengo hermano ni padre. Probablemente nunca nadie más me llamará así para el resto de mi vida.

-Seguro que alguien lo hará- Dije, tratando de averiguar qué me había recordado algo. -Eres una chica guapa, Mary Nell, y tienes mucho espíritu. Alguien vendrá y te llamará como tú quieras.

Se iluminó, feliz de escuchar eso de boca de una persona que pensaba que la odiaba. Lo que sentía hacía mí era más probablemente envidia.

-¿Eso crees?

-Sí, eso creo.

-Harper- Dijo, y noté que nunca antes me había llamado por mi nombre, -¿Qué le va a suceder a Tolliver?

-Como dije antes, llamé a nuestro abogado. Me dio el nombre de una abogada de Arkansas. Vendrá aquí mañana. Viene desde Little Rock. Se ocupará de Tolliver. Sé que le sacará-

-¿Has hecho todo eso tú sola?

Asentí. -Claro.

-Yo no podría hacer eso- Dijo, derrotada. -No sabría por dónde empezar-

No quería sonar como la abuela sabelotodo de Ozarks, pero dije -Sabrás hacerlo cuando haga falta-

-Me gustaba la Sra. Helen- Dijo Mary Nell, sorprendiéndome de nuevo.

-Ya me habías dicho eso antes- Dije. -A mí también. ¿Cuánto la conocías?

-Bueno, trabajó para nosotros un tiempo. Así es como Dell conoció a Teenie. Quiero decir, sabía quién era por la escuela, porque todos nos conocemos, ¿Sabes? Pero probablemente nunca hubiera pasado tiempo con ella de no ser porque la Sra. Helen trabajara en nuestra casa. Así es como supo cómo era ella de verdad. Entonces la Sra. Helen empezó a beber mucho y llegaba tarde a trabajar, y mamá tuvo que dejarla marchar, y contrató a la Sra. Happ para ayudar. Pero Dell y Teenie siguieron viéndose-

Había escuchado la misma historia por parte de Hollis.

-Entonces el Sr. Jay, Jay Hopkins, le dio una paliza a la Sra. Helen, escuché a mamá y al tío Paul discutir sobre si la Sra. Helen debería trabajar de nuevo en la casa. El tío Paul decía que si la Sra. Helen estaba sobria merecía una segunda oportunidad, y mamá decía que después de lo que ya sabía, que no iba a dejar que Helen volviera a casa ni por amor ni por dinero. Especialmente por amor, dijo.

-¿Qué crees que quería decir con eso?- Pregunté. Con Mary Nell alrededor, no se necesitaba una grabadora.

-No lo sé- Dijo la chica. -Nunca lo comprendí. Creo mi madre pensaba que la Sra. Helen le había quitado algo. Pero no me lo dijeron- La amargura familiar se entremezcló en su voz: la adolescente contra el mundo de los adultos.

-Mary Nell, ¿Puedes llevarme hasta mi coche?

Sonó algo herida cuando me dijo que sí podía.

Había sido demasiado brusca; pero tenía que pensar, y sabía que Mary Nell seguiría hablando mientras me tuviera como audiencia.

Una vez estuve sola, me sentí visible y vulnerable. Conduje hasta el motel por la carretera más directa y me encerré en la maldita habitación bajo el maldito edredón verde. No tenía mensajes. No pude decidir si eso era bueno o malo. Mi pierna me dolía, como hacía a veces, y me subí los vaqueros y froté la piel, sobre las marcas moradas con forma de tela de araña. Cameron me había llamado Spiderwoman durante un tiempo, antes de que supiéramos que las marcas no iban a desaparecer. Mi padrastro se alegraba de pedirme que les enseñara la pierna a sus amigos.

Hollis nunca lo mencionó quizás no sabía que estaba relacionado con el impacto del rayo. Quizás pensaba que era una marca de nacimiento y no quería herir mis sentimientos.

Me tumbé en la cama. SO YO DA NO, pensé. Podría ser el coro de una canción caribeña. Vale. Al revés. ON AD OY OS. NO DA YO SO. Sonó, soda, yodo, asno, Samoa? No, solo una A. ¿Porqué una A? El resto terminaba en O.

Vale, y si la segunda letra era una... ¿condición? ¿Y si la primera letra era nombres? S podría ser Sybil, D de Dell, N de... oh, Mary Nell había dicho que su padre la llamaba Nelly. Eso podría ser la N. pero entonces, ¿Quién era Y? No había nadie cuyo nombre empezara con Y. D también podría ser Dick Teague, si no era Dell.

Por primera vez, deseé poder hacerles preguntas a los muertos. Solo podía tomar lo que me daban. Me daban una imagen de su muerte. Me daban lo que habían sentido en ese momento. Pero nunca me decían porqué, o quién, solo como.

Una bala en mi espalda... una infección en los pulmones... mi corazón se detuvo y dejó de bombear sangre... estaba demasiado cansado y viejo... el coche golpeó tan fuerte... la caída fue desde tal alto... recogí la segadora... no podía respirar, no podía respirar, mi inhalador estaba demasiado lejos... la carne se quedó atascada en mi garganta... el virus me recorrió y contaminó mi cuerpo... el cuchillo atravesó el hígado, después mi estómago, después...

Los muertos tenían muchas historias, pero nunca explicaban o condenaban. Había escuchado, en foros extraños que visitaba, que algunos como yo – gente que había sido tocada por la electricidad – podía ver a los muertos, e incluso comunicarse con ellos. Nadie más había confesado tener el tipo de intrincada relación con los muertos. Había gente que había sido golpeada por un rayo que podía ver el futuro, y que ahora andaban con una pierna, que eran ciegos de un ojo. Una mujer decía que nadie de su familia le ayudó después del impacto porque pensaban que todavía estaba cargada de electricidad. En un foro más privado, uno con muchos menos miembros, un hombre de Colorado decía que siempre le acompañaba su hermano muerto, que había muerto

por el mismo impacto del rayo. Nadie más podía ver a su hermano, por supuesto; su familia incluso le había tenido encerrado un tiempo.

Me quedé en la habitación del motel toda la noche. Pedí que me trajeran Pizza. Hollis llamó para decirme que iba a trabajar el turno de noche, y me recordó que le podía llamar si necesitaba algo. Tuve una llamada anónima con problemas de respiración, supuse que provenía de uno de los adolescentes que se había enfrentado a mí. Paul Edwards me llamó para decirme que sentía la –situación- de mi hermano, y me ofreció su ayuda.

Ya que era su primo el que había arrestado a mi hermano, estaba segura de que sería un conflicto de intereses, pero se lo agradecí amablemente. Me dijo entre líneas que quería pasar a verme para estar juntos. Le rechacé, con mucho menos tacto.

Era hermoso, y era abogado, y podría estar bien tener un amigo abogado, pero Paul Edwards no se ofrecía a ir con mujeres sin algún motivo. Quería algo, y quizás no era sexo. No parecía ser un amante muy constate. La relación entre el abogado y Sybil Teague no era clandestina, y aun así ahí estaba ofreciéndose.

Pude dormir unas pocas horas esa noche, que era más de lo que esperaba. Bebí café en la habitación. No era bueno, pero no tenía que estar con nadie para beberlo. No podría comer nada, así que ir a un restaurante era perder el tiempo.

Me había citado con Phyllis Folliette en el jurado. No sabía cómo era la abogada, pero fue muy fácil encontrarla. En cuanto la vi supe que no era de Sarne. Phyllis Folliette era una mujer alta con un traje verde y una blusa de seda, sus preciosos zapatos iban a juego con el bolso y su maletín... incluso con su pelo. Rondaba los cuarenta, Folliette emanaba inteligencia y confianza. Eso era lo que necesitaba.

Casi me sentí avergonzada de acércame a alguien que obviamente era una estrella. Pensé que pocas mujeres se sentirían atractivas si miraban a esta mujer, y yo no era una excepción. Era demasiado consciente de mi pelo revuelto y mis pantalones arrugados. Había hecho un esfuerzo de sacar la -ropa para clientes- de la maleta, pero no había encontrado fuerzas para plancharla. Con Phyllis Folliette tan hábilmente dando buena impresión, me arrepentí de no haber ido en vaqueros.

-Me alegro de conocerla- Dijo ella. -Ha impresionado a Art Barfield, y eso quiere decir algo- Me estrechó la mano y empezó a contarme lo que había aprendido al hablar con los oficiales de Sarne. -He ido a la cárcel- Dijo. -Algo sucede. Por una cosa, si se hubieran tomado en serio la orden de búsqueda de Montana, el Sr. Lang iría a un tribunal distinto. No sé cuanto sabe de las leyes de Arkansas- Levantó sus cejas.

-Considéreme una ignorante- Dije, cosa que era la pura verdad.

-Nunca le hubieran arrestado por un faro roto a no ser que hiciera algo más, como empujar al policía o evitar ser arrestado, algo como eso. Lo que hizo que el oficial arrestara a Tolliver fue que la orden de búsqueda de Montana seguía en vigor- Eso era también lo que Art había dicho. -Ahora, si siguen con esa historia, tu hermano iría a un tribunal con jurado. Pero no. Le van a llevar al juzgado de Sarne que se ocupa de asuntos menores. Lo verás cuando llegemos. Tendremos que esperar el turno, así que escucharás muchos otros cargos contra otras personas- Sus ojos marrones me miraron mientras hablaba.

-Harper, querida, está muy tensa- Dijo después de un momento. -Tiene que relajarse.

-¡No sabe lo falso que es todo esto!- Susurré. Estaba tratando de mantener la voz baja, porque estábamos en un pasillo público y la gente que pasaba nos miraba con curiosidad, pero estaba tan ansiosa que pensé que mis nervios podrían jugarme una mala pasada. -¿Me estás diciendo que lo de Montana va a esfumarse?

Miró su reloj. -Creo que sí. Tenemos algo de tiempo antes de que sea su turno. Vayamos a un lugar tranquilo. Creo que tiene que contarme toda la historia.

No pensaba que fuera posible contarle a Phyllis Folliette todo lo que había pasado en Sarne, pero hice lo posible para hacer un resumen coherente que concluyera con la detención de Tolliver.

-Está claro que hay alguien que va a por vosotros en la ciudad- Dijo, después de un rato de silencio. -Es evidente que os acosan. No importa lo que yo piense de su forma de vida, Srta. Connelly, lo que le están haciendo está mal. Y su hermano está siendo retenido para reforzar el mensaje de que no son bienvenidos aquí. Haré lo mejor que pueda sacarle. Fue arrestado en Montana el año pasado, ¿Verdad?

-Bueno, sí. Un tipo me tiró una piedra. Tolliver se molestó. Por supuesto.

-Por supuesto- Dijo, como si hablara todos los días con clientes que habían sido apedreados. -¿Tolliver se molestó lo suficiente como para enviar al tipo al hospital?

-Hey, esos cargos fueron desestimados.

-Um-hm. Creo que tuvo suerte con el juez aquella vez-

-¿Tiene una hermana?

-Uh... sí.

-Si alguien le tira una piedra a ella, iría a por la persona que la tiró, ¿Cierto?

-Creo que probablemente me ocuparía de mi hermana. Y dejaría que la policía se ocupara del tirador de piedras.

-Mírelo desde el punto de vista de un hombre.

-Vale, veo lo que quiere decir.

-Habló con Tolliver de esto, ¿Verdad?

-Sí, me dejaron verle esta mañana. Mencionó el incidente, pero no me dio detalles-

Sonreí. -Ese es Tolliver.

-Son muy cercanos- Observó. -¿Porqué el apellido es diferente? ¿Usted ha estado casada?

-No- Dije. -Su padre se casó con mi madre cuando éramos adolescentes- No me gustaba explicar eso.

Asintió, mirándome de reojo. Se disculpó para ir al baño, y me quedé de pie un rato. Cuando Phyllis regresó, saludó a mucha gente en el camino de vuelta a nuestro banco, en concreto a un hombre de pelo gris, probablemente de unos cincuenta, que llevaba gafas y un bonito traje.

Después de entrar a la sala, Phyllis Folliette vino hacia mí, dedicándome un enérgico asentimiento de cabeza. -Es hora de entrar o nos quedaremos sin sitio- Dijo, y nos unimos al grupo de gente que pasaba entre las puertas.

El techo estaba en algún lugar sobre nuestras cabezas. No había forma de decir cuantas palabras habían resonado en él a lo largo de estos años. Phyllis y yo nos sentamos en silencio, y la gente empezó a llenar la sala. Los celadores hicieron entrar a una fila de presos, y pude ver a Tolliver.

Me levanté, para que él pudiera verme, y me dedicó una mirada seria. Me senté de nuevo sobre el banco de madera. -Se ve bien- Le dije a la abogada, tratando de tranquilizarme a mí misma. -¿No cree que se ve bien?

-Sí- Dijo. -Pero creo que el naranja no le sienta bien.

-No- Dije. -No le sienta bien.

Mientras la gente de la sala parecía estar ordenándose, Phyllis dijo -Ya que tenemos un rato, tengo curiosidad. ¿Está relacionada con la Cameron que fue raptada en Texas hace unos años? Solo lo pregunto porque cuando Art Barfield me llamó, dijo que habían crecido en Texas y porque usted y la chica que desapareció tienen el mismo apellido. Si tiene sentido.

-Sí, tiene sentido- Dije, aunque no podía decir que estuviera muy centrada en la conversación. -Me pusieron este nombre en honor al padre de mi madre. Cameron por la madre de mi madre. Era mi hermana.

-He notado que usa el pasado. ¿La encontraron? Una vez los medios dejaron de cubrir la noticia...

-No. Pero algún día encontraré su cuerpo.

-Ah... vale.

Después de un rato, noté el peculiar tono de voz de la abogada. -Sabe- Dije más directamente, -Cuando la gente está desaparecida durante demasiado tiempo, suele ser porque están muertos.

-Hubo una chica en Utah, Elizabeth Smart.

-Sí. Hubo una chica en Utah. Estaba viva. Pero normalmente, cuando la gente desaparece por más de dos días, y no se pide rescate, están muertos. O se querían marchar. Sé que Cameron no se quería marchar. Así que está muerta-

-¿No tiene esperanza?- Sonaba incrédula.

-No tengo falsas esperanzas- Conocía mi trabajo.

El alguacil nos dijo que iba a entrar el juez, y nos levantamos. Un hombre de pelo gris (con un traje, en vez de una túnica) se sentó ante nosotros. No me sorprendió reconocer al hombre que había hablado con Phyllis antes. El defensor del pueblo (o al menos supuse que era él) ya estaba frente al juez, con un montón de archivos ante él, y empezó el procedimiento.

Había acudido a un par de juicios antes, por esto o aquello, así que no me sorprendió que no fuera como en Perry Mason o como en la más reciente Judge Judy. La gente entraba y salía. Los presos se retiraban y entraban. Entre los casos, había un zumbido de conversaciones. No había un aire reverencial, y poco drama. La justicia era como un negocio.

Cuando decían su nombre, la gente se levantaba e iba al podio que había frente al juez. El juez leía la ofensa, preguntaba si el demandante tenía algo que añadir, y entonces (después de una discusión) le decía al acusado cual era su amonestación.

-¿Esto no se parece más a un jurado de tráfico? No es suficientemente serio- Le susurré a Phyllis. Había estado escuchando al juez cuidadosamente, midiéndole.

-Esas fianzas son basura- Dijo, igual de silenciosamente. -Va directo a por el faro roto. Esto es increíble.

Le llevó una hora al juez resolver los casos anteriores al de Tolliver. Tolliver parecía cansado. De vez en cuando me miraba, y trataba de sonreír, pero podía notar que se estaba esforzando.

Finalmente, el notario dijo -Tolliver Lang.

Tolliver no estaba esposado, gracias a Dios. Se fue hasta el podio, con uno de los guardias acompañándole.

-Sr. Lang. Veo que se le acusó inicialmente porque había una orden de búsqueda pendiente de Montana, y que tuvo problemas con un faro trasero- El juez no parecía esperar que Tolliver respondiera. El juez tenía el ceño fruncido. -Pero el oficial que le puso la multa por el faro... ¿Oficial Bledsoe? ¿Está aquí?

-No, su señoría- Dijo el notario. -Está trabajando.

-Increíble. Dice que cometió un error con la orden de búsqueda.

-Sí, su señoría- Dijo el defensor del pueblo. -Se disculpa por el error.

-Este es un error muy serio- Dijo el juez. Frunció el ceño una vez más ante los papeles. -Y muy extraño. ¿Y el faro?

-Mantuvo su multa por el faro, su señoría- Dijo el abogado, con recta expresión.

-¿Cuánto tiempo ha pasado este hombre en la cárcel?

-Dos noches.

-Dos noches en la cárcel por un faro roto.

-Uh, sí, señor.

-¿No opuso resistencia al arresto?- Por primera vez, el juez se dirigió directamente a Tolliver. Pude ver como se le tensaba la espalda.

-No, señor- Tolliver respondió.

-¿Ha sido arrestado en Montana?

-Sí, señor, pero desestimaron los cargos.

-Eso es conocimiento público.

-Si, señor. Y fue hace más de un año.

-Sr. Lang, ¿Quiere presentar cargos contra el oficial Bledsoe?

-No, señor. Solo quiero salir de la cárcel.

-y puedo comprender eso. Será liberado, sin fianza, solo pague la multa por el faro. No se niega a eso, ¿No?

Tolliver se quedó en silencio. Estaba segura de que estaba debatiendo si decirle que el faro lo había roto Bledsoe con su porra.

-No, su señoría.

-Vale, faro roto, ciento cincuenta dólares- Dijo el juez, y eso fue todo. El celador sacó a Tolliver por la puerta lateral por donde había entrado, supuse que para regresar a la cárcel y empezar el papeleo. -¿Hay alguien aquí para pagarlo?

Levanté la mano

El juez casi ni me miró. -Vaya con el celador- Dijo, inclinando su cabeza hacia la derecha. Con piernas temblorosas, atravesé la sala y la puerta, donde me encontré con una pragmática mujer y con Hollis uniformado. La mujer estaba sentada detrás de una mesa sujetando una caja. Supongo que necesitaba que Hollis se hiciera cargo del dinero y se asegurara de que alguien molesto por pagar la multa no decidiera tomarlo con ella.

-Todo ha salido bien, entonces- Hollis preguntó, pareciendo genuinamente aliviado.

-Sí- Dije, dándole los papeles que me había dado un empleado, junto con los ciento cincuenta dólares en efectivo. Contó el dinero y estampó un -PAGADO- sobre los papeles, devolviéndomelos. Quise decirle algo más a Hollis, pero no pude encontrar el qué, y había alguien detrás de mí esperando para pagar lo suyo. Así que le sonreí, alegre por primera vez en varios días, y volví a la sala, que estaba igual de llena que esta mañana. La abogada me esperaba fuera en el cavernoso pasillo.

-Gracias, Phyllis- Dije, y estreché su mano.

Phyllis me sonrió.-Todo lo que hice fue venir para que supieran que estaba aquí- Dijo ella. -Si me preguntan qué creo que ha pasado, diría que Bledsoe se retractó, para evitar problemas por lo que había hecho.

-Quizás lo hizo impulsivamente, pensando que así agradaría a alguien, y averiguó que no había sido así.

Quizás a su primo Paul. Quizás a su jefe, el sheriff. Quizás a la mujer dueña de la mitad de la ciudad, Sybil. Quizás...

-Vayamos a la cárcel- Dijo Phyllis. -Vi como se iba la furgoneta. Esperaré hasta que le saquen, para asegurarme.

Fuimos de nuevo a la cárcel, y le pregunté a la mujer del mostrador donde teníamos que esperar. Señaló hacia unas sillas que había en la recepción donde había esperado nerviosamente para ver a Tolliver el día anterior.

Llevaba mucho tiempo sacar a un preso, y Phyllis Folliette se quedó conmigo fielmente. Por supuesto, sabía que me estaba cobrando por su tiempo, pero la mayoría de los abogados me hubieran dado una palmadita en la espalda y se hubieran marchado a su oficina. Sacó algo de su maletín para estudiar cuando mostré que prefería estar en silencio. Me senté con los ojos cerrados, dejándome llevar, pensé en toda la gente que había conocido en Sarne, lo interconectados que estaban todos, como el repugnante estereotipo de inculta, innata, sencilla pero sorprendente habilidad era utilizada para sacarle el dinero a los turistas y denigrada por la gente que vivía allí. Lo que había comenzado como una forma de vida dictada por el aislamiento geográfico y la pobreza, se había simplificado y mitificado y se había convertido en diversión de los demás. Y toda la gente con la que habíamos tratado llevaba varias generaciones establecida aquí, excepto Hollis.

Dejé que los incidentes de las pasadas semanas recorrieran mi mente, tratando de no pensar en ellos. Pensé que ayudaría hacer una lista. Ese sería nuestro programa para esta noche, quizás.

Entonces escuche pasos que conocía, y abrí los ojos. Tolliver iba hacia mí, y salté. Nos abrazamos, rápida y fuertemente, antes de presentarle a Phyllis, quién le miraba curiosamente. Tolliver le dio las gracias, y de nuevo protestó diciendo que no había hecho nada que aparecer.

-Pero ayer llamaste al sheriff- Dijo Tolliver. Le miraba ansiosamente, pero solo parecía cansado y necesitado de una ducha.

-Sí, hice eso- Dijo, sonriendo ligeramente. -Supuse que no haría daño que el sheriff supiera que alguien de fuera estaba vigilando la situación, alguien con influencia legal. No se preocupe, se lo cobraré.

-Valió la pena- Dije, después de estrechar nuestras manos. Phyllis entró en su BMW y abandonó Sarne. Qué suerte.

Mientras condujimos hacia el motel, le expliqué a Tolliver lo de su habitación, y dijo -No me importa. Voy a darme una ducha y comer algo decente, y entonces creo que podré dormir algunas horas. Después me levantaré y me ducharé de nuevo, comeré algo más de comida decente y me volveré a dormir.

-¿Y esto después de haber pasado solo treinta y seis horas en la cárcel? ¿Qué hubiera pasado si hubieras tenido que quedarte toda una semana?

Hizo una especie de encogimiento de hombros. -No te imaginas lo mala que es esa cárcel. Creo que tratan de alimentar a los presos solo una vez al día, o algo así.

-Has estado en la cárcel antes- Dije, algo asombrada por su violenta reacción.

-Entonces no me preocupaba que te hicieran daño, y no me preocupaba que la ciudad entera estuviera conspirando contra nosotros.

-¿Crees eso?

-Hubiera sido mejor si todos los abogados y el sheriff no hubieran sido tan buenos amigos, y no estuvieran ambos envueltos en el asunto que nos trajo aquí. No podía dormir en la cárcel; al tipo de mi celda lo trajeron extremadamente borracho, y roncaba y pateaba. Estuve tanto tiempo despierto que me convencí de que algo me iba a pasar ahí dentro, y dirían que había patinado con una pastilla de jabón o golpeado la cabeza, o accidentalmente metido mi cabeza en una soga. Y entonces irían a por ti-

-Phyllis dice que no tenemos que quedarnos en Sarne.

-Entonces nos iremos mañana por la mañana.

-Por mi perfecto.

Tolliver rebuscó en su maleta algo de ropa limpia y se fue al baño. Salí a buscarle algo de comida. Pasé por el restaurante para coches, para no tener que bajar del mío. Mi paranoia iba en aumento; aunque tenía que admitir que la gente de Sarne me había tratado bien, había pasado a ser impersonal. La chica de la cabina era amable y alegre, la mujer que cogió mi dinero en la gasolinera era cortés, y el juez había sido todo un empresario y rápido.

Que así sea, pensé. Nos iremos de aquí.

Me comí la comida que había cogido para mí misma con gran apetito. Después me senté y me dormí. Escuché el sonido ahogado del agua dejando de caer y después a Tolliver comiendo. Las bolsas de papel hicieron ruidos de crujidos, sin importar lo silencioso que trató de ser. Justo cuando me estaba durmiendo del todo, escuché el crujido de los muelles de la cama mientras se ponía al otro lado. Entonces hubo un silencio tranquilo, subrayado por el zumbido del calentador.

No me dormí tanto tiempo como mi hermano, porque había dormido algo la noche anterior. Abrí las cortinas para mirar afuera y miré al cielo, gris con predicción de lluvias. Eran como las cuatro de la tarde, pero estaría oscuro en una hora. Me cepillé los dientes y el pelo, me puse las zapatillas y me senté en la pequeña mesa con un folio del motel y un bolígrafo. Me gusta hacer listas, pero no suelo tener la necesidad de hacerlas; no voy mucho al supermercado, y casi nuestras compras son en la carretera.

Decidí hacer una lista de todos los hechos que recordaba y ver qué salía de ello.

1. Sybil y el sheriff eran hermano y hermana.
2. Sybil y Paul Edwards eran amantes.
3. El hijo de Sybil había sido asesinado.
4. La novia del hijo de Sybil había sido asesinada al mismo tiempo.
5. La novia, Teenie Hopkins, era la hermana de la asesinada mujer del oficial Hollis Boxleitner.
6. Sally (la esposa asesinada) había sido asesinada después de limpiar el estudio del...
7. Marido de Sally, víctima de un ataque al corazón, mientras examinaba...
8. Los papeles médicos de su hijo (que en aquel momento seguía con vida), de su hija y los de él.
9. También asesinada – Helen Hopkins, madre de Teenie Hopkins y de la mujer de Hollis Boxleitner.
10. Helen había sido la mujer de la limpieza de la familia de Sybil durante años, hasta que empezó a beber y tuvo un episodio violento con su ex –marido, Jay Hopkins.
11. Su abogado en el caso contra su ex-marido, y su abogado para su divorcio anterior, era Paul Edwards, también el abogado de Sybil y amante.
12. Terry Vale le recomendó mis servicios a Sybil.
13. Hollis quería saber lo que le pasó a su mujer.
14. Paul Edwards se había alegrado de pagarnos.
15. Alguien había inflamado a Scott hasta el punto de aceptar dinero (o quizás solo siguió una sugerencia) para mentir y esperarme para darme una paliza.
16. Esa misma persona, o quizás otra diferente, me había disparado en el cementerio de Sarne.
17. Mi hermano había ido a la cárcel bajo falsas acusaciones; posiblemente para dejarle vía libre al que quería dispararme, posiblemente para agitarlos lo suficiente como para márchanos sin importar lo que nos dijera el sheriff.

Tolliver se estiró y bostezó, vino para mirar sobre mi hombro.

-¿Para qué es esto?- Preguntó.

-Tenemos que comprender lo que está pasando. Es la única forma de salir de aquí-

-Nos iremos mañana por la mañana. No me importa si ponen un control de carreteras o lo que sea, nos iremos de esta ciudad.

Capítulo 14



Tuve que sonreír, incluso aunque saqué dos calmantes de la caja y los tragué.

Él se fue hacia la ventana para mirar afuera. -Ah-oh- Dijo. -Se acerca una tormenta-

-Por eso me está empezando a doler la cabeza.

-Quizás, ¿Tienes hambre?- Preguntó suavemente.

-Comí hace unas horas.

-Ha pasado un tiempo ya.

-Tú te comiste medio bocadillo. Vamos a Monte Parnassus. No queremos meternos en más problemas-

-Suenan bien. Pero sabes, podríamos recoger nuestras cosas y empezar a conducir ahora- Dijo.

-No con una tormenta acercándose.

Era por mi culpa que no podíamos conducir durante las tormentas, porque a veces tenía reacciones muy malas; otra de mis debilidades.

-Iremos al Monte Parnassus- Dijo. -Solo está a doce kilómetros al norte.

Estaba ya oscuro, al menos en parte debido a la tormenta creciente. Tolliver conducía por mi dolor de cabeza, así que yo respondí al teléfono cuando sonó. Era el hermano mayor de Tolliver, Mark.

-Hola- Dije. -¿Cómo estás?

-Bueno, he estado mejor- Dijo. -¿Está Tolliver?

Silenciosamente le di el teléfono a Tolliver. No le gustaba conducir y hablar al mismo tiempo, así que aparcó a un lado de la carretera. Mark Lang era suficientemente mayor para irse de casa cuando mi madre y su padre empezaron a vivir juntos y se casaron. No le gustaba mi madre, no le gustaba la situación que había en casa, y se había marchado lo antes posible. Por el bien de Tolliver, iba a vernos a casa cada dos semanas. También nos ayudaba con la comida y la ropa, y nos había

buscado ayuda médica cuando la necesitamos y los adultos estaban demasiado colgados para hacerlo. Y Mark estaba especialmente orgulloso de Cameron, igual que Tolliver lo estaba de mí. Las pequeñas chicas representaban dos necesidades y bocas, para Mark. Podía imaginar lo infeliz que estaba Mark cuando le llamaron por la desaparición de Mariella, y estaba segura de que este era el motivo de su llamada a Tolliver.

-La encontré- Me dijo Tolliver, alejándose del teléfono brevemente. -Le costó una hora.

Eso no era malo. Tenía varias preguntas, por supuesto, pero decidí que la conversación siguiera su curso hasta que yo pudiera preguntar.

Tolliver colgó bastante pronto. -Estaban escondidos en el edificio de la escuela de Craig Sunday- Dijo brevemente.

-¿Qué... Donde está ella ahora?

-Se fue a casa. En Craig ya no quedaba comida, así que ya no era divertido.

Nos quedamos en silencio. No había nada más que decir sobre Mariella. Mariella había visto demasiado como niña para ser inocente, y probablemente seguiría el mismo camino que nuestra madre, a pesar de todas las clases de Sunday y las horas en la iglesia de Iona, a pesar de la enseñanza de la moral en la escuela. Así que sus vidas no serían todo trabajo y nada de diversión, Tolliver y yo habíamos enviado algo de dinero para Mariella y Gracie: clases de baile, de canto, de arte. Todo esto eran recuerdos familiares, mientras trataba de pensar qué más podríamos haber hecho. El juez nunca nos daría la custodia de las chicas a Tolliver y a mí.

Mi cabeza me dolía mucho, y miré al cielo ansiosa. Sabía que pronto estaría lleno de rayos.

Encendimos la radio para escuchar la previsión del tiempo. Precedían tormentas, con mucha lluvia y rayos y truenos. Que sorpresa. Anuncios de precaución – que tenías que tomarte en serio en una carretera que se inclinaba mucho antes de subir de nuevo – en una zona donde los ríos y arroyos ya estaban llenos por las lluvias anteriores de la temporada.

Llegamos al pequeño restaurante en diez minutos y entramos, llevando nuestros abrigos con nosotros. Dentro, había una vieja pareja sentada cerca de la puerta de la cocina; había un tipo solitario leyendo un periódico, un plato sucio sobre su mesa. Una pareja joven, que rondarían los veinte, sentados con sus dos hijos en una mesa junto a una gran ventana. Eran pálidos y gordos, ambos llevaban camisetas del supermercado. Él llevaba una gorra también. El pelo de ella estaba atado en una coleta, y sus ojos estaban maquillados en tonalidades azules. El chico pequeño, de unos seis años,

llevaba una pistola de plástico. La chica pequeña era linda, con gran cantidad de pelo castaño como su padre, y una dulce cara. Se estaba coloreando.

Una camarera con vaqueros y camisa se acercó para tomar nuestro pedido. Su pelo estaba bien peinado, y masticaba un chicle. Nos dijo que le encantaría ayudarnos, pero dudaba de su sinceridad. Después de mirar el menú un minuto, tomó el pedido y se fue hacia la cocina para encargarlo.

Después de traernos el té helado, desapareció.

La pareja empezó a pelear si deberían o no meter a su niña en un concurso de belleza el año que viene. Les costaría algo de dinero que la aceptaran, aprendí, y el alquiler del vestido y los días de fiesta que tendrían que pedir en el trabajo y el maquillaje costarían incluso más.

Levanté mis cejas hacia Tolliver, que trató de evitar sonreír. Mi madre había tratado que Cameron hiciera eso. La primera vez, Cameron le había dicho a los jueces que el concurso se parecía mucho a la esclavitud. Acusó a los jueces de muy desagradables perversiones. No hace falta decir, que eso puso fin a la carrera de Cameron como reina de la belleza. Por supuesto, Cameron tenía catorce por aquel entonces. La chica pequeña de la sala tendría unos ocho años y parecía incapaz de matar a una mosca.

Nuestro teléfono sonó, y esta vez Tolliver respondió.

-¿Hola?- Se detuvo y escuchó un momento. -Hey, Sacha. ¿Qué pasa?- Ah. Las muestras de pelo. Los test de ADN.

Escuchó un momento, después se giró hacia mí.

-No coinciden- Dijo. -El hombre no es el padre. La mujer uno es la madre de la mujer dos- Así es como había llamado a las muestras.

-Gracias, Sasha. Te debo una- Dijo.

Casi no había colgado que ya estaban llamando otra vez. Nos miramos mutuamente, exasperados y yo respondí.

-Harper Connelly- Dijo una voz crispada.

-Sí. ¿Quién es?- Pregunté.

-Sybil.

Nunca hubiera sabido que esa era mi cliente. Su voz estaba muy tensa, su pronunciación entrecortada.

-¿Qué pasa, Sybil?- traté de mantener mi tono de voz nivelado.

-Tiene que venir aquí, esta noche.

-¿Por qué?

-Tengo que verla.

-¿Por qué?

-Hay algo que tengo que decirle.

-No tiene que hablar con nosotros- Dije. -Ya hemos terminado la transacción- Traté de mantenerme firme y tranquila. -Hizo para lo que me pagó, y Tolliver y yo nos marcharemos de la ciudad lo antes posible.

-No, quiero verla esta noche.

-Entonces se quedará con las ganas.

Hubo una pausa desesperada. -Es sobre Mary Nell- Dijo Sybil bruscamente. -Es sobre su obsesión con su hermano. Tengo que hablar con ambos, y si van a marcharse mañana de la ciudad, tiene que ser esta noche. Mary Nell dice que se va a suicidar-

Alejé el teléfono para mirarlo incrédulamente. Eso sonaba altamente improbable. Ante mi limitada experiencia con Mary Nell Teague, sería más capaz de tomar a Tolliver como rehén y bombardearle con amor hasta que él aceptara...-Vale, Sybil- Dije con cautela. -Estaremos allí en una hora-

-Cuanto antes mejor- Fijo, sonando casi sin aliento por el alivio.

La camarera nos trajo la comida mientras le contaba la conversación a Tolliver, quién había podido escuchar la mayor parte de ella.

Puso una mueca.

Escribí SO YO DA NO en una servilleta con el tenedor. Lo miré un rato mientras pinchaba mi ensalada, que era lo esperado en un restaurante en mitad de ninguna parte. Traté de imaginarme la escena. Vale, Dick estaba tomando notas mientras repasaba los gastos médicos de la familia del año, preparándose para pagar impuestos. Cuatro anotaciones separadas. Cuatro miembros de la familia.

S podría ser de Sybil, M de Mary Nell, D podría ser de Dell, y Y sería... ¿Quién? Ya había repasado los hechos de que Dick Teague llamaba a su hija Nell, ¿Pero y la Y? miré la servilleta, pensando en las pequeñas notas mías de y mi familia...

¡Oh, por Dios! ¡La Y era de Yo!

Dejé el tenedor en la mesa.

-¿Harper?- Tolliver dijo.

-Tipos de sangre- Dije. -Estúpida, estúpida, estúpida.

-¿Harper?

-Son tipos de sangre, Tolliver. Dick Teague estaba diciendo 'Yo tengo el tipo O, Sybil tiene el tipo O, Mary Nell tiene el tipo O, pero Dell tiene el tipo A.' Eso era lo que Sally Boxleitner estaba buscando en su libro de biología de la escuela. Sospeché de inmediato cuando encontró la nota de Dick sobre los datos médicos. Dick había descubierto que no era el padre de Dell. Los O no pueden tener un A.

-Puedo ver que eso podría haber desencadenado el ataque al corazón- Dijo Tolliver lentamente. Apartó su propio tenedor, limpió sus labios con una servilleta. -¿Pero porqué eso haría que mataran a Dell y a Teenie?

-Estoy pensando- Dije.

La familia de cuatro personas se había marchado mientras comíamos, con el tema del concurso de belleza todavía sin resolver. Apostaría porque la madre iba a ganar. La vieja pareja comía lentamente, y mientras pagaron y se marcharon, le dedicaron una amable sonrisa a la camarera. El hombre solitario todavía leía el periódico, y la camarera le iba a rellenar de vez en cuando la taza de café. Tolliver pagó la cuenta mientras yo miraba al vacío, tratando de imaginar lo que había pasado en la familia Teague.

Vale, después la mujer de Hollis había sido asesinada. Sally había averiguado que Dell no era el hijo de Dick. ¿A quién se lo diría? Se lo contaría seguramente a una mujer.

Pensé que se lo diría a su madre. Pero debía de haber algo más...

Íbamos en el coche de regreso a Sarne cuando le dije a Tolliver o que estaba pensando. -¿Por qué no se lo dijo a Hollis?- Preguntó. -Sería normal contarle eso a tu marido-

-Hollis me contó que a ella no le gustaba hablar de asuntos familiares- Dije. -Creo que para Sally, la paternidad de Dell correspondería a esa categoría. Así que Sally se lo dijo a su madre. A su madre, antes que a Teenie, porque Sally era más cercana a su madre. Además, el secreto era sobre Dell, y Teenie se lo habría dicho.

-¿Y qué pasó después?- Tolliver preguntó, como si pensara que yo lo sabría.

Traté de montar todo. -Helen- Murmuré. -¿Qué haría Helen? ¿Porqué le importaría de quién era hijo Dell?

¿Por qué?

Digamos que Teenie y Dell no sabían nada sobre esto. Y entonces Sally muere. Sally muere porque... se lo dijo. Porque se lo dijo a su madre. Pero entonces recordé la sobrecogedora tristeza de Helen, y no pensaba que ella supiera cómo había muerto Sally de verdad. Hasta que yo llegué y se lo dije a Hollis y a Helen por separado, pensaban que su muerte había sido un accidente. Por lo que yo sabía, Helen nunca había cuestionado eso. Y creía que Dell había disparado a Teenie. ¿Por qué? ¡Por el embarazo de Teenie, por supuesto! Y entonces, incapaz de hacer frente a lo que había hecho, Helen creía que Dell se había suicidado.

Pero entonces, para limpiar su nombre, Sybil me había contratado, y yo le había dicho a Helen que Dell no había disparado a Teenie. Le había contado que sus dos hijas habían sido asesinadas.

No sentía exactamente que esas muertes fueran culpa mía, pero tampoco me sentía bien. Había hecho el trabajo para el que me habían contratado, sin tener idea de cuales iban a ser las consecuencias en un lugar como Sarne. Pensé que cuando ella supo que habían sido asesinadas, Helen debió de darse cuenta de quién quería que sus dos hijas estuvieran muertas. Creía que había quedado con la persona para confirmar sus sospechas, y que durante esa confrontación, esa persona la había matado, rodeada por las fotos de sus dos hijas muertas, en la pequeña casa.

-No creo a Sybil- Dije bruscamente.

Tolliver me miró brevemente antes de volver a fijar su atención sobre la carretera deslizante. Hubo un temblor lejano. Me estremecí.

-¿Por qué?

-No creo que Mary Nell haya amenazado con suicidarse- Dije. -No creo que actuara así para captar tu interés. Creo que es demasiado orgullosa-

-Tiene dieciséis.

-Sí, pero tiene las cosas muy claras.

-¿Entonces, por qué vamos?

-Porque Sybil quiere que vayamos tanto como para mentir sobre ello, y quiero saber porqué.

-No sé, quizás deberíamos regresar al motel. Está empezando a tronar, y sabes que quizás hayan rayos.

-Lo sé- De hecho, el calmante no me había evitado el feroz dolor de cabeza. -Pero aun así creo que deberíamos ir a su casa- Algo me empujaba, y tenía el sentimiento de que no era una idea inteligente.

Vi un rayo por el rabillo del ojo y traté de no estremecerme. Estaba a salvo, en el coche, y cuando saliera, evitaría pisar cables eléctricos, o sujetar un palo de golf o ponerme bajo un árbol ni hacer ninguna de las cosas que hacía la gente que disminuían la posibilidad de ser golpeado por un rayo, directa o indirectamente. Pero no pude evitar agacharme y taparme la cara.

-No puedes hacer esto- Dijo Tolliver. -Tenemos que entrar a algún sitio-

-Ve a la casa de Teague- Grité. Estaba aterrada, pero yo guiaba.

No dijo nada más, pero giró en la dirección correcta. Me avergoncé de mí misma por haberle gritado a mi hermano, pero también me sentía algo mareada y centrada en lo que vendría después. Una pequeña parte de mi cerebro todavía estaba dándole vueltas al problema: ¿Porqué Dell y Teenie tenían que morir, si Dell no era el hijo de Dick? ¿Qué secreto era tan importante para que toda esa gente hubiera muerto, la gente que lo sabía?

La casa Teague estaba casi a oscuras cuando aparcamos al lado. Me había imaginado que estaría llena de luz, pero solo había una luz encendida en la oscuridad. Ninguna de las luces exteriores estaba encendida, cosa que pensé que era extraña. Si hubiera sido Sybil, me hubiera asegurado de encender las luces si esperaba una visita, especialmente si hacía mal tiempo.

-Esto es malo- Dijo Tolliver lentamente. No fue rebuscado. No hacía falta. Aparcamos ante la puerta principal. La lluvia caía sobre el coche. -Creo que será mejor que llames a tu amigo policía- Me dijo. -Creo que será mejor que nos mantengamos fuera de la casa hasta que venga alguien con autoridad- Encendió la luz del techo.

-No puedo asegurar que esté de guardia ahora- Dije, pero marqué su número de casa por si acaso Hollis estaba en un lugar caliente y seco, en su pequeña casa. No hubo respuesta. Llamé a la oficina del sheriff. La secretaria contestó. Sonaba distraída. Podía escuchar la radio de fondo. -¿Está Hollis de servicio?- pregunté.

-No, se ha ido a ver un árbol que se ha caído sobre la carretera 212- Dijo. -y tengo un accidente de tres coches en la calle Marley- Podía ver que una llamada persona no sería prioritaria en este momento.

-Dile que venga a la casa Teague cuanto antes- Dije. -Dígale que es muy importante. Creo que se ha cometido un crimen aquí.

-Alguien irá lo antes posible cuando nos ocupemos de los casos que son certeros- Dijo, y colgó.

-Vale, estamos solos- Le dije a Tolliver. Apagó la luz, dejándonos en la húmeda oscuridad. La lluvia caía sobre el coche, quitando el barro y limpiándolo. Los rayos eran ocasionales. Podía soportarlo, me dije a mi misma. Habíamos aparcado junto al camino que llevaba a la casa. El garaje, con la puerta que daba a la cocina, estaba a nuestra izquierda y al este de la casa.

-Iré por delante, tú entra por el garaje- Dije.

Bajo la lejana luz de las farolas, pude ver como Tolliver abrió la boca para protestar, pero la cerró de nuevo.

-Está bien- Dijo. -A la de tres. ¡Uno, dos, tres!

Salimos de nuestros respectivos lados del coche y nos fuimos a nuestro objetivo. Yo llegué primero, sin ser golpeada por nada excepto por hojas removidas por el viento.

La puerta principal no estaba cerrada. Eso quizás no quería decir nada. Estaba muy segura de que en Sarne nadie cerraba las puertas con llave hasta que se iban a dormir. Pero el pelo de la nuca se me puso de punta. Abrí la puerta, con solo un poco.

La puerta daba a un gran comedor, que estaba sin iluminar. La sombra de la lluvia sobre los cristales y la luz de las farolas que se reflejaba hacia que la habitación pareciera estar sumergida bajo el agua, después de eso, me agaché y me aparté mientras abría la puerta. Un disparo pasó sobre mí cabeza. Llegué hasta un gran silla para ponerme a cubierto. Nunca había sostenido una pistola en mi vida, pero me arrepentía de mi falta de poder para disparar en este momento.

Hubo un grito en alguna parte de la casa. Pensaba que venía de la parte trasera, quizás del salón.

¿Dónde estaba Tolliver? Pero seguro que había escuchado el disparo. Tendría cuidado.

Por un largo momento, nada más sucedió. Me preguntaba cuanta gente estaría escondida en las habitaciones y me pregunté si iba a sobrevivir lo suficiente para saberlo.

Gradualmente, mis ojos se acostumbraron a la oscuridad. Aunque los muebles habían sido parcialmente cubiertos con mantas, podía identificarlos por la forma.

Había una puerta opuesta a la de la entrada, y estaba segura que era de ahí de donde había venido el disparo. Respiré profundamente y pasé de la silla hasta la mesa

de café. Eso me permitió acercarme un poco más a la puerta que daba al resto de la casa si recordaba bien la estructura.

-¡Nell!- grité, esperando distraer al atacante del avance de Tolliver, estuviera donde estuviera. -¡Sybil!

Hubo un grito ahogado de la primera planta, no sabía cuál de las dos gritaba, y no sabía cuanta gente había en la casa, pero sabía que estaban vivos. No había zumbidos en mi cabeza.

Antes tenía gran determinación, pero ahora la tormenta había aumentado. La lluvia empezó a caer más fuerte sobre la ventana y empapando la alfombra desde la puerta abierta. El ruido sordo de los truenos se hizo casi continuo, seguido por los rayos. Me sentí como si estuviera pintada en un mapa, y los rayos me estuvieran siguiendo, buscándome, acercándose cada vez más a mí para golpearme de nuevo. Entonces perdería todo. Un inimaginable dolor me recorrería por segunda vez, y perdería la vista o la memoria o el uso de mi pierna o cualquier otra cosa irremplazable. Gemí de miedo, tapando mis ojos con las manos, y cuando las aparté, un hombre estaba ante mí con una pistola en la mano.

Con un intento desesperado de salvar mi vida, fui hacia él, cogiéndole por las rodillas y haciéndole caer. La pistola se apartó de mí; todavía tenía el dedo sobre el gatillo, oh Dios oh Dios. Pero si me habían disparado todavía no lo notaba, y cuando movió la pistola hacia mi cabeza le cogí de la muñeca con ambas manos, literalmente peleando por mi vida.

Quizás el miedo intenso me hacía más fuerte de lo normal, porque pude mantenerle sujeto aunque me golpeaba con su otro brazo para tratar de apartarme. Estaba tratando de acercar su pistola hacia mí, tratando de estirar el brazo para dispararme, mientras nos movíamos alrededor vi mi oportunidad y le mordí con todas mis fuerzas. Soltó un grito de dolor - ¡bien por mí! – y soltó la pistola. Quería decir que esa había sido mi intención, pero sí lo era, había tomado la decisión a un nivel que yo no llamaría consciente.

Entonces las luces se encendieron en la habitación, cegándome, y una forma que pensaba que era Tolliver se nos echó encima. Los tres caímos al suelo, rompiendo una mesa, y tirando vasijas y lámparas.

-¡Quietos!- Gritó una nueva voz. -¡Tengo un arma!

Todos nos congelamos. Todavía tenía los dientes clavados en la mano del hombre, y Tolliver había levantado una figura de cristal con forma de manzana para golpearle en la cabeza. Por primera vez, aflojé el mordisco y miré la cara del hombre. Paul Edwards. No se parecía en nada al abogado que habíamos conocido en la oficina del sheriff.

Llevaba una camisa de franela, pantalones deportivos y zapatillas, y su pelo estaba completamente revuelto. Estaba respirando agitadamente, y la sangre caía de su mano. Lo más asombroso era la falta de tranquilidad que siempre tenía, la seguridad de que su pequeño mundo estaba bajo sus normas y sus reglas. Parecía más como un mapache preparado para atacar – mostrando los dientes, con ojos brillantes y gruñendo.

-Oh dios mío, Paul- Dijo Sybil, con la pistola en la mano. Maldición, ¿Porqué todo el mundo tiene una pistola? La de Sybil era pequeña, pero parecía igual de letal. -Oh, dios mío- Estaba tan impactada por la transformación como yo, probablemente más. - ¿Cómo has podido hacer esto?

Esperaba que se lo estuviera preguntando a él y no a nosotros. Al menos la luz había hecho que la tormenta desapareciera de mis temores. Tolliver había dejado la manzana de cristal cuidadosamente en una mesa junto a la puerta de la cocina.

-Sybil, no podía dejar que lo supieran- Estaba tratando de sonar razonable, pero le salió mal.

-Eso es lo que dijiste antes, cuando me hiciste llamarles. Todavía no lo comprendo-

Tolliver y yo podríamos no haber estado en la habitación.

Noté por primera vez que Sybil tenía una bufanda atada en una de sus muñecas, y en la otra había una marca roja. La tenía atada.

-¿Dónde está Nell?- Grité, pero ninguno de los dos respondió. Estaban centrados en ellos mismos, ni siquiera estábamos en el mismo planeta. Noté que Tolliver se había inclinado silenciosamente para coger la pistola de Paul. La pistola parecía horriblemente funcionar en la femenina y cara habitación, que había visto mejores tiempos. Tolliver deslizó la pistola bajo el sofá. Bien.

-Sybil, estuvimos juntos mucho tiempo- Dijo Paul. -tanto. Nunca te divorciaste de él. Nunca aceptaste dejar de acostarte con él.

-Era mi marido, ¡por Dios!- dijo bruscamente.

-Y cuando Helen se divorció de ese bastardo de Jay, ella...- Paul miró la alfombra como si tapara el secreto que quería saber. -Intimamos.

-Tenías una aventura con ella- Dijo Sybil. Completamente fuera de juego. -Con una mujer de clase baja y borracha. ¡Después de negármelo en la cara! Harvey tenía razón-

Me arriesgué para mirar a Tolliver. Me miró a los ojos e intercambiamos una mirada.

-Se que Dell era mi hijo- Dijo Paul. -Pero Teenie también era mía.

-No- Dijo Sybil, sacudiendo la cabeza negativamente. - No.

-Sí- Dijo. Pero sus ojos no dejaban de mirar la pistola. Sybil la sujetaba fuertemente, por ahora. Tolliver y yo nos habíamos alejado de Paul, obviamente, sin querer estar en la línea de fuego, pero ahora me preguntaba si deberíamos haberle sujetado, y posiblemente Tolliver debería haberse quedado con la manzana, por si acaso. El abogado estaba recuperándose, cuanto más hablaba Sybil con él sin dispararle.

-Podrías habérselo dicho- Dijo ella. -Podrías haberlo hecho.

-Lo hice- Dijo. -El día que murieron. Se los conté- SU voz era temblorosa, igual que la de Sybil.

-¿Les mataste? ¿Porqué mataste a tú hijo, a nuestro hijo?- Las lágrimas caían de sus mejillas, pero no estaba lista para derrumbarse. Tenía razón cuando pensé que era una mujer fuerte.

-Porque Teenie estaba embarazada, estúpida vaca- Dijo, volviendo a una emoción más cómoda, la ira. -Teenie estaba embarazada, y no quería abortar. ¡Dijo que estaba mal hacer eso! ¡Y tú hijo, nuestro hijo, no quería que lo hiciera!

-¡Embarazada! ¡Oh! Oh dios mío. ¿Cómo lo supiste?

-Por mí- Una desaliñada Nell apareció en la puerta. Tenía una carta abierta en las manos, y las mismas marcas rojas en las muñecas que su madre. -Soy la persona más estúpida del mundo, mamá estaba tan preocupada por que Teenie estuviera embarazada cuando Dell me lo dijo, que le pedí a Paul que hablara con ella, decirle que lo diera en adopción. Dell era demasiado joven para casarse, mamá, y no quería ser la cuñada de Teenie Hopkins. ¡Así que murieron! ¡Él los mató, mamá, y es todo por mi culpa!

-No pienses eso, Mary Nell. Es su culpa- Sybil hizo un gesto con la pistola hacia su amante.

Me parecía que también era la culpa de Sybil, pero no iba a decir nada mientras sostuviera una pistola. Mientras era ignorada, quise poner más distancia entre yo y Paul Edwards, así que me escurrí hacia la parte más alejada del sillón. Al otro lado de Edwards, Tolliver se estaba acercando a las dos mujeres lentamente, pero tuvo cuidado de mantener despejada la zona que iba de Sybil a Paul.

-Sí, es mi culpa- Dijo Paul. Estaba mirando hacia el suelo clandestinamente. Estaba buscando su pistola. Paul Edwards no se daba por vencido.

-Tienes que atarle- Sugirió Tolliver. -Llamar a la policía.

Nell empezó a retroceder hacia la cocina, seguramente para llamar a la policía, pero Paul hizo un movimiento brusco y se quedó quieta.

-No, no llames- Dijo Paul. -Mary Nell, soy tu padre también. No me abandones.

La pobre Nell no podía verse más horrorizada si hubiera dicho en ese momento que quería casarse con ella.

-No- Gruñó Sybil. -No le escuches, Mary Nell. No es verdad-

-Tiene razón- Dije, cuidadosamente. Pero nadie me prestó atención. Mi hermano y yo éramos claramente el público. Los transeúntes inocentes. Y ya se sabe lo que les pasa a los inocentes.

-¿Mataste a mi padre de alguna forma?- le preguntó a Paul. -¿A mi padre de verdad?

-No- Dije. -Tu padre murió de ataque al corazón, Nell. De verdad- No veía motivo para empeorar las cosas.

-Tu... tu... imbécil- Le Dijo a Paul Edwards.

Su madre abrió la boca para reprender a Mary Nell, pero tuvo el sentido común de cerrarla sin decir anda.

-Mataste a mi hijo- Dijo Sybil en lugar de eso. -Mataste a mi hijo. Mataste a su hijo. Mataste a su novia. Mataste... ¿A Quién más mataste? A Helen, supongo. La madre de tu hija.

-Es culpa tuya- Dijo hosco. -Fue tu culpa que al contratar a Helen, Dell y Teenie se conocieran.

-También te dio la oportunidad de ver a Helen de nuevo, supongo- Sybil dijo con un feo tono de voz. -¿A quién más has matado Paul?

-¿A Sally Boxleitner?- Sugerí.

Edwards me miró como si me hubiera crecido otra cabeza. -¿Por qué dice...?- empezó, después se detuvo, perdido.

-¿Lo averiguó, verdad?- Pregunté. -¿Le llamó?

-me llamó.- Admitió. -Me dijo que, que...

-¿Qué te dijo mi mujer?- Hollis preguntó desde la puerta principal.

Me preguntaba si Tolliver y yo podríamos reptar hasta la cocina y desaparecer. Podríamos regresar al motel, coger todas nuestras cosas y marcharnos de esta ciudad

para siempre. Nuestras miradas se encontraron, e incliné la cabeza hacia la puerta que daba al resto de la casa. Sacudió su cabeza ligeramente. Solo éramos espectadores en este lugar, pero aun así era un movimiento imprudente morir por el fuego cruzado.

Hollis no parecía el estoico policía que había conocido al llegar a Sarne, y no parecía el amante que había visto en mi cama. Sus ojos mostraban mucho blanco. Llevaba un chubasquero brillante, y el gorro del uniforme estaba cubierto por un plástico. Su cara estaba mojada por la lluvia, y goteaba sobre la alfombra. Llevaba botas de goma sobre sus zapatos de policía, y un guante en su mano izquierda. La derecha estaba desnuda, sujetando la pistola de forma muy tradicional.

Me pregunta si Mary Nell tenía un arma de fuego metida en algún bolsillo.

-No la maté- Dijo Paul. -Me llamó, me dijo que tenía preguntas sobre tipos de sangre. Acepté verla, aunque en ese momento no sabía de lo que estaba hablando-

-Mataste a Dell- Dijo Mary Nell. -Mataste a Teenie, a su bebé, y a la Sra. Helen. ¿Cómo podemos creer que no lo hiciste también con Sally?

-Sybil- Susurré.

Solo Tolliver me escuchó. Sus ojos se abrieron como platos.

-No podéis cargarme eso a mí- Dijo Paul Edwards, empezando a ponerse de rodillas. Pensaba que era extraño que la acusación le indignara suficientemente como para desafiar, con todo lo que había admitido. -Creo que podéis entender porque no quería que Teenie tuviera un hijo con un pariente- Y medio sonrió tratando de poner una expresión razonable sobre su cara. -Pero nunca puse una mano sobre Sally. Sally era una buena chica. Y definitivamente, no era mía.

-Bien- Gruñó Hollis.

-Pero sabes, como pensaba que se había ahogado en la bañera por accidente, como dijo el juez, nunca me paré a pensarlo. Sybil, te dije que Sally había llamado, y que quería contarme algo sobre la muerte de Dick. En aquel momento, pensaba que Sally quería chantajearme o algo. Pero cuando murió, no cambió nada. Sybil, ¿Fuiste a hablar con Sally?-

Mary Nell lanzó una risa ahogada. -No trates de culparla a ella, ¡asesino! Mamá, dile...- La voz de la chica se silenció cuando vio la cara de su madre.- ¿Mamá?- Sonaba perdida. Del todo.

-Dijo que había buscado los tipos de sangre, y que sabía que Dell no era un Teague- Sybil dijo débilmente. -Quería que le pidiera a Harvey que dimitiera. Sally quería el trabajo de Harvey para Hollis. Tenía miedo de que Hollis nunca lo consiguiera, que no fueran capaces de vivir felices en una ciudad como esta.

Hollis parecía como si alguien le hubiera golpeado en la cabeza. Su mano vacilaba. No sabía a quién quería disparar. Comprendía sus sentimientos.

Sybil tragó saliva. Su propia pistola estaba bajando. -No podía hacer eso. Y no podía dejar que mintiera así. Me obligué a mi misma a creer que era mentira. Así que fui una tarde. Había dejado la puerta sin cerrar con llave, cosa que suponía, y entré con esta misma pistola, pero estaba en la bañera, cantando.

Hollis parecía enfermo.

-Y entré en el baño y la cogí de los tobillos y tiré- Sybil continuó. -Después de un minuto, dejó de moverse- Sybil se quedó ahí, perdida en sus recuerdos, con la pistola a un lado.

Mary Nell gritó horrorizada. Paul Edwards fue hacia la pistola de Sybil, y Tolliver se tiró sobre mí para ocultarnos tras el sillón, sus brazos rodeándome. Por supuesto, la bala podría atravesar los cojines como si fueran mantequilla, pero al menos estábamos fuera de la vista y mente.

Se escuchó un disparo, y hubo más gritos – estaba segura de que parte eran de Mary Nell. Cuando hubo un periodo de silencio, sacamos nuestras cabezas por el borde del sillón.

-Podéis levantaros- Dijo Hollis, su voz pesada y con unos cien años más encima. Tolliver se levantó primero, y me ayudó después. Mi pierna mala se negaba a sostenerme, dejándome toda temblorosa.

Paul Edwards estaba de rodillas, sujetándose el hombro. Detrás de él había una marca en la pared, y trozos de cristal en la alfombra. Mary Nell estaba de pie como si se hubiera convertido en piedra, mirando a Paul. Sybil miraba a su hija.

-Me has dislocado el hombro- Paul gimió. -Pequeña zorra.

-Le golpeé- Dijo Mary Nell con un tono de voz demasiado infantil. -Le tiré la manzana de cristal y le alcancé.

-¿Tratabas de darle en la cabeza?- Hollis preguntó. -Ojalá hubieras apuntado más alto.

Se rió horriblemente.

-¿Porqué no me disparas, Hollis?- la voz de Sybil era profunda y palpitante. -Venga, sabes que quieres. Me gustaría más eso que ir a juicio y obtener una condena-

-Eres una zorra egoísta- Dijo Hollis. -Claro. Voy a dispararte delante de tu hija. ¿Quieres darle más buenos recuerdos? Piensa un momento en alguien que no seas tú, ¿Vale?

Después de un segundo, dijo con una voz mucho más normal. -Tolliver, por favor llama a la oficina del sheriff- Mi hermano rebuscó en su bolsillo. No llevaba teléfono. Atravesó la sala para ir a la cocina, y pude escuchar como marcaba y hablaba. La tormenta se había terminado, solo quedaban restos de humedad, y gotas que caían del tejado.

Me sentí como si les estuviera mirando con un telescopio. Estas cuatro miserables personas. Todos parecían estar lejos, pero con su dolor bien definido.

-Todo se ha terminado para ti- Le dije a Paul Edwards. Sus ojos se ampliaron al mirarme. -No lo siento. Además, entre todas las cosas horribles que has hecho, has metido a mi hermano en la cárcel – aunque tuviste ayuda para ello. Me disparaste en el cementerio, y debías de estar solo en ese momento ¿Verdad? Ahora, tu vida se ha terminado-

-¿Qué eres tú, una vidente?- Dijo Sybil amargamente. -Ojala nunca te hubiera pedido que vinieras aquí, que nunca tratara de averiguar que le había pasado a la chica.

-Entonces me alegro de que ya me hubiera pagado- Era todo lo que pude pensar para decir. Se rio, pero no como si le hiciera gracia. Su hija todavía miraba a Paul y a Sybil, a su madre y al hombre que había sido el amante de su madre, y parecía enferma, joven e indefensa.

-Vas a ser una gran mujer- Le dije a Mary Nell. No me miró; no pensaba que estuviera mucho más orgullosa de mi que de su madre o de Paul en ese momento. Mientras mi hermano volvía a entrar en la habitación, se escucharon las sirenas de los policías, y las luces empezaron a reflejarse por la calle.

-¿Por qué has hecho todo eso?- Le pregunté a Paul. -No lo comprendo.

-El bebé- Dijo. -Nunca pensé que encontraría a Teenie. Cuando lo hizo, estaba seguro de que sabía algo del bebé. Pensaba que si la asustaba, no lo averiguaría-

Pero el bebé no había dejado huesos. Si Paul nos hubiera dejado tranquilos, nos hubiéramos marchado de Sarne sin pensarlo dos veces.

No pudimos irnos hasta pasadas las tres de la mañana. Tuvimos que contarle a mucha, mucha gente lo que habíamos visto y escuchado. Estábamos demasiado alertas para dormir una hora después de entrar en la habitación, pero una vez lo hicimos, dormimos hasta el mediodía.

Teníamos nuestras maletas y cosas dentro del coche una hora más tarde. Pagamos la cuenta en recepción, y el odioso Vernon prácticamente bailó la macarena cuando nos fuimos. Me sentí vacía, hueca; pero quería irme tanto de Sarne que me obligué a hacer las cosas bien hasta el final. Echamos gasolina y pasamos por la comisaría tal y como nos habían dicho.

Hollis estaba allí de nuevo, o quizás no se había marchado aún. La oficina de Harvey Branscom estaba vacía, la puerta abierta. Seguro que había pasado una noche terrible y un mal día ya que su hermana era culpable de un crimen. Estudié la cara de Hollis. Parecía más joven, como si resolver el asesinato de su mujer le hubiera quitado un peso de encima y algunas arrugas.

-¿Os marcháis?- Preguntó.

-Sí- Dijo Tolliver.

-Tenemos vuestro número y la dirección de vuestro abogado, por si acaso-

-Sí- Dije. Sabía que Hollis nunca me volvería a llamar.

-Vale, entonces. Apreciamos vuestra ayuda- Dijo Hollis tratando de ser lo más impersonal posible. Pero podía ver que Tolliver se tensaba por mi bien. Puse mi mano sobre su hombro.

-No pasa nada- Dije. -No pasa nada.

-Bueno.

Ambos asentimos hacia él, y nos dedicó un leve movimiento de cabeza, y atravesamos las puertas de cristal por última vez, deseé con todas mis fuerzas.

Tolliver conducía, y después de habernos puesto los cinturones de seguridad y la radio, llevó al coche por las calles de Sarne que nos llevarían hasta la autopista que iba hacia el este.

-¿Crees que llegaremos a Memphis antes de la noche?- pregunté.

-Estoy seguro- Dijo. -Estás... ¿Estás bien, con una despedida como esa?

-Sí. ¿Qué sentido tiene una despedida sentimental?

Pareció aceptar eso con un ligero movimiento de cabeza. -Pero te gustaba.

-Sí, claro. Pero, sabes, no estaba en mi destino.

-Algún día...- empezó, y dejó la idea colgar.

-¿Sabes qué, Tolliver? ¿Recuerdas cuando hicimos Romeo y Julieta en la escuela?- habíamos ido a diferentes cursos, pero la escuela repetía siempre el mismo programa.

-Sí. ¿Y?

-Había una frase que decía Mercutio, cuando le asesinan en la pelea entre los Montescos y los Capuletos. Sus últimas palabras. ¿Lo recuerdas?

-No- Dijo. -Dímelo.

-Dice. ‘Mala peste a ambas familias³’. Y entonces muere.

-Mala peste a ambas familias- Repitió Tolliver. -Eso lo resume todo.

Tuve un pensamiento. -Pero claro, Paul Edwards tenía un pie en ambas casas – la casa de los Hopkins y la de los Teague.

-De alguna forma parece correcto decir eso.

Nos quedamos en silencio unos minutos. Entonces, mientras la última parte de Sarne desaparecía detrás de nosotros y nos íbamos hacia las montañas, las planicies infinitas, dije -Sabes, sigo pensando en Teenie, tirada en el bosque, sola. No importa lo que sucediera, hice algo bueno.

-Nunca lo dudes. Fue algo bueno- Dudó. -¿Crees que lo saben? ¿Cuándo son encontrados?

-Oh, sí. Lo saben- Dije, y el largo camino a Memphis se abrió ante nosotros.

-=Fin=-



³ En inglés: “A plague on both your houses” (literalmente: que caiga una plaga sobre vuestras familias) traducido en la versión española como “Mala peste a Capuletos y Montescos”. Lo he cambiado para que se ajuste mejor al contexto.